

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

BIANCA®

350 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $9.00

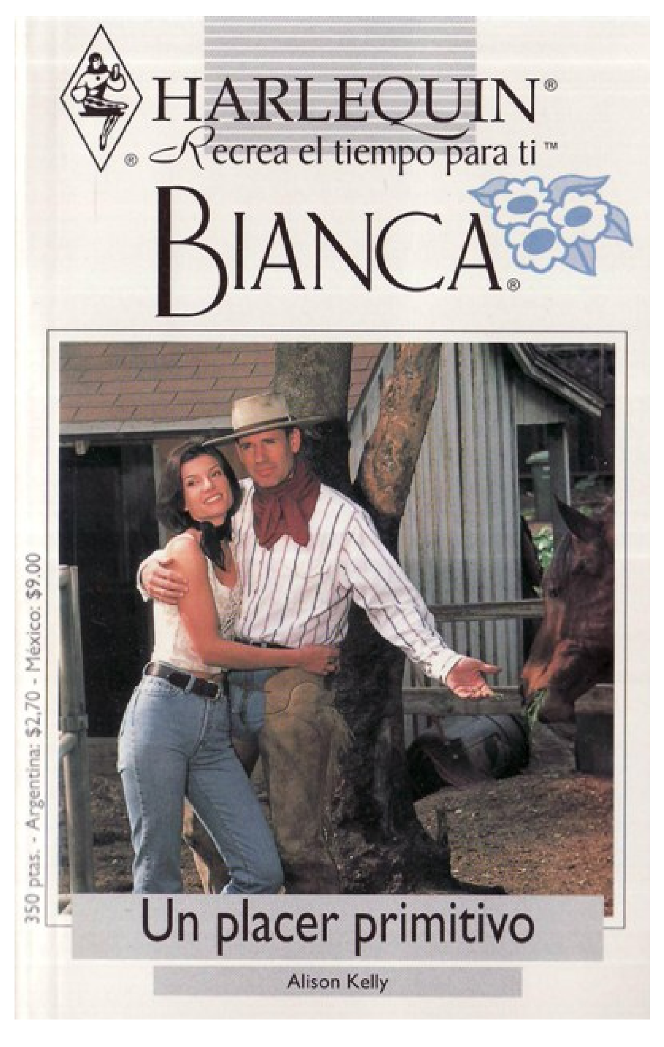
Un placer primitivo

Alison Kelly

Un placer primitivo

Alison Kelly

4º Serie Multiautor Australianos I



Un placer primitivo (1998)

Título Original: Boots in the bedroom! (1997)

Serie Multiautor: 4º Australianos I
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 948
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Parish Dunford y Gina Petrocelli

Argumento:

Costumbres tan simples como beber leche envasada o ducharse con agua caliente eran casi un lujo en el rancho de Parish Dunford. Para Gina aquella era una pesadilla, pero Parish le ofreció elegir: sólo una ducha al día, o compartirlas con él...

La idea era increíblemente seductora. Parish era atractivo, seductor y todo un hombre. Gina no podía evitar tener fantasías eróticas con él. Eran completamente opuestos: ella llevaba ropa de diseño, él llevaba botas de vaquero. Pero de alguna manera, Gina sabía que esas botas iban a terminar en su dormitorio…

Prólogo

—¿Es demasiado tarde para presentar mi dimisión? —quiso saber Gina, dirigiéndose sin ganas hacia la entrada.

—Sí —replicó su jefa—, ya te lo dije cuando hablamos por primera vez de esto.

—No hablamos de nada —corrigió Gina—. Simplemente me sacaste un billete de avión y me dijiste que salía hoy.

—Y eso es lo que estás haciendo —dijo la pelirroja delgada—. Cuando te contraté te advertí que yo era la jefa y siempre llevaba razón.

—Fue un día negro en mi destino, desde luego.

Ella había trabajado para Helen Matherson al licenciarse, con el número dos de su promoción, en la Universidad de Sydney, y había ascendido pronto en CompuMagic. A los veintiocho años era la directora de programación de la firma, por debajo sólo de Helen Matherson, la propietaria y fundadora. Era consultada para todos los temas relacionados con la plantilla y la contabilidad, y si un cliente quería un programa de ordenador especial, era ella quien lo realizaba. Si decidía no hacerlo, por falta de tiempo o interés, era la responsable de encargar el trabajo a la persona adecuada.

¡O por lo menos así solía ser! En ese preciso momento, Helen no la había consultado ni preguntado su opinión, y Gina al llegar de unas vacaciones esquiando en Nueva Zelanda, se encontró todo hecho. «Mi hermano necesita que vayas. Tienes un vuelo a Queensland para el domingo. ¡Quédate hasta que soluciones todo a la perfección!», habían sido las palabras de Helen.

Gina dio un suspiro de resignación, e intentó olvidar aquel día. Al volver a la realidad, se dio cuenta de que Helen la miraba con impaciencia.

—¿Qué pasa? —preguntó Gina.

—Te pregunté si tenías alguna duda de última hora.

—De acuerdo, tengo dos: ¿qué he hecho yo para merecer esto? Y ¿no me podías haber despedido?

—Sólo una idiota habría echado a su mejor programadora. Y ésa es la razón por la que quiero que tú lo hagas. Esto puede que sea un favor de familia, pero Parish ha prometido que nos dará mucho

trabajo si le complace el programa que hagamos. Tú eres la persona en la que más confío, Gina.

Aunque era agradable saber que su jefa la tenía en tan alta estima, Gina seguía sin desear estar en el aeropuerto de Sydney un lunes por la mañana. Le gustaría estar a muchos kilómetros de allí, pero en una dirección totalmente diferente a la que iba a llevar: un lugar apartado de todo en el centro de Queensland.

—¡Oh, vamos, anímate! ¡Piensa en ello como si fuera una aventura! —dijo Helen, mientras otro suspiro escapaba de sus labios —. No es el fin del mundo.

—Todavía no.

—Toma, para el viaje —dijo su jefa, dándole tres revistas: *Cosmopolitan, Cleo* y *Forum.* Señaló la última de las tres con sus uñas de porcelana y arqueó las cejas—. Mira el modelo de la página quince —añadió; en ese momento se parecía más a una de las hermanas adolescentes de Gina que a una directora de cuarenta y un años—. ¡Contemplarlo a una altura de miles de metros puede ser orgásmico!

A pesar de todo, Gina sonrió. ¡Helen era incorregible cuando se trataba de hombres! Desgraciadamente el anuncio de su vuelo en la pantalla interrumpió el repentino buen humor.

—Habría rezado por una huelga de pilotos —murmuró—. ¿En qué compañía has alquilado el coche?

—¡Dios, casi me olvido! —dijo la mujer, dándose un golpe en la frente.

—¡Muchas gracias, Helen! Es lo que me faltaba, llegar a ese lugar desierto y que el único coche esté alquilado!

—¡No, cariño! Tengo buenas noticias: en lugar de tener que conducir desde el aeropuerto del Monte Isa hasta casa de mi hermano, te recogerá uno de sus vecinos en un avión particular. Se llama Ron Galbraith, y te llevará hasta casa de Parish. Bueno, prácticamente hasta su casa —corrigió—. Malagara tiene una pista de aterrizaje y alguien irá a buscarte allí.

—Muy bien, Helen, tienes unas ideas muy extrañas de lo que son buenas noticias. Las mías hubieran sido: Gina, cariño, hay un cambio de planes y no tienes que ir.

—Vamos, no te lo tomes así. Piensas que te mando a la Antártida, en vez de a un lugar de clima cálido y una casa

maravillosa.

—Llamarías clima cálido a cualquier cosa para convencerme.

—Deja de protestar, no será tan malo como imaginas. Fui allí una vez, coincidiendo con la época de venta de ganado, y fue muy interesante —dijo suspirando, antes de sonreír provocadoramente —. Hay algo sutilmente sensual en el sudor de esos trabajadores que hace estremecerse a la mujer más sofisticada. ¡Y créeme, Gina, no sabes cómo trabajan los vaqueros de Aussie!

—Entonces creo que no sé apreciar la sutilidad, y que no soy sofisticada —replicó Gina, tomando su maleta—. Me gusta la imagen del hombre bebiendo champán, y sudando en mis sábanas de raso, no bebiendo cerveza y sudando en el sofá.

Capítulo 1

Estaba siendo un día terrible. Parish llevaba trabajando duramente diecisiete horas, interrumpidas por un desastre tras otro, por un imprevisto tras otro.

Iba de camino a Tea Party Creek para reparar una parte de la cerca, cuando la manguera del radiador de su furgoneta se rompió. Creyendo estúpidamente que una manguera de radiador duraba más de tres semanas, no había pensado en comprar una de repuesto, hasta ese día. La equivocación había significado tener que llamar a Rusty, que estaba trabajando, y enviarlo a por una manguera nueva a Cloncurry, a ciento ochenta kilómetros. Aunque había sido bastante fastidioso empezar el día así, no había sido nada en comparación con ser interrumpido cuando arreglaba la cerca, para decirle que el pozo principal estaba llenándose de barro.

Eso le había alterado completamente el horario previsto. Había invertido horas que no tenía, y aunque había conseguido finalmente hacerlo funcionar, tendría que telefonear a Snake, y recogerlo en Malagara, para que volviera al día siguiente y lo reparara del todo.

En esta etapa del verano, aunque la temperatura durante la noche podía bajar de cero, los días eran calurosos. Aquel día, cuando Parish volvió a la cerca, el termómetro había subido, haciendo insoportable el trabajo. Había terminado de arreglar el alambre de la cerca hacia las cinco, pero decidido a intentar recuperar el horario planeado, pasó las últimas horas de luz con el nuevo potro que había comprado. La satisfacción de recuperar tiempo sin ninguna interrupción más, se desvaneció pronto cuando el animal le había tirado al suelo de cabeza y había salido corriendo después.

¡Desde luego había sido un día terrible!

El crujido de la verja que separaba la antigua mansión de Malagara de los otros edificios había roto el silencio de la noche, y Parish decidió mentalmente, como en los seis meses anteriores, que tenía que echarle aceite. No es que se olvidara de ello, simplemente que la lista de todo lo que tenía que hacer excedía el tiempo que

tenía. Y es que con el trabajo de domar caballos, arreglar cercas, reparar máquinas, y prepararse para la agrupación de ganado que comenzaría la semana siguiente, las bisagras de las verjas, junto con todas las otras cosas que necesitaban cuidado, perdían importancia.

—¡Maldita sea! —exclamó, al tropezarse en el hueco entre los peldaños tercero y sexto de los escalones que conducían al porche.

En su casa había que hacer más cosas que echar aceite a la verja y fijar los peldaños, pero a menos que se cayeran el tejado o las paredes, Parish no tenía ni tiempo ni ganas de reparar nada. De hecho, en ese momento sólo iba a hacer tres cosas: conseguir una cerveza fría, darse una ducha caliente y derrumbarse en su cama. Todo lo que pudiera requerir mayor esfuerzo, tendría que esperar hasta que se levantara a las cuatro y media al día siguiente. Según la ley de probabilidades, el día siguiente no podía ser tan malo como lo había sido ése.

Llegó a oscuras al frigorífico y tomó una lata. Mientras la abría consideró si encender la chimenea, pero enseguida desechó la idea, por cansancio. El frío de mayo no iba a ser suficiente para despertarlo aquella noche.

A Parish le pareció que acababa de dormirse cuando el despertador sonó. Estiró el brazo izquierdo y lo apagó. El sonido continuó.

Volvió a dar al botón de apagado, maldiciendo groserías, pero el despertador seguía sonando.

Por fin se dio cuenta de que lo que le había despertado era el teléfono. Miró el despertador entonces y vio que no eran más que las dos y media.

—¡Ya voy! ¡Ya voy!

Había sólo un teléfono en la vieja casa, en la cocina, y cuando llegó, medio desnudo y helado, no estaba de muy buen humor.

—¡Dunford! —gritó, escuchando el sonido característico de una llamada de larga distancia.

—¿Parish?

Al escuchar a su hermana, el enfado disminuyó.

—¿Helen? ¿Qué…?

—Se suponía que Gina iba a llamarme cuando llegara, pero no lo ha hecho.

—¿Gina? ¿Quién demonios es Gina?

—¿Quieres decir que no está contigo? —dijo Helen, muerta de miedo.

—¿Aquí? Helen, es madrugada y no tengo la menor idea de lo que me estás hablando…

—¡Es la programadora que me pediste!

Parish maldijo. Con todo lo que le estaba pasando, la decisión de informatizar las cuentas de Malagara había quedado como una preocupación mínima. Especialmente a esa hora.

—Se me había olvidado, Helen. Lo siento. Mira, te llamo mañana y decidiremos el día.

—¡Escúchame, Parish! Tendría que estar allí ya. Ella se fue…

—¿Aquí ahora?

—¡Sí! ¿Estás borracho?

—No —contestó, con un bostezo, tratando de despertarse.

—Te llamé hace una semana y dijiste…

—Sí, sí, lo recuerdo. Mira, no hay nada de qué alarmarse. Su avión probablemente habrá llegado a Isa y habrá decidido quedarse a pasar la noche en vez de conducir hasta aquí…

—¡Ella no iba a ir en coche! Un amigo tuyo del aeropuerto llamó y dijo que un tal Galbraith iba a llevarla en avión hasta allí. Pero si no está allí… ¡Puede que hayan chocado!

—Helen…

—Esos aviones privados muchas veces…

—¡Helen! —gritó—. Tranquilízate, ¿de acuerdo? No han chocado. Si un avión choca, lo habríamos escuchado. Y además si le ocurre algo a Ron Galbraith también me habría enterado.

—¿Entonces dónde está Gina? ¿Por qué no está allí? ¿Por qué no ha llamado?

La voz preocupada de su hermana hizo que olvidara su mal humor.

—Conociendo a Ron, y sabiendo lo que le gusta conocer gente nueva, principalmente mujeres con las que le encanta hacer el papel de millonario, probablemente estará cenando en un restaurante de cinco estrellas con una botella de oporto de cien años. Lo llamaré enseguida y veré si… ¿Cómo se llama?

—Gina. Gina Petrocelli.

—Creía que ibas a mandar a un hombre.

—Sí, pero decidí que Elliot no es de mucha confianza.

—Pues esa Gina no parece tampoco muy de fiar, si no te ha llamado todavía…

—Eso es lo que me preocupa, que Gina siempre me llama. Es la persona más responsable que conozco.

—Puede que se haya olvidado y…

—¡No seas ridículo! Gina no olvida nada, es demasiado seria. Estoy muy preocupada, Parish.

—Espera. Llamaré a casa de Galbraith y te llamaré enseguida.

Después de hablar algunos minutos más con su hermana, Parish colgó y dio un suspiro profundo. ¡Pero si lo único que quería era irse a la cama! Al parecer aquel día miserable todavía no había terminado. Resignado, marcó el teléfono de Galbraith.

—Y entonces —decía Gina, intentando olvidarse de la pastosidad de su boca mientras caminaba por la pista seca, confiando que el estar moviéndose eliminara la sensación de frío—, después de robarle todos los clientes, voy a comprar la compañía y voy a ponerla en recepción a trabajar, y luego…

El sonido de un motor de coche interrumpió los planes de vengarse de Helen. Su corazón dio un vuelco, y se volvió hacia donde se había oído el ruido. Un segundo después tuvo que protegerse los ojos cuando una luz apareció en la carretera paralela a la pista de aterrizaje. Casi instantáneamente, dos luces más pequeñas aparecieron, y tardó unos segundos en identificar las tres luces con los faros y una luz sobre el techo de un vehículo.

—¡Gracias a Dios! ¡Gracias! —murmuró con pasión, inmóvil, mientras el vehículo rápidamente atajaba la distancia hasta ella. El conductor podía atropellarla o parar, pero ambas posibilidades eran una buena señal.

El pequeño utilitario se detuvo a menos de un metro de ella, y Gina no podía evitar admitir que necesitaba acercarse y tocarlo después de aquellas cinco horas. La rabia le había permitido olvidarse en aquel tiempo de la sed, del hambre y del frío, y en ese momento, también se daba cuenta que le había hecho olvidarse del miedo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó un hombre, saliendo del coche.

Cuando el hombre se puso a su lado, pensó dos cosas: una que su salvador era alto, muy alto. La otra, que, en ese momento que estaba ya a salvo, paradójicamente, tenía ganas de llorar. Tragó saliva, e intentó calmarse y no gritar ni abrazarse a aquel hombre.

—¿Se encuentra bien? —repitió.

Gina, incapaz de hablar, asintió con la cabeza. Intentó reír, pero no pudo. En circunstancias normales, ella se habría mantenido a distancia prudencial de cualquier hombre, pero hacía tiempo que había olvidado la normalidad. Ni siquiera le importaba preguntarle qué era lo que llevaba en aquel frasco de plástico que llevaba en la mano. Si era algo húmedo, sería capaz de beberlo.

Cuando se llevó la botella a los labios, su mano tembló de alegría. «¡Dios, qué buena estaba el agua!», pensó.

Durante los cuatro kilómetros desde su casa hasta la pista, Parish se había resignado a pasarse el resto de la noche buscando por toda Malagara a una mujer de la capital. Y al ver a Gina Petrocelli enseguida, sin daños, y justo en el lugar donde debía de estar, le pareció un milagro. ¿Quién sabía? Al final puede que pudiera dormir y todo.

Con un suspiro de alivio, tomó el portátil y llamó.

—Vete a dormir, Rusty —dijo a su capataz—. Está bien —concluyó. A continuación se volvió hacia la mujer—. Por lo menos has tenido el sentido común de no moverte dijo, frotándose el cuello—. Ya me veía buscándote durante horas, después del día que he tenido hoy.

—¿El día que has tenido? —musitó ella, apartando un mechón de pelo de la cara—. ¡El día que ha tenido! —repitió, en voz más alta—. ¡Llevo no sé cuántas horas aquí en este lugar olvidado, sin nada que beber ni que comer! De repente hacía mucho calor, y casi tuve que desnudarme, y ahora hace un frío que he tenido que ponerme un montón de jerseys.

Parish vio que su abrigo parecía muy abultado, pero no sabía lo que sería ropa y lo que sería la chica. Tenía que admitir que había demostrado inteligencia al protegerse de los elementos, pero a juzgar por la cantidad de maletas que llevaba para unos cuantos días, tendría suficiente ropa para sobrevivir a un viento huracanado en la Antártida. Era evidente que los programadores no viajaban con poco equipaje.

—¡He tenido que espantar moscas, mosquitos y Dios sabe la cantidad de bichos! ¡Preguntándome todo el tiempo si aquellas vacas horribles iban a atacarme! Así que no me digas que has tenido un mal día.

Parish iba a decirle que esas vacas horribles, como ella decía, no eran ningún peligro, y que estaban siendo criadas por los hijos de Rusty, pero intuía que sería una pérdida de tiempo.

—Bueno, si estás lista, podemos…

—¡Llevo lista seis horas! ¿Puedes decirme por qué nadie ha venido a buscarme?

—Lo siento mucho. Al parecer las líneas estaban mal. Todo el mundo creía que ibas a llegar en coche. Te vuelvo a decir que ha sido un día horrible.

—¡Ha sido un día infernal, desde luego! ¡Y la noche tampoco ha sido fantástica! ¡Intenté llamar a casa un montón de veces, hasta que acabé la batería del portátil!

—Los teléfonos portátiles sólo funcionan alrededor del aeropuerto, no hay conexión fuera de aquí.

—¡No hay conexión! ¡Dios mío! ¡He aterrizado en el siglo XIX. Probablemente no hay electricidad, y mucho menos aire acondicionado. Nada más que calor, polvo, suciedad y… ¡Y nada!

Ni siquiera en los mejores días, Parish tenía tiempo para mujeres histéricas, y sólo el conocimiento de que estaba enfadada con motivos, le impidió dejarla allí toda la noche.

—Escucha —dijo, intentando tranquilizarse—, ¿por qué no te subes al coche mientras yo coloco el equipaje? Me imagino que tienes ganas de comer algo y tomar una copa.

—¡Lo que de verdad tengo ganas es de decirle a Parish Dunford lo que pienso del trato que da a sus visitantes! Y después de eso, una ducha larga y caliente.

—Bueno, señorita Petrocelli, uno de esos deseos es inútil, y el otro una redundancia.

—¿Por qué? —preguntó, siguiéndolo mientras ponía las maletas en el maletero.

—Primero, porque no tenemos agua caliente. Segundo, porque yo soy Parish Dunford.

—¡Oh, Dios mío! ¿Que no hay agua caliente?

Capítulo 2

—Entonces rompió a llorar. ¡Y todo porque le dije que no podría darse una ducha hasta la mañana siguiente!

Eran las cinco de la mañana y Parish estaba desayunando, como era habitual, en la cocina de su capataz, Rusty Harrington.

—Diablos. Esas mujeres de la capital se quedan sin comodidades cinco minutos, y son unas inútiles.

—¡Eso que dices no es justo, Parish! —exclamó Leanne Harrington—. A mí tampoco me gustaría pasar la noche sola en medio de un prado con novillos. La idea de darse una lucha relajante sería probablemente lo que la ayudó a no derrumbarse antes. Era normal que estuviera un poco débil emocionalmente.

—¿Sí? Pues no tenía nada de débil cuando llamó a Helen —declaró, sirviéndose otra taza de té, ni el lenguaje que empleó cuando tropezó en los peldaños de la entrada y se cayó en el porche.

—¿Te olvidaste de decirle que había peldaños rotos? —preguntó Rusty, con un brillo en los ojos.

—Era normal, estaba tan cansado que yo mismo me había tropezado hacía unas horas. Aunque admito que me sentí satisfecho al ver que se callaba durante unos segundos.

No es que estuviera mucho tiempo callada, recordó. Casi inmediatamente comenzó a hablar de cómo las casas en las ciudades eran demolidas en condiciones mucho mejores que aquélla.

—Lo único que espero es que Gina Petrocelli sea tan aguda con los ordenadores como lo es con su boca. A ver si hay suerte y se ha ido cuando yo vuelva.

—Pues a mí me encantaría tener una mujer por aquí unos días —dijo Leanne, sentándose despacio en la mesa, intentando proteger su vientre abultado—. ¿Cuántos años tiene?

Parish se dio cuenta en ese momento, de que no había puesto demasiada atención al aspecto de Gina, aunque apenas había tenido energía para mantener los ojos abiertos. Cuando intentó recordarla,

le llegó a la mente una imagen de mujer de estatura normal, pelirroja, y con una boca grande.

—¿Parish?

Bajó a la realidad y descubrió a Leanne mirándolo de la misma manera que lo miraba su hija de doce años cuando no reconocía a uno de sus ídolos del rock.

—¿Sí?

—¿Cuántos años tiene?

—No sé… como treinta me imagino.

Leanne hizo un gesto de satisfacción con la cabeza.

—Dios, tendremos cosas de que hablar.

—Lo dudo —replicó Parish. Comparando el carácter tranquilo y reposado de Leanne con el agudo y agresivo de Gina.

Parish se levantó y puso los platos en el fregadero. Sobre el banco de piedra había dos pequeñas neveras portátiles, y eso le afianzó más en la diferencia de Leanne con la experta en informática. A pesar de las protestas de Rusty y Parish, Leanne se levantaba de madrugada no sólo para servirles un desayuno caliente, también para prepararles comida a ambos. Por otro lado las últimas palabras de Gina Petrocelli habían sido: «Me levanto habitualmente muy temprano, hacia las siete y media, pero no te molestes en prepararme el desayuno, mañana dormiré hasta tarde».

Parish no había tenido tiempo de decirle que las siete y media no era una hora temprana, pero se lo diría a la primera oportunidad.

Se despertó atontada y desorientada, como era habitual en ella, e inmediatamente Gina se preguntó qué crímenes habría cometido en su vida anterior para ser tratada así.

El dormitorio, austero y con los muebles básicos, estaba iluminado por el sol que entraba por la sucia ventana. Un armario con espejo y una cómoda con cajones, rompían la monotonía de la pared de tres metros opuesta a la cama de hierro forjado. A la izquierda de donde estaba tumbada se encontraba la puerta. Al lado de la cama, contrastando con la decoración severa del resto, descansaba un sillón de vinilo con dibujos de aguas de los años sesenta.

Se quedó unos minutos más en la cama, autolamentándose y

sudando, y finalmente decidió que la única manera de cambiar las cosas sería comenzar a moverse. ¡Si quería salir de aquel lugar, lo primero sería salir de la cama! Dunford había prometido que habría agua caliente por la mañana!

¡Dios mío, no sabía cómo le había gritado de aquella manera!

Ella se había preguntado a menudo dónde estaba su límite, y ya lo sabía. ¡Nunca más dejaría que nadie le organizara un viaje!

Entonces recordó la razón de su viaje y se levantó. Tan pronto como se duchara y se vistiera, comenzaría a trabajar en su programa. Y cuanto antes lo empezara, antes lo terminaría y podría volver a Sydney.

Pero lo que parecía tan bien en la teoría, no era fácilmente traducible a la práctica. Y es que, después de una hora buscando en todas las habitaciones, Gina no consiguió encontrar el ordenador. Salió al porche, y contempló los otros edificios de la finca, entre ellos tres construcciones de aluminio que parecían hangares, que imaginó serían cobertizos o talleres de algún tipo. Le llamó la atención un edificio moderno a unos quinientos metros; era de ladrillo rodeado por un prado y una parte de suelo desnudo. Gina pensó que sería sencillo pero cómodo, y justo el tipo de casa que había imaginado para ella en aquel viaje. «Y estoy segura de que su ducha es mejor que la de esta casa», pensó.

La muchacha, que se había alejado unos metros de la casa sin darse cuenta, volvió tratando de protegerse los ojos de la luz cegadora y pensando que toda la ropa que había llevado no era muy práctica para el lugar: tacones altos y trajes de seda era la ropa adecuada para un despacho con aire acondicionado y alfombra. En ese momento metió el pie en un agujero y maldijo algo entre dientes.

—Veo que tu vocabulario no ha mejorado desde la noche pasada. Me imagino que necesitarás más de catorce horas.

La voz le llegó mientras intentaba recuperar el equilibrio. Se puso rígida y se encontró cara a cara con él. Cuando levantó la vista, encontró unos ojos azules risueños.

—Llevo levantada casi dos horas, señor Dunford, y me he pasado la mayor parte del tiempo buscando un ordenador que no he encontrado.

—Bueno, se un poco positiva: piensa que has encontrado la

ducha. Eso parecía ser tu prioridad ayer noche —replicó el hombre, mirándola de arriba abajo con una mueca en los labios—. Ambos tuvimos un mal día, y eso explica que no pudiéramos ninguno de los dos detenernos en demasiados detalles.

El hombre levantó la cabeza y echó hacia atrás el sombrero. El gesto le hizo parecer más alto y Gina descubrió en él un atractivo que no esperaba. Más aún, tuvo que admitir que si lo hubiera conocido en una fiesta o en una reunión de negocios, habría buscado el tercer dedo de la mano izquierda antes de terminar de darle la derecha. Y esa preocupación por la situación personal de Parish Dunford, demostraba su objetividad cuando se trataba de un hombre con un buen cuerpo y un rostro agradable. Gina sabía apreciar un pecho ancho masculino y unas piernas musculosas y largas tanto como cualquier otra mujer, pero desgraciadamente, los encuentros que había tenido con trabajadores australianos la habían inmunizado contra ese tipo de atractivo.

—Bien, estoy seguro de que si te concentras en saber dónde está el ordenador, te vendrá a la mente.

Gina estuvo a punto de soltar que no era el ordenador en lo que había estado pensando, afortunadamente el hombre se dirigió hacia la puerta.

—¡A propósito! —dijo, volviéndose.

Gina apartó inmediatamente la vista de sus nalgas.

—No te tomes a mal lo que voy a decirte… No has venido con la ropa adecuada para estar aquí. Si no te pones un sombrero para salir a la calle, vas a freírte.

—¿Un sombrero?

—Sí. La crema solar no sirve para nada, sólo te hace sudar nada más ponértela. Hay algunos sombreros detrás de la puerta de la cocina, puede que uno te valga. Estaré en la granja. ¡Que tengas buena suerte con el ordenador!

Gina decidió que tenía un buen cuerpo, pero que era un poco estúpido.

—¡Señor Dunford! —llamó.

—Me llamo Parish —dijo, sin volverse.

—¡Muy bien! Parish —insistió, al ver que él no pensaba detenerse—. Ahorraré tiempo si me dices dónde está.

El hombre se detuvo bruscamente, haciendo que ella estuviera a

punto de chocarse con él.

—¿Dónde está el qué?

—El ordenador —contestó Gina impaciente.

—Me imagino que es una de las maletas que puse allí —explicó, señalando un dormitorio—. Si no, puede que lo dejaras en la casa de Ron.

—¡No te estoy hablando de mi equipaje! ¿Dónde está tu ordenador, el que tengo que programar?

El rostro de Parish adquirió una expresión más desconcertada si cabe.

—¿Quieres decir que lo has perdido?

—¿Perdido? ¡Nunca lo encontré! No he tenido la…

—¿Me estás diciendo que no has traído ninguno? —preguntó Parish, esta vez enfadado.

—Traerlo… —el descubrimiento fue doloroso—. Quieres decir que ni siquiera tienes ordenador, ¿es así?

—Claro que no tengo ordenador. ¡Si tuviera uno no habría llamado a Helen para que me trajera uno y me lo instalara! ¡Creí que te mandaba para eso!

—¿Sí? Se suponía que me enviaban para hacer un programa especial para ti, creí que ya tenías el equipo. Yo soy una especialista en programación. Generalmente donde voy a hacer mi trabajo ya hay un ordenador.

Parish se quedó mudo unos segundos, luego miró a Gina.

—¿Me quieres decir que no sabes suficiente sobre ordenadores como para ir a Mount Isa, comprar uno e instalarlo?

—¡No seas ridículo! ¡Claro que puedo hacerlo!

—Bien, el problema entonces está resuelto. Irás a Mount Isa en la furgoneta, y comprarás lo que creas necesario.

Gina abrió la boca pero no sabía qué decir primero.

«¡Oye, guapo! ¡No voy a obedecer tus órdenes! ¿En qué dirección está Isa?… ¿Y por qué tengo que estar delante de un tipo arrogante pensando que es guapísimo?»

Parish no sabía lo que estaba pasando por la cabeza de Gina, pero su boca deliciosa se movía y le hacía pensar algunas cosas bastante peligrosas.

—Si para todo eres igual, llamaré a Helen y le diré que mande un Pentium. Tardará probablemente dos días, pero así por lo menos

estaré segura de que me manden lo que necesito.

—Lo que quieras. No tengo la menor idea de lo que es un Pentium, así que me imagino que tendré que confiar en Helen y en ti para el ordenador. Bueno, cuando lo tengas —añadió, sonriendo.

—Te diré una cosa, Parish, últimamente he descubierto que no es bueno confiar en tu hermana, y menos cuando se trata de viajes. Pero te aseguro que soy muy buena en lo que hago.

—¿Y eso se refiere a todo lo que haces o sólo al trabajo?

Gina notó que su pulso se aceleraba ante el matiz sugerente de la voz de Parish. Apartó la vista y trató de mantenerse fría.

—Ambas cosas. Pero te diré otra cosa más, si estás intentando seducirme, pierdes tu tiempo. No eres mi tipo.

—Entiendo —contestó, sonriendo—. Vamos, que prefieres los hombres de la capital a los hombres de provincia.

—Ya que eres tan sincero, te diré que sí. ¡Prefiero hombres más cultos y sofisticados!

Parish le dirigió una sonrisa tan confiada, que ella tuvo deseos de abofetearlo.

—Tranquila, Gina. Cuando decido seducir a una mujer, no dejo que haya dudas al respecto. Además, tú tampoco eres mi tipo —dijo, mirando su ropa—. Tienes un gusto horrible.

Capítulo 3

—¡Eh, Parish! ¿Cuántos dedos tengo?

Al oír la voz de Rusty, Parish, que estaba desensillando un caballo, alzó la vista. Rusty se acercaba con las manos metidas en el cinturón de cuero.

—¿Es uno de los chistes de tus hijos?

—No, es un test para comprobar tu visión. Me dijiste que era normal.

—Y exageré.

—Muy gracioso. ¡Es impresionante!

Parish se encogió de hombros y continuó con el caballo.

—Prueba otra cosa, Dunford. Es preciosa, y si dices lo contrario es porque eres un embustero o un idiota. Tú nunca fuiste un embustero.

—Tampoco voy a empezar a ser un idiota ahora. No niego que Gina Petrocelli está bien, pero Dios habría hecho un gran favor a los hombres si hubiera dedicado menos a su cuerpo y su vanidad, y más a su humildad —explicó, tomando la silla y llevándola hacia el cobertizo—. ¡Esa mujer está tan orgullosa de su ciudad y de ella misma, que no necesita ningún hombre!

—¡Te ha dicho que no!

—¿Decirme que no? ¡Ja! ¡Ni siquiera me ha dado tiempo a preguntar! Enseguida se puso a la defensiva —no mencionó que había sido justificado, pero su amigo comenzó a reírse a carcajadas.

—Gracias por tu apoyo, Rus.

—Lo siento, amigo —dijo, sin poder contenerse.

—Me imagino que si has visto a Gina, has estado en casa. Déjame adivinar —añadió Parish, colocándose los pulgares en las sienes como si estuviera concentrado—. Leanne quería que la invitaras a cenar.

—Sí. Eso significa que no has perdido toda la capacidad respecto a las mujeres.

—Leanne se ha equivocado. Le dije que la invitara a comer. Por supuesto, ya sé que la comida tiene que ser más temprano para cierta gente —murmuró, antes de darse cuenta que todo el buen humor de su amigo había desaparecido.

—¿Rusty, qué te pasa?
—Bueno, probablemente no es nada pero… —dijo el hombre pelirrojo, haciendo un gesto negativo con la cabeza.
—¿Pero qué?
—Bueno, no ha dicho nada, Lee no diría nada, ya sabes… Pero, bueno, me imagino que su embarazo la está afectando más que a otras mujeres —el hombre dio un suspiro—. ¡Probablemente es este calor asqueroso! Hace que todo el mundo parezca casi borracho.
Parish, que conocía a su amigo hacía más de quince años, enseguida supo que su preocupación era más profunda de lo que quería aparentar.
La amistad había empezado cuando Rusty había sido contratado como vaquero en Dunford Downs, que era la propiedad del abuelo de Parish. Rusty, con diecisiete años, se hizo enseguida el ídolo de Parish, con catorce. Cuando cuatro años más tarde Parish, con el consentimiento de su abuelo, decidió hacer su propio negocio de ganado en las tierras del norte de Queensland, Rusty se fue con él.
Unos meses después de que llegaran, conocieron a Leanne. Parish le había dicho que era la mujer más bonita que había visto, pero ella nunca le escuchó. Sin embargo, sus ojos se iluminaron al ver a Rusty Harrington.
Doce años más tarde, con cinco hijos, el amor continuaba.
—¿Cuándo dará a luz?
—A primeros de septiembre. Faltan más de tres meses.
—¿Hay posibilidades de que lo tenga antes de tiempo?
—Ella dice que no. Dice que los otros nacieron una semana después de lo previsto, y que si no pasa nada, estará presente mientras dure el trabajo con el ganado.
—Sí, claro. ¿Y aquí cuándo son las cosas de acuerdo a lo previsto?
—Sería la primera vez.
—No te preocupes —dijo Parish, sabiendo que Rusty no necesitaba escuchar aquello—. Snake estará aquí dentro de uno o dos días, y entre los dos podremos hacernos cargo de todo. ¿Por qué no te llevas a Leanne y a los niños al sur? Puedes llevarlos a Downs y allí… —Parish se detuvo, al ver que su amigo hacía un gesto negativo con la cabeza.
—Ambos sabemos que no es posible alejarla de aquí cuando va a

comenzar el trabajo. Por primera vez en nuestra vida tenemos una posibilidad de ganar dinero y está tan excitada con ello, que es imposible alejarla de aquí.

Parish sonrió. Leanne no era la única que se había alegrado cuando, después de decidir sobre el precio de la tierra el año anterior, les había ofrecido compartir un diez por ciento de los beneficios.

—No importa todo eso. La salud de Leanne es más importante que el maldito ganado.

—¡No sabes lo que dices! La mujer es parte irlandesa y parte una mula. No te preocupes, Parish, probablemente no sea nada. Ella no se queja de nada.

—Leanne nunca admitiría estar enferma.

—Puede que no, pero se enfada si piensa que la estamos mimando demasiado. Te aseguro que si vuelvo a oírla decir: «Estoy embarazada, no enferma de muerte», le pondré algo en la boca.

Después de seis embarazos, Rusty sabía imitar a la perfección la respuesta favorita de su mujer cuando alguien le sugería que descansara.

—No sé si amordazar a una mujer embarazada puede ser bueno… Dejaremos que las cosas transcurran a su ritmo, pero tienes que prometerme que me llamarás enseguida que notes algo.

—De acuerdo, te lo diré, aunque ya sabes cómo es.

—Bueno, puede patalear o luchar lo que quiera, pero la sacaremos de aquí como sea si hace falta.

Estuvieron unos minutos hablando sobre los vaqueros que habían llamado para la temporada, y luego Rusty anunció que se iba a casa. Cuando estaba en la puerta se volvió hacia Parish.

—A propósito, Parish, cuando la señorita Normalidad me preguntó qué ropa ponerse para venir a cenar, le dije que algo informal. Te lo digo por si acaso estás pensando ponerte tu esmoquin.

—¡Vete a tu casa!

Quince minutos más tarde, Parish entró en la cocina y encontró a su invitada llamando por teléfono. En ese momento decidió que aquella mujer no sabía lo que quería decir la palabra informal.

Llevaba un vestido largo color beis, de manga larga y cuello alto, y unas botas de tacón de aguja que ninguna persona en su sano

juicio llevaría ni siquiera por una apuesta. De sus orejas colgaban unos pendientes de aros dorados, y de su muñeca una pulsera cuyas cuentas sonaron alegremente al colgar el auricular.

Cuando Parish pasó a su lado para ir al frigorífico, ella reaccionó como si se creyera irresistible a los hombres, o como si creyera que él era un estúpido y no aprendiera. ¡Pues se equivocaba en ambas cosas!

—He llamado a Helen para que envíe un ordenador.

—Me lo podías haber dicho antes de colgar, me hubiera gustado hablar con mi hermana.

—No, ahora hablaba con mi hermana. La llamé para… —Gina se detuvo, no tenía por qué decirle que le había pedido ropa.

—¿Quieres una cerveza?

Parish le hizo la pregunta justo cuando acababa de cerrar el frigorífico y tiraba la espuma de la suya al fregadero.

—No, gracias —dijo educadamente—. No bebo cerveza.

—Es lo que me imaginé —dijo Parish, con una expresión de autosuficiencia, mientras se apoyaba en el frigorífico, que parecía tener veinte años—. Las malas noticias son que no hay champán, pero hay una botella de whisky escocés en el armario —dijo, señalando al armario sin apartar los ojos de ella—. Si no, hay una caja llena en el almacén. También hay ron. Sírvete lo que quieras.

Estaba tan cerca de Gina, que ésta podía ver el brillo de sudor que iluminaba su cuello. Su camisa estaba sucia y olía a trabajo, cuero y virilidad. Cuando se llevó la lata a los labios, Gina recordó que los hombres como aquél eran una ofensa para ella.

—Gracias de todas maneras, pero no bebo —dijo, echándose hacia atrás—. Ah, y tampoco estaré aquí para cenar, así que no prepares nada.

Gina se apartó de un saltito cuando él hizo un sonido extraño y comenzó a toser. Instintivamente, Gina le dio un golpe en la espalda. Él la empujó, todavía tosiendo, antes de mirarla fijamente con los ojos húmedos. Eran unos ojos brillantes, parecían de seda azul oscura.

—Yo…—comenzó a toser de nuevo—. Señorita —consiguió decir—. Si esperas que cocine para ti, te vas a morir de hambre. Ésta no es una casa rural para vacaciones, esto es una casa de labor, y estás aquí para trabajar.

Gina abrió la boca para hablar, pero no tuvo oportunidad.

—La semana que viene me tendré que ir unos días y no voy a traer a una cocinera para que te haga la comida mientras yo esté fuera. Y como aquí no hay restaurantes con pizzas para llevar, te sugiero que comiences a leer algún libro de cocina y veas las latas que hay. ¿Has entendido el mensaje?

—Si el mensaje es que eres el hombre más detestable que Dios ha puesto sobre la tierra, creo que lo has dicho veinticuatro horas después de que lo supiera. Para tu información he llegado a cocinar comida para veinte personas yo sola.

Tuvo la satisfacción de ver al hombre desconcertado unos segundos, pero duró poco.

—No quiero que te aproveches de la generosidad de Leanne mientras estés aquí. Ya tiene bastante trabajo.

—¿Perdón?

Parish se quitó el sombrero y se pasó la mano por el cabello, maldiciendo a la vez. Sin lugar a dudas decía cosas a ella o de ella, pero Gina no las oía. Era la primera vez que lo veía sin sombrero, y se sorprendió al descubrir que a pesar de aquellos ojos azules, su pelo era negro y estaba bien cortado. En otro mundo, y con la ayuda de un trasplante de personalidad, aquel hombre sería muy atractivo.

—Mira —dijo Parish, con una voz tan tranquila que casi pensó que no hablaba para ella—, sé que Leanne ha enviado a Rusty para que te invite a cenar, pero conociéndola, sé que te invitará cada noche. Y ahora ella no necesita trabajo extra.

Lo dijo de una manera que parecía que tenía un apetito insaciable.

—Entonces quieres que rechace su invitación, ¿no es así?

—¡No, esta noche no! Lee quería conocerte, pero si sugiere que vayas a comer de manera regular, entonces…

—Entonces debería rechazar, porque preparar comida para alguien con este apetito voraz, puede enviar a cualquiera a la tumba.

—No sé todavía cómo es tu apetito voraz, Gina.

—¡Y nunca lo sabrás!

—Creo que lo sabré después de esta noche.

—En sueños.

Parish clavó sus ojos en ella, mientras jugaba con el sombrero.

—Si vamos a cenar juntos esta noche, será difícil no darse cuenta de cosas como ésa.

—¿Cenar juntos? ¿De qué estás hablando?

—De tu apetito por la comida —dijo, con una sonrisa maliciosa —. ¿No?

Gina estaba furiosa consigo misma por dejarse provocar y decidió no contestar.

Parish se estiró y se cambió de mano la lata.

—Bien, creo que me daré una ducha rápida —dijo—. Como vamos a comer los dos en casa de Rusty, podemos ir juntos.

—Puedo encontrar yo sola el camino.

—Es cierto, pero quiero que me esperes de todas maneras.

—¿Por qué? ¿Te da miedo de la oscuridad, Parish?

—No. Me da miedo que las mujeres que vienen de la capital sean mordidas por una culebra. Las culebras se despiertan por la noche y las de aquí no son muy sociables.

—Me he dado cuenta.

—No importa —respondió Parish, mirando los pies de la muchacha—. Esas botas que llevas probablemente son suficientemente duras como para evitar que te muerdan todo un ejército de colmillos. Me imagino que si tienes cuidado, no te pasará nada. De todas maneras tenemos un antiveneno. ¿Eres alérgica?

De nuevo aquella sonrisa maliciosa en aquel rostro.

«Si esos dientes son naturales, yo soy rabia», pensó Gina.

—No que yo sepa.

—Entonces creo que no hay razón para que esperes.

—Bueno, pensándolo bien, y considerando lo que he pagado por estas botas, esperaré. Así, si hay otras culebras y me ven contigo, no me harán nada, porque los reptiles no atacan a los reptiles.

La risa del hombre le llegó después de que saliera de la habitación, y para fastidio de Gina, le gustó el sonido.

El sentido del humor seco de Parish Dunford la provocaba y atraía a la vez, y aunque ella no quería deliberadamente que él le desagradara, tampoco podía evitar estar alerta. Hereditariamente tenía una debilidad por los trabajadores fuertes y seductores, pero estaba decidida a probar que era el entorno, y no la genética lo que influía más en el comportamiento de las personas.

¡Y estaba segura de que era ese entorno extraño el culpable de su nerviosismo y no Parish Dunford!

Esperando a que él terminara de arreglarse, tomó varias revistas que había en la mesilla de café, las usó para quitar una fina capa de polvo que había en el sofá de vinilo, y con un suspiro de resignación y una mirada a su vestido beis, se sentó.

Una vez que tuviera el ordenador instalado, tendría que sentarse y discutir con Parish lo que necesitaba con exactitud, pero mientras tanto, leer algunas de esas revistas podría darle una idea.

Estaba a mitad de un artículo sobre exportación de carne de vacuno, cuando oyó algo detrás y supo que Parish había vuelto a la habitación. El sonido de los pasos demostraron que era tan seguro como parecía.

«¡Eso no quiere decir que haya puesto mucha atención a sus piernas o a cómo camina!». Por supuesto que las piernas de Parish, largas y musculosas, merecían atención, además estaban justo dentro de su campo de visión. Pero ella no iba a mirarlas, así que agachó la cabeza e intentó continuar leyendo.

—Ya he terminado de ducharme con agua fría.

—Mmmm —dijo, deseando que saliera de la habitación para poderse levantar. Estaba tan cerca, que si descruzaba las piernas, le daría con las rodillas.

—Repito: acabo de darme una ducha fría.

—¡Qué machote! Estoy impresionada. ¿Qué…? —exclamó, al notar que la revista se le escapaba de la mano—. Eres un bruto.

—¿Cuántas duchas te has dado hoy? —preguntó seriamente.

—No es algo de tu incumbencia.

—¡Sí lo es cuando has gastado egoístamente toda el agua caliente!

Gina se levantó.

—¡Yo no gasto egoístamente nada! Puedo ducharme las veces que quiera y eso es lo que voy a hacer.

—No mientras que estés aquí.

—Te pido que…

—Ese tanque tarda seis horas en calentarse y tiene capacidad para una sola ducha.

—¡Cuando lo he usado sólo me he dado una ducha! Si el sistema es ineficaz, no es culpa mía, es tu tanque.

—Y por eso espero poder usarlo —dijo él, acercándose a ella amenazadoramente, de manera que se quedó contra el sofá—. Trabajo todos los días entre doce y dieciocho horas, y mi trabajo es físico, sucio, con el que sudo mucho.

Las palabras de Parish evocaron una imagen inquietante de cómo debía oler hacía sólo un rato. Pero lo más inquietante era que Gina no lo encontró tan repulsivo.

—Cuando termina el día —continuó—, hay dos cosas que estoy deseando: una cerveza y una ducha. De manera que en el futuro, señorita Petrocelli, espero que haya un tanque lleno disponible. Lo cual significa que tendrás que ducharte seis horas antes de que yo venga a casa.

—¡Oye, yo también tengo que ducharme…!

—Hazlo por la mañana.

—¿Y si necesito hacerlo una segunda vez?

—Bien, entonces dúchate con agua fría, o conmigo.

—¡Prefiero bañarme donde beben los caballos!

—Entonces tienes tres posibilidades.

Capítulo 4

LA CASA Harrington fue una sorpresa para Gina. Los muebles eran de madera de pino, y los únicos colores en la casa procedían de cinco niños ruidosos cuyos nombres eran: Kylee, Kaylee, Karlee, Kellee y Billy. Cuyas edades estaban comprendidas entre los doce años y los trece meses.

—Normalmente comemos todos juntos —dijo Leanne Harrington a Gina, mientras los cuatro adultos se sentaban en la mesa—. Pero como venías hoy por primera vez, pensé que estaríamos más tranquilos si les daba de comer antes a ellos.

Gina sonrió a la mujer embarazada, cuyo rostro estaba marcado por la fatiga.

—Ha sido un trabajo para ti, no me hubiera importado comer con los niños.

Comparada con la mayoría de sus amigas, Gina era bastante permisiva con los niños. Incluso había pensado alguna vez que en el futuro podría tener uno ella.

—Cinco niños deben ser muchos para ti, incluso aunque no estuvieras embarazada.

—Es más fácil cuando van al colegio y los tres mayores están fuera la mayor parte del tiempo, pero… —la mujer se encogió de hombros y esbozó una sonrisa, acentuando las arrugas en su cara sin maquillar—. ¿Qué puedo decir? Rusty quería tener muchos hijos.

Gina miró al hombre pelirrojo de aspecto agradable que estaba a su izquierda. Era evidente que Rusty estaba contento de haber conseguido lo que deseaba, pero la cara fatigada de Leanne demostraba que ella sufría la mayor parte de la carga. Desgraciadamente eso era lo habitual.

—Leanne y yo fuimos hijos únicos —explicó el hombre—, y no queríamos tener hijos solitarios.

—Ser hijo único es terrible —declaró Parish.

—¿Cómo lo sabes? Tú tienes tres o cuatro hermanos además de Helen.

—Tengo tres hermanastros y una hermanastra —dijo, en un tono que demostraba que de nuevo se divertía dejándola mal.

—Oh, entiendo. Sé sólo el apellido de casada de Helen, y pensé que de soltera se apellidaría Dunford. Eso lo explica todo —respondió Gina, mirando a su plato.

—¿Qué explica? —preguntó Parish.

—¿Qué? Oh, estaba preguntándome cómo es que tienes una hermana tan encantadora como Helen.

—Me parece que ésa no fue la palabra con que la describiste ayer noche.

—Probablemente no, pero hasta que llegué a casa de los Harrington nada me hizo recordar esa palabra.

El matrimonio comenzó a reírse, y Parish la miró a la boca.

—¿Sabes? Si me das una oportunidad puedes hacer que me guste esa lengua pequeña que tienes.

El estómago de Gina se hizo un nudo. Completamente desconcertada por las imágenes y sensaciones que le llegaban a lo más profundo, no se dio cuenta de que todos habían dejado de reírse y la miraban expectantes.

—Lo siento, ¿qué has dicho? —preguntó a Leanne.

—Rus quiere saber si tienes hermanos y hermanas.

—Tengo tres hermanas más pequeñas —contestó rápidamente, intentando recuperarse—. No tengo hermanos. Yo soy la mayor.

—Eso debe tenerse en cuenta, lo de que tengas hermanas y no hermanos, ¿no crees? —dijo Parish.

—Puede que sí —dijo desafiante, luego se dirigió a la pareja—. Sara y Emma son las más pequeñas, son gemelas y tienen dieciocho años. Mi otra hermana, Carmen, tiene veintiuno. Tiene una hija, Liberty, de la misma edad que Billy.

—¿Liberty? Es un nombre extraño para una niña —dijo Rusty.

—Carmen es muy independiente y liberal, por eso la llamó así. La suele llamar Libby.

La conversación derivó en posibles nombres para el pequeño de los Harrington. Según Rusty, habían acordado que se llamara Bradley si era un chico, pero si era chica no habían pensado nada, porque Karalee o Kyralee sería fácil de confundir con los nombres de las otras niñas. Gina a duras penas consiguió no reírse.

Afortunadamente, esta conversación no fue muy larga, y

enseguida Gina quedó maravillada ante las anécdotas que Rusty contó. Había nacido para contar cuentos, y escuchar su palabra lenta y sus frases llenas de color, era como estar dentro de un poema antiguo. Lo que contaba revelaba que la relación entre Parish y Rusty Harrington era muy antigua.

Mientras la noche pasaba, Gina tenía que admitir que le había gustado la velada enormemente. Los Harrington eran una agradable compañía, aunque eso no evitaba que ella continuara firme en sus ideas sobre el matrimonio. ¡Se ponía nerviosa al ver a la pobre mujer constantemente levantándose para traer un nuevo plato o atender a uno de los niños, mientras su marido permanecía sentado tranquilamente!

Habiendo llenado la taza de té de su marido, y echado el azúcar, claro, Leanne se bebió rápidamente su propio té, que se había quedado helado al tener que acostar a los niños y recoger la mesa. Como Rusty no parecía irse a levantar para ayudarla, Gina se levantó y tomó el plato vacío de Parish. Éste la miró como si le hubiera quitado la cartera.

—Siéntate, Gina —dijo Leanne.

—No seas tonta, te ayudaré. Has estado toda la noche levantándote.

—Ayúdame mañana por la noche, hoy eres una invitada.

Gina negó con la cabeza.

—Gracias, pero no vendremos mañana por la noche, tú ya tienes suficiente trabajo.

—Exacto, uno más no importa —dijo la mujer con una sonrisa —. Especialmente cuando come tan poco como tú.

Parish se levantó, rozando con su hombro el de Gina. Luego sus manos tomaron el plato de Gina y ésta se estremeció al tocarlo involuntariamente.

—Comerá en casa —declaró Parish.

—¿No vendrás otra vez? —preguntó Rusty.

—Rusty, me ha gustado mucho cenar con vosotros, pero no voy a dar más trabajo a tu esposa cuando puedo comer con Parish.

—No estamos cansados…

—Parish siempre come aquí…

Gina se quedó inmóvil.

—¿Qué quieres decir con que Parish come aquí siempre?

—Eso, que Parish siempre cena con nosotros, ¿verdad, Parish?

Gina se volvió hacia el hombre que la había avisado de no aprovecharse de la generosidad de Leanne.

—¡Así no tendrá que estudiar demasiado el manual de cómo funciona un abridor!

—¿Vendrás de nuevo? —preguntó Rusty.

Ambos Harrington tenían una expresión confusa en su rostro.

—He decidido que mientras Gina esté aquí, será mejor que cenemos en mi casa. Eso nos dará una oportunidad de discutir sobre el programa de ordenador que está haciendo. Tengo poco tiempo ahora, y la hora de las comidas es la única parte del día que podría utilizar para ello.

—¿Eso quiere decir que tampoco vendrás a desayunar?

«¿También desayunaba allí?», se preguntó Gina.

—Me temo que no —dijo imperturbable, a pesar de la mirada asesina de Gina.

—Bueno, la verdad es que lo entiendo. ¿Vas a hacer tú su comida, o quieres que siga haciéndolo yo? —dijo Leanne a Gina.

Gina se quedó tan sorprendida, que sólo pudo dar una exclamación entrecortada.

—¡Eres un canalla, Parish Dunford! No entiendo cómo la pobre Leanne no te ha echado de su casa. Y encima me acusas de aprovecharme de la pobre mujer, cuando tú la tratas como a tu sirvienta personal.

Parish la tomó por un brazo y la obligó a darse la vuelta. La luz de la luna hizo que su rostro pareciera aún más poderoso.

—No considero a Leanne más de lo que es… la única mujer que se ha ganado mi admiración y respeto incondicionales. Es generosa, amable, leal y alguien en quien confiar. Y afortunadamente, no hay nada pretencioso en ella. Ella y Rusty son mis mejores amigos, nunca me he aprovechado de ellos y nunca me aprovecharé dijo, con voz emocionada, a pesar de la frialdad de sus ojos—. ¿Queda eso claro?

—Perfectamente claro.

—Bien.

El cielo estrellado, sin una nube, había dejado escapar todo el calor del día, y un viento frío barría Malagara amparándose en la

oscuridad. Parish lo sabía, a pesar de que sentía un calor dentro de su cuerpo que evitaba la sensación de frío. De hecho, sólo sentía la necesidad poderosa de no soltar a Gina Petrocelli y acercarla a él, hasta sentir todo su cuerpo delgado y sensual.

Ella era tan diferente de las mujeres que solían atraerlo, como el día y la noche, pero deseaba besarla más de lo que deseaba respirar de nuevo. Y ambos lo sabían.

—Suéltame el brazo —dijo Gina, aliviada por escucharse a sí misma tan tranquila, cuando su interior era todo lo contrario. Y se alegró mucho más cuando él la soltó inmediatamente y se apartó.

—Para tu información —continuó Parish, caminando hacia su casa—. Ya había pensado en decirle a Leanne que iba a comer en casa.

Gina comenzó a caminar a su lado, con la cabeza agachada, mirando con cuidado cada uno de sus pasos.

—¿Fue eso antes o después de que yo admitiera que sabía cocinar?

—Antes, Gina.

La muchacha alzó los ojos y vio que el hombre sonreía. El uso innecesario de su nombre, le hizo pensar en una manera sutil de querer un acercamiento amistoso.

Ella también esbozó una sonrisa.

—Muy bien.

—¿No pensabas que podía estar de acuerdo en una tregua?

—¿Qué? ¡No me refería a eso! Aunque eso también está bien —añadió rápidamente—. Me refiero a que me parece bien que cambies de opinión sobre comer en casa de Leanne porque yo sé cocinar.

—¿Y por qué?

—Porque eso significa que tú, a diferencia de Leanne, no esperas que tome su papel y te haga tres comidas al día.

—Ah. ¿Y qué te parecen dos?

—¡Parish!

El hombre rió.

—De acuerdo, ¿y qué te parece una y una cena ligera…?

—¡No sigas! Estoy aquí para diseñar un programa de ordenador, no para hacerme cargo de tus tareas domésticas.

—Sé bien para lo que estás aquí. Pero no pensaba que iba a

morirme de hambre a causa de ello.

El hombre se alejó unos pasos, con un aire de rechazado que ella no creyó. Parish Dunford era la persona más segura de sí misma que conocía.

—No morirás de hambre. Sólo los buenos mueren jóvenes.

—¡Vaya! La tregua es un éxito.

—De acuerdo, tú ganas.

—¿Sí?

—Sí. Te enseñaré cómo hacer un sándwich. De ese modo cuando me vaya, no sólo serás un experto en informática, sino también una persona que puede cuidarse a sí misma.

—Eres un encanto.

Caminaron juntos en silencio. Gina intentaba seguir el paso de Parish. Dos veces estuvo a punto de caerse, y Parish la ayudó, sujetándola. Las dos veces la soltó inmediatamente después de que recuperara el equilibrio.

—Ya he dicho antes lo ocupado que estoy. No quiero que ni tú ni el ordenador me haga romper la rutina que hay en Malagara.

—No tengo intención de interrumpir nada. Y te prometo, Parish, que el ordenador te ayudará a administrar la propiedad de una manera que nunca habías imaginado.

—No te molestes en hablar, Helen lleva años convenciéndome.

—Bueno, evidentemente te ha convencido, porque estoy aquí.

Parish soltó una carcajada.

—Bueno, en parte. Como has dicho estás aquí, aunque el ordenador no esté.

—Estará dentro de dos días.

—¿Cómo piensas pasar el tiempo hasta que llegue?

—Me acoplaré a tus necesidades. Tus necesidades profesionales —explicó rápidamente, poniéndose colorada.

—Continúa —dijo, claramente divertido—. ¿Cómo vas a acoplarte a mis necesidades profesionales?

—Me gustaría examinar toda la documentación que tienes actualmente para administración de la finca. Estudiar… ¡Ay! —y una vez más Parish evitó que terminara en el suelo.

—¿Estás bien?

—Sí.

No parecía que estuviera muy bien, parecía un poco aturdida y

sin aliento.

Esta vez él la había agarrado más despacio. Y aquella manera de sujetarla ligeramente le produjo una sensación similar a la anterior, pero mucho más placentera y sexual. Gina, alarmada, apartó la mano. La expresión de Parish cambió, y enseguida se apartó.

Después de tomar unos segundos para tranquilizarse, Gina intentó ponerse a su lado.

—Como te decía quiero estudiar tus métodos, tu volumen de ventas, tu…

«¡Dios mío, parecía que estaba corriendo en un maratón!», pensó Gina.

—Y ver exactamente qué tipo de programa convendría. Luego me gustaría que nos sentáramos un tiempo a discutir tus planes de futuro para elegir entre los dos el programa más adecuado. No quiero instalar un programa que no te sirva dentro de cinco años.

—Eso parece que va a llevar mucho tiempo, y ya te he dicho que no…

—Que no tienes mucho tiempo. Ya lo he escuchado.

—¡Maldita sea! ¿Puedes andar un poco más despacio? No soy un caballo de carreras.

—¿Has traído siquiera unas zapatillas?

—¡No seas ridículo! ¡No podría llevar zapatillas con esto! ¿Por dónde iba?

—Con que no quería perder tanto tiempo…

—Yo no hago a nadie malgastar su tiempo. Si me dejas la documentación que quiero revisar, la estudiaré mientras tú estás fuera trabajando. Luego, si hay algo que necesite aclarar, te lo preguntaré. ¿Satisfecho?

—¿Estás preparada para acomodarte a mi horario?

—Parish, puede que no sepa mucho sobre el ganado, pero soy una profesional y entiendo lo que es un horario.

—¿Entonces me estás diciendo que vas a hacer tu trabajo de manera que me convenga?

—Sí.

—¿Cualquier cosa que quieras discutir conmigo lo harás en mi tiempo libre?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura, ¿de acuerdo? ¡Estoy feliz de acomodar mi horario de comidas al tuyo! Incluso te preguntaré de manera que puedas contestarme entre bocado y bocado. ¿Satisfecho?

—Es curioso, pero no pareces muy feliz.

—Confía en mí, estoy entusiasmada. ¡No he estado tan excitada desde el día en que el doctor me dijo que me anestesiaría para colocar mi hombro dislocado!

—Mira por dónde vas. Con tu sentido del humor, las horas de las comidas van a ser un espectáculo —dijo Parish, abriendo la puerta de cristal, y conduciendo a Gina a la cocina—. ¿Te levantarás a desayunar mañana?

—Sí, aquí estaré —contestó, tratando de ignorar el vuelco de su corazón al pasar a su lado, y deseando que la luz se encendiera lo antes posible—. ¿A qué hora desayunas?

La luz se hizo, y ella no supo qué era más cegador, si la repentina claridad, o la sonrisa de Parish.

—A las cinco en punto —dijo, tocándole suavemente la barbilla para cerrar su boca abierta de par en par—. Buenas noches, Gina.

Capítulo 5

—Buenos días, Gina. ¿Dormiste bien?

—No. ¡Es tan silencioso todo, que es imposible dormir! —replicó, abriendo un armario, mirando dentro de él y cerrándolo de nuevo.

—¿Echas de menos los frenazos y el ruido de las sirenas?

—¡Sí! —dijo, haciendo lo mismo con otros dos armarios—. ¿Dónde demonios escondes el colador del café?

—No tengo. Hay café instantáneo en el tercer cajón de tu derecha.

—Odio el café instantáneo.

—Hay té hecho, si prefieres.

Gina dijo algo entre dientes y abrió el tercer cajón de la derecha.

Era evidente que acababa de salir de la cama. Llevaba la bata que había llevado la noche en que él la había recogido del aeropuerto, pero en ese momento, sin nada más de ropa encima, se apreciaba su delgadez y elegancia, sus curvas suaves y sus hombros rectos. Parish sintió deseos de peinar con los dedos su cabello revuelto.

Después de sentarse en una silla frente a él, se peinó ella misma, con tal sensualidad y lentitud, que Parish estuvo a punto de gemir. Por el bien de su salud mental, se concentró en su tostada y su huevo revuelto.

—Me parece que no te levantas con buen humor.

—No si es por la mañana.

—Si el sol acaba de salir es por la mañana.

—Mi hora exacta es cuando es completamente oscuro fuera.

—Ahora está amaneciendo. Sal a la terraza, mira hacia el este y verás la puesta de sol más bonita del mundo.

—Ahora mismo apenas puedo mantener los ojos abiertos y ver mi café. No me provoques con cosas imposibles.

«¿Por qué no?», se preguntó Parish con tristeza, mientras ella estiraba un brazo para alcanzar la caja de cereales y el escote de su bata se abría y mostraba un pedazo de piel de color oliva. «¡Si tú lo estás haciendo conmigo!».

—No estaba seguro de lo que te gustaría para desayunar.

Compré esto en el supermercado del pueblo, por si te gustaban los cereales, pero hay también huevos, salchichas, chuletas y filetes en el frigorífico. Hazte lo que prefieras.

—Está bien. Gracias.

Gina puso cereales en su tazón de leche, y luego metió la cuchara. El movimiento hizo que se vieran sus manos elegantes de dedos largos y uñas perfectamente arregladas. Parish pensó que si sus manos eran la mitad de suaves de lo que parecían, el resto de su piel tendría que ser como la seda. Parish siempre había sentido debilidad por una piel suave.

—¡Uf! ¡Jjj! —exclamó Gina, echando los cereales en su plato—. ¡Qué asco! —dijo, al ver la expresión de Parish.

—¿Los cereales?

—¡No, la leche!

—No seas ridícula. Rusty la ha traído hace dos minutos.

—¡Te digo que está cortada!

—La leche no puede cortarse en el tiempo que tarda en llegar desde la vaca aquí.

—¿Viene de una vaca?

—Por supuesto que viene de una vaca.

—¿Quieres decir que viene directamente de una vaca? ¿De una vaca… a mi boca?

—Sí —contestó Parish, que notó el horror en sus ojos.

—¿Y esperas que me la beba? ¿Así, cruda?

Parish soltó una carcajada.

—No está cruda, está fresca. Simplemente no estás acostumbrada a verla tan cremosa. Confía en mí, te gustará.

—¡Eso es lo que temo! La leche tiene que estar pasterizada, homogeneizada, esterilizada y todo lo que termine en «zada» para poder ser bebida. Ésta ni siquiera ha sido metida en el frigorífico — dijo, haciendo un gesto a la jarra de plástico.

—No, es fresca. Es exactamente como Dios dijo que la bebiéramos.

—Maravilloso. Entonces bebedla tú y Dios —dijo, levantándose y yendo hacia el frigorífico—, yo me quedo con la leche envasada.

—Eso va a ser difícil. Como puedes ver, no tengo leche envasada y el pueblo más cercano está a doscientos kilómetros.

Parish se encogió de hombros.

Gina puso la cabeza entre las manos y gimió. ¿Cómo era posible que le ocurriera eso a ella?

Una caja de margarina hizo que se animara. Por lo menos en Malagara no hacían su propia mantequilla, y podría tomarse una tostada.

Después de comer dos tostadas, acompañadas de varias tazas de café, Gina sintió que comenzaba a acercarse a la realidad. Lo cual, decidió, no era algo necesariamente bueno, porque cuanto más se despertaba, más consciente era del hombre que tenía en frente. Ningún hombre tenía el derecho de parecer tan desagradablemente saludable y tan perfectamente en forma mientras ella estaba obstruyendo sus arterias a base de huevos.

—¿Pasa algo? —preguntó Parish, al notar la mirada escrutadora de la muchacha.

—No. He hecho la lista que me pediste de cosas que tengo que repasar —dijo, sacando un trozo de papel del bolsillo de la bata y dándoselo.

—Esto es muy largo —dijo Parish, cuando por fin levantó los ojos de él—. Algunas de estas cosas hay que ir por ellas a Downs, y no podré ir allí hasta dentro de dos días. Es la casa de mi padre, se llama Dunford Downs, está en las afueras de Rockhampton —dijo, doblando el papel y metiéndoselo en el bolsillo—. El resto está en el armario que hay en mi despacho.

—¿Te refieres a la habitación con la mesa de madera y la mecedora?

—Sí. Me gustan los muebles sencillos.

—Me he dado cuenta.

Escucha: pide lo que creas necesario para instalar el ordenador, pero no cosas demasiado sofisticadas, ¿de acuerdo? La electricidad de esta casa es de un sólo cable y si se estropeara, tendríamos que volver a un generador de gasolina.

—¿Un generador de gasolina?

—Es nuestra fuente de energía suplementaria. En la estación de lluvias, cuando la electricidad se corta, pueden pasar días y semanas hasta que puedan repararla, entonces nos arreglamos con el generador.

—¿Este sitio es tan aislado?

—Sí. Y por eso, mientras te tomas el café, te diré cómo funciona

la radio. Rusty y yo estaremos todo el día fuera, como a treinta kilómetros al sur. No creo que vuelva antes de anochecer, pero si necesitas hablar conmigo, puedes hacerlo por radio. Cuando se vive aquí no basta con saber usar el teléfono, especialmente en una emergencia.

—¿Te refieres a que Leanne tenga algún problema?

—No te preocupes por eso. Rusty le ha dicho que se fuera unos días a la ciudad en tren.

—¿Quién va a cuidar de sus hijos?

—Los dos pequeños se irán con ella. Las mayores se quedarán en el pueblo donde van al colegio.

La noche anterior Leanne había explicado a Gina que allí los niños estudiaban por correspondencia, y que la supervisión de los ejercicios recaía en los padres. También le había contado entusiasmada que un grupo de familias que vivían en la zona se habían agrupado y habían contratado a un profesor para que repasara las lecciones de los niños, y todo lo que tenían que hacer era llevarlos a un lugar y recogerlos por la tarde. Gina supuso que hacer dos viajes de dieciocho kilómetros para llevarlos y recogerlos, era un lujo comparado con tenerlos en casa todo el día. De todas maneras, no envidiaba a la persona que viviera sola, sin familia.

—Entiendo, eso quiere decir que mientras que tú y Rusty estéis hoy fuera, estoy completamente sola.

—¿Te parece mal?

—No, estaré ocupada viendo tus papeles.

A pesar de la respuesta, Gina frunció el ceño y comenzó a morderse nerviosamente el labio inferior. Tenía un aspecto a la vez sensual y vulnerable, y Parish sintió algo en su pecho. No sabía qué hacer, si tomarla en sus brazos y probar la suavidad de su boca, o decirle que se quedaría con ella aquel día. Tuvo que luchar duramente para ignorar ambos impulsos.

—Gina, entiendo que todo aquí parece un poco extraño, incluso para alguien como tú, pero no tienes por qué preocuparte de quedarte sola. Malagara es un lugar perfectamente seguro.

—No, no estoy preocupada —aseguró con firmeza—. Sólo me preguntaba… ¿Crees que a Leanne le importaría traerme un par de litros de verdadera leche?

Al escuchar el ruido del motor, Gina miró a la puerta de cristal iluminada. El vehículo paró frente a la otra casa, y Rusty Harrington salió del coche.

—Ya era hora, Dunford —murmuró, levantándose enfadada y dirigiéndose hacia el enorme garaje. Cuando llegó allí, Parish estaba saliendo del vehículo y llenaba de polvo el suelo con sus botas.

—Hola, Gina —saludó Parish. Las manchas que tenía en la cara no redujeron la fuerza de su sonrisa—. No hace falta que corras a saludarme. Habría venido a casa de todas maneras.

Gina ignoró el comentario.

—¿Recuerdas haberme dicho que aquí las culebras no eran muy sociables?

No se molestarán si permaneces alejada de ellas.

—Créeme que lo habría hecho si pudiera, pero hay una en la casa.

—¿En la casa? ¿Y por qué no te has quedado vigilándola? ¡Ahora puede estar en cualquier lugar!

—Lo dudo, está demasiado borracha para moverse.

—¿Demasiado…? —el hombre echó hacia atrás la cabeza y rió —. Creo que la culebra de que hablas es alta y lleva botas del cuarenta y ocho —dijo, frunciendo el ceño—. Tranquila, es inofensiva.

—Claro, ahora está en tu sofá. Hace unas horas, cuando estaba bebiendo ron y haciendo comentarios obscenos sobre mí, no estaba tan segura. Por primera vez en mi vida habría deseado saber usar un revólver.

—Oh, Gina. ¿Qué mujer más fría eres, queriendo disparar a un hombre simpático como Snake Malone?

—No he dicho que quisiera dispararlo. Tendrías que haberme avisado que iba a venir. Me dijo que tú lo sabías.

Parish se quitó el sombrero y se peinó.

—Lo siento, se me olvidó por completo.

—Lo mismo que mi llegada, ¿no? Parish, empiezo a pensar que no tienes más que hielo en las venas.

—Eso quiere decir que tenemos algo en común. Tu corazón está hecho de hielo, y todo lo demás.

Gina pensó que tenía razón, porque bajo la mirada intensa de sus ojos, comenzó a derretirse.

—¿Ibas así vestida cuando Snake llegó? Porque en ese caso, no le culpo de nada de lo que te haya dicho —continuó, metiendo los pulgares en el cinturón y apoyándose en el Land Rover—. Así provocarías a un santo, y mucho más a un vulgar mortal como el pobre Snake.

—¡No seas ridículo! —gritó, diciéndose que era rabia, no vergüenza lo que teñía su cara de rojo. ¡Era el calor opresivo, el que la había obligado a vestirse así!

El calor insoportable la había obligado a vestirse de manera cómoda y lo único que había encontrado entre sus ropas de invierno, había sido un chaleco bordado, sin nada debajo, y una falda larga, con botones desde la cintura hasta el dobladillo, aunque en ese momento la llevaba abierta desde medio muslo.

Gina estaba acostumbrada a recibir miradas de admiración por parte de los hombres, pero la mirada de Parish era más que una mirada.

Decidida a no mostrar su desagrado se cruzó de brazos, cosa que, en vez de provocar en ella tranquilidad y aspecto de aburrimiento, la volvió a ruborizar: el gesto había hecho que sus pechos, libres de sujetador, se alzaran más y asomaran por el escote del chaleco. Pero cuando Parish la miró a los ojos, ella mantuvo la mirada desafiándolo a que hiciera algún comentario obsceno.

Se quedaron unos segundos mirándose el uno al otro. Gina pasó de darse cuenta de cada golpe de su corazón, a ser consciente de cada exhalación del hombre. A la vez, la sala enorme donde estaban, pareció de repente cargada.

«Lo que te pasa, Gina, es que estás ante un caso de poderosa atracción sexual», se dijo.

«¡Estupendo! ¡Justo lo que necesitabas!», se contestó a sí misma. ¡Anarquía hormonal!»

«Puedo solucionar esto», terció su sentido común. «¿He sucumbido alguna vez a un hombre atractivo? ¡No!»

Mientras que Gina se decía que podía confiar en su sentido común, Parish comenzaba a caminar y entonces la muchacha notó que los músculos de su vientre se movían involuntariamente excitados. Su corazón entonces comenzó a golpear tan fuerte, que creyó que sus pechos iban a salírsele del chaleco.

—Gina, me doy cuenta de que vamos a tener algunas diferencias

mientras estés aquí, pero me parece que lo peor sería alejarnos cada uno de nuestras opiniones. De todas maneras estoy dispuesto a ceder si tú lo haces.

Gina observó la espalda ancha y musculosa del hombre que entró en la casa.

Capítulo 6

El ordenador y los muebles necesarios llegaron, y también sus ropas. Desgraciadamente su hermana había interpretado como ropa de abrigo, pantalones cortos y vaqueros.

Hacer un programa era fácil, pero preparar un programa para la administración de toda Malagara, era un trabajo difícil. La propiedad tenía aproximadamente tres mil quinientos kilómetros cuadrados, pero no pudo encontrar en ninguna parte el ganado que tenía. Como necesitaba esa información, se lo preguntó una noche mientras se tomaba la acostumbrada cerveza antes de darse una ducha.

—Puedo decirte una cifra aproximada —contestó Parish, derrumbándose en el sofá y poniendo los pies en la mesilla baja—. En una propiedad de este tamaño, no es extraño tener cuatro o cinco mil cabezas, pero el tipo al que le compré esta tierra, era descuidado, y llevaba como dos años sin hacer un recuento. Yo calculo que puede haber la mitad de esa cifra. También sé —continuó, dejando la cerveza a un lado—, que la mayor parte de ese ganado no habrá visto hace tiempo a una persona. Así que agruparlo va a ser difícil.

La sonrisa que apareció en su rostro sugería que le gustaba la idea. También añadía un matiz adolescente a su madurez masculina y sólida que Gina encontró intrigante. Imaginó que sería un amante excitante, apasionado, espontáneo, arriesgado y…

Los pensamientos de Gina se detuvieron bruscamente.

¡Dios, la soledad la estaba volviendo loca! ¡Ella nunca habría jugado a imaginar qué tipo de amante podría ser Parish Dunford! Con seguridad sería muy primitivo, pero Gina sabía lo que le gustaba de los hombres, y eso de la pasión, la espontaneidad, y todo eso… Naturalmente que le gustaba la pasión en una relación afectiva, pero siempre dentro de unos límites civilizados.

La muchacha había dejado de usar sábanas de satén cuando ella y su ex novio se resbalaron a causa de ellas y se cayeron a la alfombra. Pensándolo en ese momento, se preguntó si aquello había

sido un presagio, porque a las pocas semanas decidió que no le importaba cómo estaba hecha la cama, que lo peor era que no podía pasar el resto de sus noches con James. Recordando lo comprensivo y tolerante que había sido James cuando ella rompió el compromiso de dos años, era posible que él hubiera tenido también sus dudas, pero James siempre había sido muy educado y demasiado reservado para expresar sus propios sentimientos fuera del dormitorio.

Ése era el problema, decidió: necesitaba relaciones sexuales. Al fin y al cabo, hacía un año que había roto con James y era duro pasar las noches sola después de haber tenido relaciones sexuales regulares durante dos años.

De repente sintió como una alarma en su cerebro.

¿Relaciones regulares? Ése era el problema, relaciones regulares, pero no satisfactorias.

—¿Qué te pasa, Gina?

Si no hubiera sido por el tono ligero con que le había preguntado, Gina habría creído que podía leer su mente. Aunque era algo totalmente absurdo, Gina hizo un gesto con la cabeza como para alejar sus pensamientos. ¡Tenía que bajar a la tierra! Tenía que concentrarse en cosas prácticas y no permitir que sus hormonas la distrajeran.

La muchacha entonces tomó aire y miró fijamente a Parish, decidida a seguir con la discusión. El hombre la miró a su vez con sus ojos azules enmarcados con unas cejas oscurísimas.

«¡Vaya ojos que tenía…!», pensó Gina.

«¿Qué estaban discutiendo?» ¡Ah, sí, la administración de la finca!»

—Entonces…

—¿Sí? —contestó Parish.

—Me has dado una lista de categorías en las que el ganado está dividido —continuó la muchacha, mirando su cuaderno—: novillos, de cría, paridores, de reserva… Pero no entiendo lo que son exactamente y dónde y cómo clasificarlos. Tengo que saber lo que ocurre con ellos y así decidir cómo archivarlos.

La mirada de Parish sugirió que o era estúpida o que él estaba perdiendo su tiempo.

—Escucha, Parish, puede que esta pregunta te resulte ingenua, pero yo no he pedido que me enviaran aquí, y no sé nada sobre el

negocio del ganado. Estoy trabajando a ciegas, y si quieres un programa efectivo, tendrás que explicarme algunas cosas. No me sirve para nada una lista si no entiendo lo que hay escrito en ella.

—De acuerdo, de acuerdo. Sólo tienes que preguntarme. Espera, creo que voy a tomarme otra cerveza —dijo levantándose—. ¿Quieres algo tú?

—No, no. Estoy bien, gracias.

—¿Seguro? —insistió desde la cocina.

Gina vaciló unos segundos.

—La verdad es que no me importaría tomarme un whisky con agua, si no es una molestia.

La risa de Parish se oyó desde el cuarto, y el hombre seguía riendo cuando apareció.

—Traerte una copa de vodka, habría sido una molestia declaró, ofreciéndole el vaso de whisky—, pero whisky, ron y cerveza siempre se pueden mezclar.

—Gracias dijo ella, nerviosa por la cercanía de él—. Y ahora me vas a explicar las formas de llamar al ganado —añadió, cuando vio que él se quedaba mirándola sin decir nada.

Gina pudo suspirar cuando él se sentó por fin en el sofá.

—Los primeros son toros castrados, se envían al matadero. Las reproductoras son las hembras; si son terneras sanas y fuertes, normalmente se conservan para la reproducción, pero otras se quedan en el prado. Por fin, los de reserva se envían en barco hacia Dunford Downs, donde el alimento es mejor, para engordarlos y venderlos en un futuro. Son novillos jóvenes.

—¿Qué pasa con las terneras crías?

—Una vez que las marcamos, normalmente las dejamos con la madre, para futuras reproductoras. Otras las enviamos al sur, para engordarlas y venderlas en el mercado.

Gina sabía que había perdido el hilo cuando empezó a darse cuenta lo que el sonido de la voz de Parish estaba provocando en ella. ¿O era el efecto hipnotizante de sus ojos fijos? ¿Cómo era posible que estuviera hablando de algo tan vulgar como vacas y terneras y ella estuviera sintiendo todo aquello? Probablemente sería el whisky y su estómago vacío.

Luchando por dar la impresión de que la fascinación que aparentaba era debida a la explicación, Gina miró su cuaderno,

buscando ansiosamente otra pregunta.

—¿Y qué diferencia hay entre un novillo y un toro castrado?

—Sólo la edad. Un animal castrado de más de tres años se llama toro, de menos de tres, novillo.

—¿Pero sólo si está castrado?

—Sí, si no se llama cría de toro. De más de tres y con… todas las partes de su cuerpo en funcionamiento, es un toro.

Gina todavía tenía un montón de preguntas que hacer, pero se olvidó de todas cuando el cuerpo de Parish, alto y perfectamente moldeado, se levantó del sofá. ¡Dios mío qué cuerpo tenía!

—Tendré una idea más aproximada del número total de cabezas que hay después de que terminemos de agruparlos. Hasta entonces, concéntrate en un programa de contabilidad y organización.

—Eso está prácticamente hecho —dijo la muchacha, agachando la cabeza para esconder sus mejillas sonrojadas—. Lo que falta es traducirlo en números, y cómo hace poco que has comprado la finca, no hay mucho que hacer.

—¿Y qué pasa con Dunford Downs?

Gina frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Creí que sólo querías programar esta finca.

—En un principio sí, pero ahora… Me convenciste de que informatizando Malagara va a ser todo mucho más fácil, así que he decidido añadir al programa Dunford Downs también. ¿Por qué voy a modernizar sólo una de las fincas?

—Creí que Dunford Downs pertenecía a tu abuelo.

—Así era. Lo heredé cuando murió hace dos años.

—Entiendo —lo que entendía Gina era que tendría más trabajo, lo cual significaba más tiempo con Parish—. ¿Entonces quieres que haga un programa para ambas propiedades?

Parish asintió.

—Sí, sólo tienes que recordar que Downs y Malagara son dos operaciones completamente diferentes. No quiero que se mezclen sus beneficios ni sus pérdidas. ¿Tienes estudios de contabilidad y economía?

—No tengo ningún título, pero mi trabajo exige que sepa bastante de ello.

—Estupendo. Tengo razones para querer que las dos fincas sigan

separadas. Soy el único propietario de Dunford Downs, pero tengo sólo el noventa por ciento de Malagara.

—¿Es Dunford Downs tan grande como esta finca?

—No, es más pequeña. Tiene quinientas veinticinco hectáreas.

«¡Vaya pequeñez!»

—Lo que me pides me va a llevar mucho tiempo, Parish, y…

—No hay problema, habla con Helen, y dile que si hay problema con que te quedes más tiempo.

¡Helen no iba a tener ningún problema! Helen no tenía problemas de agua caliente y leche decente. Sin mencionar el aire acondicionado, una vida social y hombres que no amenazaban con un infarto cada vez que entraban en la habitación. En ese momento, frente a la sonrisa irresistible de Parish, Gina pensó que afortunadamente Parish vivía en un lugar aislado, porque si viviera en la ciudad, provocaría una guerra entre las mujeres.

—No te preocupes tanto, Gina. Tengo total confianza en que seas capaz de arreglarlo todo.

—¡No estoy preocupada! —gritó ella. Y no estaba preocupada por el ordenador.

—En ese caso voy a ducharme. A propósito, el día de antes de comenzar a trabajar con el ganado solemos hacer una barbacoa para comer todos juntos. El resto de los vaqueros llegarán mañana por la mañana, y Leanne y los niños habrán vuelto. Si no has hecho otro plan, serás bienvenida.

«¿Otro plan?», pensó ella. ¿Qué pensaba que se podría hacer en mitad del desierto? ¿Ir al ballet o a la inauguración de una exposición?

—Gracias, me encantará —respondió finalmente.

—Bien. ¡Ah! Me gustaría que no llevaras pantalones cortos —dijo el hombre, mirándola las piernas—. No vamos a estar solos.

Llevaba pantalones vaqueros. Pantalones, que a juicio de Parish, parecían pintados. ¡Y cómo le hubiera gustado ser él quién llevara el pincel! Esa chica de la ciudad, con esa ropa provocativa tenía un aire sensual, un aire de mírame y no me toques que le volvía loco.

Llevaba además una camiseta corta y el pelo recogido en una cola de caballo y su risa era como un manantial fresco cuando respondía a Rusty o Snake. Nunca se había reído así con él, ¿qué le

contarían?

En el instante en que se dio la vuelta y se miraron, se creó una conexión entre ellos que dejó inmóvil a Parish. Se dijo que ella también lo había sentido, aunque no lo demostrara. Nada tan poderoso podía ser sentido en una única dirección. ¿O podía ser? Gina luego se había dado la vuelta al parecer sin ningún esfuerzo, mientras que Parish sentía como un peso que le había hundido el pecho.

—¡Idiota! —se murmuró a sí mismo, metiendo un pincho de barbacoa en uno de los filetes que estaba sobre la parrilla.

—¿Quién es idiota? —dijo la voz de Leanne.

—Yo, por ponerme a cocinar. ¿Me reemplaza alguien antes de que carbonice toda la carne?

Unos minutos después iba dando a la gente los filetes de acuerdo a cada pedido: crudo, hecho, poco hecho.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó, mirando únicamente al plato que le tendían.

—Poco hecho.

Aquella voz era de Gina.

—Y la mitad de lo que tenías pensado ponerme —añadió la muchacha.

—¿No tienes hambre, o es que no confías en mi manera de cocinar?

—La verdad es que tengo hambre. Y en cuanto a tu modo de cocinar… bueno, ya probaré en otra ocasión.

—Ahora tienes la oportunidad.

—Pero ahora sería muy poco saludable.

Parish rió y le dio un tenedor y un cuchillo e hizo ademán de servirle el filete.

—¡Caramba! —exclamó Gina, quitando el plato para que no le pusiera la carne—. Te dije medio hecho, esto está crudo.

—¿Qué? Este filete está medio hecho a la perfección.

—Parish, este filete está tan cercano a su estado primitivo, que se quejará si lo pincho con el tenedor.

—Está bien —murmuró Parish, eligiendo otro trozo de carne y cortándolo a la mitad. ¿Y qué te parece éste?

—Bien. Gracias, creo que esto significa que he ganado, ¿eh?

—¿Ganado qué?

—La apuesta de quién cocinaría primero al otro.
—Lo lógico sería hacer una apuesta de quién lo hace mejor.
—Es cierto. Entonces eso significa que te debo una cena.
—Si te parece un fastidio, no importa, lo dejamos.
—¡No! Quiero decir que es justo. Además a mí me gusta cocinar para alguien.
—¡Oye, Parish! —dijo un hombre, detrás de Gina—. ¿De qué apuesta habláis? Llevo aquí esperando tanto tiempo que mi estómago va a ponerse a gritar de un momento a otro.
Gina inmediatamente pidió perdón y se retiró a un lado.
—No digas eso, vaquero. No voy a dejar que te mueras de hambre cuando tenemos mañana trabajo —dijo Parish, tomando el trozo de carne que el hombre le señalaba.
Sólo había un puñado de personas esperando la carne, casi todo el mundo estaba ya comiendo, aunque Gina no estaba con ellos. Si hubiera sido otra mujer, Parish habría estado seguro de que lo esperaba a él, pero con Gina no se atrevía a afirmar una cosa así.
—Ponte ensalada —sugirió—. Leanne es famosa por su ensalada de patata, así que será mejor que la pruebes antes de que se acabe.
—Ummm, ¿quieres que te traiga un poco a ti? Quiero decir que como estás sirviendo a todos, puedes quedarte sin nada.
—Gracias —dijo Parish, poniendo su plato en la mano de Gina.
—¿Quieres algo especial?
—Sí, quiero… Pon lo que quieras.
Las pestañas de Gina descendieron antes de que Parish pudiera distinguir si la expresión de sus ojos era de deseo o de alarma. Si tenía que guiarse por sus propios sentimientos, sería ambos. Había algo emocionante en anhelar algo que sabías que era malo para ti, y aún así, no te importaba el peligro.

Gina tuvo que confiar en lo que decía la gente sobre la ensalada de patata de Leanne, ya que, el calor y el peso de la pierna de Parish contra la suya, la había dejado el sentido del gusto inútil. ¡Con él a su lado, podría comer serpientes y no darse cuenta!
La manera en que el aliento de Parish le rozaba su cuello o su hombro, cuando tenía que moverse para contestar a alguno de los vaqueros reunidos, explicaciones por otro lado incomprensibles para una persona de la ciudad, provocaba cosquilleos por todo su

cuerpo.

Afortunadamente imaginaba que el deseo que ella sentía por Parish era invisible, porque nadie la había tirado un cubo de agua por encima. Deseando tranquilizar un poco sus nervios, se levantó y fue a ayudar a Leanne con los postres. Una vez que hubo terminado, no volvió junto a Parish, sino que se sentó entre dos vaqueros al otro extremo de la mesa, y estuvo allí toda la noche, evitando estar cerca de Parish.

¡Y él lo sabía, demonios!

Gina sabía que Parish lo sabía. Era evidente por la forma en que ella se había ido del grupo de gente con el que llevaba unos minutos hablando al llegar él, y por la forma en que entonces él comenzó a seguirla divertido de un grupo a otro. Fuera donde fuera, él aparecía enseguida con una expresión que indicaba lo mucho que se divertía con aquel juego, y cómo era cada vez más emocionante. ¡Ella no se estaba divirtiendo nada! Finalmente ella estaba agotada y se había ido silenciosamente de la reunión.

Pero de nuevo, estaba él allí.

Gina cerró los ojos y se dijo que quería ignorar el golpe en la puerta de su dormitorio. Puede que fuera guapo, pero eso no era tan importante.

Se oyó un segundo golpe.

«Ignóralo, Gina, si estuvieras dormida, no lo oirías».

El tercer golpe fue un poco más fuerte. ¿Cómo podía un golpe hacerte sentir culpable? ¿Especialmente cuando no había nada de qué sentirse culpable? No era un crimen no contestar a la puerta.

Hubo un cuarto golpe.

—¿Estás despierta, Gina?

La pregunta fue hecha en un tono bajo y ronco, que pareció meterse por debajo de la puerta y acariciar su piel. Su corazón dio un vuelco y su sangre pareció encenderse en sus venas. A ella no le gustaba él, se advirtió. Sus reacciones físicas eran involuntarias y absurdas. Pero su cuerpo no escuchaba a su cerebro, y se agarró a las sábanas, teniendo miedo de no tener las manos ocupadas porque si las tenía libres abrirían la puerta. Si ella no contestaba, él pensaría que estaba dormida. No responder a una pregunta no era mentir, era ignorarlo, razonó. Ignorar a alguien podía ser de mala educación, pero… algunas veces era necesario.

Y ésa era una de las veces, porque ella no confiaba en abrazarse a él si abría la puerta.

No estaba segura de si había contenido el aliento hasta que escuchó que los pasos de Parish se alejaban apresuradamente hacia el vestíbulo. Inmediatamente sintió que sus músculos se relajaban, y poco a poco su corazón bajó el ritmo. Intentando superar el sentimiento de pena que sentía, se dijo que había hecho lo correcto. Se dio la vuelta, y cerró los ojos. Por la mañana estaría más fuerte para enfrentarse a Parish en el desayuno.

Pero a la mañana siguiente cuando se despertó, Parish ya se había marchado sin despedirse siquiera.

«Ha sido culpa tuya, ¿no es así?», le dijo la voz de la conciencia.

Capítulo 7

—Parish, voy a llamar a Leanne, ¿quieres algo para Gina?

«¡Sí, que me deje tranquilo!», pensó Parish, que llevaba todo el día pensando en ella. Pero simplemente hizo un gesto negativo con la cabeza.

Reunir al ganado era un trabajo duro y peligroso, y los hombres que habían sido contratados eran todos buenos trabajadores y experimentados vaqueros.

La partida de Rusty fue como una señal para los demás que, haciendo comentarios sobre el día largo y duro que les aguardaba al día siguiente, comenzaron a despedirse. Parish se quedó en el tronco donde estaba sentado, y observó la llama del fuego de campamento. Fuego que era ya más una tradición que una necesidad, ya que la comida la preparaban en una cocina de butano. En pocas horas tendría que relevar a Blue, que era el que había hecho el primer turno de vigilar al ganado que habían reunido durante la jornada, así que era mejor que durmiera un poco. Pero estaba seguro de que no iba a ser capaz de relajarse. Esa noche lo único que quería era que pasaran rápidamente aquellos seis días con sus noches, y volver a su finca a ver a Gina.

La única vez que él había querido terminar una agrupación de ganado, había sido con diecinueve años debido a que se había roto la clavícula.

—Lo que prueba que ella es sólo un dolor en el cuello —se quejó para sí. ¡Lo malo era que cada vez que le venía una imagen de ella a la cabeza, no era el cuello lo que le dolía!

Dio un suspiro y se levantó, luego tiró lo que le quedaba en su taza de té al fuego. Y hasta ese sonido que hizo el líquido al quemarse, le recordó a su relación con Gina.

Si no fueran totalmente opuestos, podrían ser menos extraños el uno al otro. Todo en Gina Petrocelli era civilizado, moderno, educado y correcto, incluso sus enfados se manifestaban dentro de unos límites aceptables. Y Parish se preguntó si alguna vez se habría enfadado de verdad, por algo diferente a las incomodidades de una

casa. Le recordó a su madre, una persona que se podía poner rabiosa porque se usara la vajilla equivocada, pero permanecía impasible con cualquier problema de los que la vida te golpeaba día a día.

Como su madre, Gina Petrocelli parecía enfadarse sólo por las cosas que amenazaban su existencia diaria. Y aún así se sentía atraído por ella. Estaba fascinado por su mente ágil y despierta, y por su belleza italiana. La deseaba más de lo que recordaba haber deseado a ninguna otra mujer, con una pasión que casi tenía su gusto particular.

Parish se metió en su saco de dormir, diciéndose que estaba fatigado, y que si de repente ella apareciera desnuda, no podría ponerle una mano encima. Sin darse cuenta soltó una carcajada.

—¿Qué le parece tan divertido, jefe? —le preguntó Blue, a pocos metros de distancia.

—Estoy psicoanalizándome.

—¿Sí? ¿Y funciona?

—La idea es que deje de funcionar.

—Oh, entiendo… creo.

Hacia el martes por la tarde, Gina estaba casi enferma de silencio. No de silencio, de soledad. Le gustaba la soledad, pero sólo hasta un punto. Un punto que solía ser las tres de la mañana, cuando todavía permanecía despierta mirando al techo, y repasando mentalmente las conversaciones que había tenido con Parish Dunford, luego seguía imaginando otras. ¡Otras en las que terminaba besándola! Decidiendo que no podía seguir así, aceptó agradecida la invitación de Leanne a cenar. Para evitar sentirse tan mal, insistió en llevar ella el postre.

Le iba a llevar hojaldre de manzana, que aunque no era nada fantástico ni original, Leanne le había aconsejado que era lo mejor para sus hijos.

—Los pasteles de chocolate —había explicado—, les provocan hiperactividad.

Aunque a Gina le asustaba un poco la idea de ir a cenar con los niños, ellos estaban deseando verla.

—¡Por fin has venido! Ya vamos a comer.

—¿Llego tarde? —quiso saber, sorprendida al ver allí a Snake.

—Tranquila, no llegas tarde. Normalmente son muy maleducados. Además cometí el error de decir que ibas a traer hojaldre de manzana, y están ansiosos porque creen que no van a comer la verdura.

Compartir la mesa con cuatro niños nerviosos, un recién nacido, y Snake, que sabía el arte de tragar sin masticar, fue una experiencia única para Gina. Y aunque contestó a todas las preguntas que le hacían, se alegró mucho cuando los niños tomaron el postre y se marcharon de la mesa.

—¿Por qué no está usted con el resto de los vaqueros? —preguntó Gina a Snake, mientras Leanne volvía de la cocina con una tetera.

—Porque soy mecánico, no vaquero —replicó el hombre.

—Snake es el mecánico de Downs —explicó Leanne, mientras llenaba la taza de Gina—. Nos está ayudando hasta que Parish encuentre a un mecánico que se quede con nosotros de manera permanente.

—Oh —exclamó Gina, al ver su taza de té. Y es que estaba tan espeso, que aunque ella estaba acostumbrada al café italiano, se imaginaba que podía dejar la cuchara en la taza y se quedaría en pie ella sola. Afortunadamente le echaron un poco de leche y no tuvo que pedir.

—¿Hay mecánicos en todas las fincas de ganado? —quiso saber.

—En las más grandes sí. No pueden arriesgarse a que un pozo se rompa y el ganado se quede sin agua. También tienen depósitos de agua y generadores. Hay mucho trabajo para un mecánico —aseguró.

—Entiendo. ¿Y quién cuida de las máquinas de Downs mientras está aquí?

—He dejado a mi aprendiz. Me imagino que puede quedarse solo unos días, y si hay un problema me puede llamar.

Gina asintió, luego tomó con valentía otro sorbo de té, tragando rápidamente, y alcanzando el recipiente del azúcar.

La media hora siguiente de conversación con Leanne y Snake transcurrió plácidamente. Supo que Dunford Downs era considerado un ejemplo entre las fincas de ganado, y que tenía permanentemente una plantilla de ocho trabajadores que incluía un ama de llaves, un capataz y su esposa, tres vaqueros, aunque de vez

en cuando se podían necesitar alguno más, un aprendiz de mecánico y Snake. También supo que cuando la agrupación de ganado se terminara, Parish tendría que buscar empleados permanentes para Malagara. Normalmente todos tenían contratos temporales.

—¿Y qué pasará con Rusty y contigo? ¿Os vais a quedar?

—No tenemos muchas posibilidades más —dijo Leanne sonriendo—. Ahora mismo Rusty está muy contento con los planes que Parish tiene para Malagara, y dudo que quisiera moverse de aquí. De todas maneras no solemos estar mucho tiempo en ningún sitio.

Gina sintió lástima de la mujer que estaba obligada a cambiarse de un lugar a otro según los deseos de un hombre, pero más por los niños, a los que les era negada la estabilidad de crecer en un lugar permanente. Ella sabía demasiado bien lo difícil que podía ser. Pero por lo menos los hijos de los Harrington tenían una madre que los cuidaba las veinticuatro horas del día, y un padre que, cuando no estaba fuera trabajando, iba a cenar todas las noches.

Los niños no tardaron mucho en aparecer. Billy lloraba y dos de las niñas se pegaban. Snake, mostrando la clásica sensibilidad masculina, se levantó inmediatamente y dijo que se iba a casa a descansar y disfrutar de un poco de paz. Gina también tenía ganas de irse y beber hasta que el té desapareciera de su estómago, pero no podía dejar a Leanne en ese momento con todos los platos sucios.

Cuando Leanne fue a acostar a los tres pequeños, Gina intentó acostar a las dos mayores, que estaban en el salón mirando la televisión. Pero ellas dijeron que primero tenían que ayudar a arreglar la casa.

Aunque a Gina no era de la opinión de que los niños fueran obligados a hacer los trabajos de los mayores, o que las niñas fueran educadas únicamente para los deberes domésticos, consideró que ese caso era una excepción, porque Leanne parecía totalmente agotada. Gina reconocía ese cansancio bien, lo había visto en el rostro de su madre la mayor parte de sus primeros catorce años de vida.

Dio un suspiro y metió las manos en el fregadero, acordándose del lavavajillas que tenía en su casa.

Poco después, se oyó una voz masculina y Leanne salió corriendo excitada.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí! —anunció, yendo hacia el rincón donde tenían la pequeña radio. Pulsó un botón, y comenzó a hablar atropelladamente. No hacía falta ser un genio para saber que hablaba con Rusty. Gina se volvió a la cocina, para dejar un poco de intimidad a Leanne, aunque a ésta parecía serle indiferente.

Se supo pendiente de la conversación cuando se puso rígida al oír el nombre de Parish.

—Está trabajando muchísimo, está insoportable —decía Rusty al otro lado.

Leanne rió.

—Te está costando seguir su ritmo, ¿eh?

—¡Hasta su caballo tiene problemas para seguirlo!

Inmediatamente Gina se imaginó a Parish sobre el caballo, y la imagen tenía una carga irremediablemente sensual, con el pecho brillante de crema.

—¡Idiota! —se dijo a sí misma, casi a punto de romper una fuente.

Parish estaba trabajando duramente, no estaba posando para una foto. ¡El hombre no iba a estar sin camisa por ahí! Y si su pecho brillaba no sería por la crema, sería por el sudor, y ella odiaba el sudor de los hombres.

—¡Gina!

La muchacha se sobresaltó al escuchar su nombre.

—¿Qué?

—¿Quieres hablar con Parish?

—¿Con Parish?

—Sí.

—¿Por qué?

Leanne se encogió de hombros y la miró de manera extraña.

—No sé, sobre el trabajo que estás haciendo o algo así.

—Humm. Es que… —dijo Gina, cuya mente se había quedado totalmente en blanco—. ¿Quiere él decirme algo? —preguntó, conteniendo el aliento mientras Leanne preguntaba a Rusty.

—Rusty dice que no, pero le puede llamar si quieres.

Gina hizo un gesto negativo con la cabeza. ¿Por qué iba a querer ella si él no quería nada? Además, estaría de vuelta dentro de cinco

días, y si tenía una pregunta que hacerle, podía esperar. Cinco días no era mucho tiempo, ¡eran cientos de horas! Pero ella tenía muchas cosas que hacer, montones de cosas y lo que menos necesitaba era tener que discutir con Parish Dunford.

El calor y el polvo eran tan densos, que Parish tenía que masticar y tragar antes de hablar.

—¡Eh, Farrelli! —gritó al joven vaquero. Descansa. De vez en cuando hay que parar.

La verdad era que por cada toro que Farrelli arrastraba y marcaba, Parish hacía dos. Decirle que descansara, era una manera de asignar al muchacho otra tarea sin herir sus sentimientos. El joven tenía voluntad, pero Parish no tenía tiempo para enseñarle a atar mejor. En ese momento se acercaba Rusty, y supo, por la expresión de su cara, que el también había visto el problema del muchacho.

—¿Quieres que se lo lleve a Blue?

—Sí, si no no terminaremos nunca.

—Yo no diría eso, sobre todo con la velocidad de tu muchacho. ¿Qué prisa hay? ¿Quiere batir el récord de los Guiness?

Parish miró a su amigo.

—Disponemos de siete días, y hemos empezado un día más tarde a marcar a los animales. No quiero más retrasos.

—Siete días. ¡Eso es una nueva noticia! Por la manera en que has estado trabajando creía que teníamos sólo tres —dijo, esbozando una sonrisa—. La gente puede creer que tenías prisa por volver a casa.

—Pues están equivocados.

Rusty se echó el sombrero hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Toro!

Parish se colocó el sombrero hacia delante y dio la vuelta a su caballo, no quería decir ninguna otra mentira.

El miércoles por la noche comió sola en casa. O se puede mejor decir que se sentó en la mesa de la cocina, movió la comida alrededor del plato y no la vio nadie. Cada cinco minutos miraba al aparato de radio y se decía a sí misma que necesitaba terapia.

—He vuelto a las crisis de la adolescencia, cuando sólo hace dos

semanas pensaba que era una mujer inteligente. ¿Y por qué demonios estoy aquí hablando sola?

La respuesta a ambas preguntas podía ser múltiple: Parish Dunford, Parish, el atractivo e irresistible, el duro Parish, Parish, el último hombre del que debería de enamorarse.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea y maldita sea!

Se levantó bruscamente de la mesa, tomó el plato que contenía su comida empezada apenas, y lo dejó en el fregadero. Estaba enfadada sin ningún motivo, y nerviosa por ello, y la soledad de Malagara no ayudaba nada.

Lo que más anhelaba era su lujoso aparato de música y los discos de rock más ruidosos. Desgraciadamente esas dos cosas estaban en su apartamento de Sydney, y la radio antigua que Parish tenía en el salón sólo tenía una emisora de música country y folk.

Limpió los platos, y consideró si dedicarse unas horas al ordenador, pero inmediatamente cambió de idea. Aquel día había cometido un error tras otro, y no había ninguna razón para cometer más. Un paseo al aire libre sería lo mejor, pero si salía, no podría escuchar la radio…

—¡Gina, no te va a llamar! Si no ha tenido razón para llamarte en estos tres días, no te va a llamar esta noche —se gritó desesperada.

Abrió el armario y tomó la botella de whisky y una copa. Se echó un dedo de licor, y dejó de nuevo la botella en el armario. Tomó el vaso y se dirigió hacia el dormitorio, deteniéndose un segundo al pasar al lado de la radio.

—Me voy a la cama —le dijo—. ¡Y vete al cuerno, Parish Dunford! No vas a tenerme despierta toda la noche.

Parish no podía dormir. Llevaba dos horas despierto, mirando al cielo y dando vueltas en su miserable saco de dormir. Para empeorar las cosas, las miles de estrellas que tenía sobre la cabeza le recordaban el brillo de los ojos de Gina cuando hablaba. Tampoco el saberla en ese momento dormida, acurrucada, caliente y cómoda en una cama, le ayudaban a dormir.

Era hora, decidió, de tomar una decisión basada en su teoría de ojo por ojo.

Gina, por su parte, tampoco dormía, y eso quería decir que se estaba volviendo loca. No había ningún antecedente de locura en su familia, aunque no sabía mucho sobre la familia de su padre natural. Aun así, dudaba que su falta de sueño fuera producto de sus genes. No, la privación de sueño era a causa de Parish Dunford.

Incluso en ese momento, sola en la oscuridad, podía escuchar claramente cómo la llamaba; tan claramente como si estuviera en la habitación de al lado. La llamaba una y otra vez con una voz que por alguna razón le recordaba a Rusty. Dios sabría por qué, Rusty no era…

—¡Dios mío! —exclamó, levantándose y yendo apresuradamente hacia el aparato transmisor. ¡La estaban llamando por radio!

Capítulo 8

—¡Gina! Gina…, soy Parish. ¡Contéstame, caramba!

—¡Voy! ¡Ya voy! —respondió nerviosa—. ¡Dame un segundo! Observó unos segundos las lucecitas y los botones, tratando de recordar cómo funcionaba. ¡Podían llamarla conservadora, pero ella prefería un teléfono normal!

—¡Hola… hola! ¿Puedes oírme? —respondió, tocando y soltando un botón a mano izquierda mientras hablaba.

—Gi… te escu… Estás… —dijo la voz de Parish.

La muchacha pulsó el botón y habló de nuevo.

—Parish, no te entiendo. ¿Pasa algo?

—Gina… no toques… botón… no puedo… nadie…

—¿De qué hablaba? Si ella no estaba tocando nada…

Miró su mano de repente, y la levantó: efectivamente había un botón al lado de la manivela, que ella había estado pulsando sin darse cuenta. Inmediatamente la voz de Parish se oyó fluidamente, como si estuviera en el salón.

—Escucha: aprieta el botón cuando tú hables, y suéltalo cuando esté hablando yo, ¿me entiendes?

El hecho de escuchar su voz de nuevo, era suficiente como para hacerle olvidar el tono que estaba utilizando, como si estuviera hablando con alguien de dos años.

Hizo una mueca, se llevó la manivela a los labios, y finalmente pulsó firmemente el botón de transmisión.

—¿Me llamas a estas horas de la noche para darme órdenes, o tienes otros motivos?

La muchacha levantó el dedo del botón y escuchó cómo él hacia un sonido con la garganta. El sonido provocó en su interior una sensación de montaña rusa.

—Sí, tengo otra razón: quería asegurarme de que si pasa algo, sabes cómo contestar el transmisor.

—Bien, entonces la misión está cumplida. ¿Puedo volver ahora a la cama?

—La ejecución no ha sido demasiado perfecta —dijo Parish, con

voz divertida.

—No era exactamente una emergencia.

—Tú no lo sabías.

—Sí lo sabía.

—Creo que necesitas practicar con la radio, así te sentirás más segura. Puedes llamarme cuando te llegue el ordenador, y así me mantienes informado de todo.

—Muy bien. El programa no me está dando problemas.

Él era quien le estaba dando los problemas.

—Muy bien. ¿Y cómo va todo en general?

Gina esbozó una sonrisa y se recostó en el sillón. Parish quería hablar con ella. No, charlar, era la palabra. La había llamado sin ninguna razón, la muchacha miró su reloj de pulsera, a las cuatro menos diez de la mañana. El descubrimiento hizo que se pusiera contenta, sus labios dibujaron una sonrisa radiante, y se adelantó para apretar el botón de transmisión.

—Las cosas no son diferentes de cuanto te marchaste —dijo con frialdad—. ¿Qué crees que puede pasar, Parish? ¿Que Leanne y yo comencemos a hacer fiestas salvajes con espectáculos masculinos?

Parish, apretando los dientes, se hundió en el asiento de la furgoneta. Aunque había creído distinguir un tono provocador en ella, el pensamiento de Gina con otro hombre que no fuera él, no le gustaba. Quería asegurarse de que la mente de ella estaba absolutamente concentrada en él.

—¿Fiestas salvajes y hombres? ¡No creo! Conozco a Leanne hace mucho tiempo.

—Pero no me conoces a mí, no lo suficiente —aseguró—. Pero te diré que estoy siendo la invitada modelo en tu ausencia. Sigo levantándome al amanecer, a pesar de que no haya nadie aquí. Y he restringido la tendencia decadente a ducharme dos veces en el mismo día. ¿Estás satisfecho?

—No exageres, Gina. Nunca te dije que no pudieras ducharte dos veces, sólo te dije que no te ducharas dos veces con agua caliente… a menos, claro, que quisieras compartir una de ellas conmigo. Esa opción no la has reflexionado, así que no hace falta que me preguntes si estoy satisfecho.

Gina sintió un estremecimiento por la espalda. No se fiaba mucho de las palabras que podían salir de su boca, así que soltó el

botón y dio un suspiro largo. Mientras lo hacía, Parish habló.

—Si yo ahora tuviera que elegir entre una ducha caliente y una fría, elegiría la fría.

La conversación estaba subiendo de tono, y no iba a ser fácil volver a la cama y dormir, pero a Gina no le importaba. Había algo deliciosamente excitante y a la vez seguro, en hablar así con él, y por primera vez en su vida, tuvo necesidad de juguetear.

—¿Ah, sí? ¿Por qué, Parish?

—Adivínalo.

—Ummm… porque estás muy cansado pero quieres permanecer despierto.

—Créeme, señorita Petrocelli, estar despierto no ha sido un problema en estas noches pasadas. Lo cual es bastante difícil de entender para alguien que duerme tan profundamente como tú.

—No te imagines cosas de las que no sabes nada, señor Dunford. Normalmente tengo el sueño ligero.

«Especialmente desde que te conocí».

—Si tu sueño es tan ligero, ¿cómo es que no me escuchaste la otra noche cuando toqué en tu puerta?

—Me imagino que estaba muy cansada el domingo por la noche.

—¿Cómo sabes que era domingo por la noche, Gina?

—Me imagino que lo he intuido.

—Mentirosa. Me pregunto qué habría pasado si hubiera hecho caso de mis instintos y hubiera entrado.

—Yo también hubiera seguido mis instintos y te habría tirado algo a la cabeza.

—No, se supone que tú estabas dormida en la cama, ¿recuerdas?

—Incluso en la cama mis instintos son buenos —dijo, sintiéndose ruborizar. ¿Pero cómo había dicho aquello? La risa de Parish no tardó en escucharse.

—Creo que tengo que creer lo que dices. Pero debo advertirte, Gina, que en un transmisor tienes que tener cuidado, cualquiera puede estar escuchando y puede confundir una conversación tan inocente como ésta.

Gina esbozó una sonrisa, se alegraba de que Parish la llamara para provocarla.

—¿Significa tu falta de respuesta que te has enfadado? —preguntó Parish, con voz preocupada.

—No, Parish, no estoy enfadada.

—Muy bien.

El tono sincero con que lo dijo, hizo que el corazón de Gina diera un vuelco, y por un momento interminable, la muchacha se alegró de poder estar allí sentada y disfrutar de la sensación. Se preguntó si el silencio de la radio significaba que a Parish le estaba sucediendo lo mismo.

—Parish, he oído todo lo que se dice de que el silencio puede ser maravilloso y todo eso, pero creo que es hora de que me dejes, a mí y a quien esté escuchando, y vayamos a dormir.

De nuevo Gina fue acariciada por la risa cálida de Parish.

—De acuerdo, creo que tienes razón. Algunos deberíamos dormir un rato.

—Buenas noches, Parish —dijo, sin ganas de despedirse.

—Buenas noches, Gina… duerme bien. Yo dudo que lo haga, pero te llamaré mañana y te lo diré. ¿Te parece bien?

Gina asintió, antes de darse cuenta de que él no podía verla.

—Sí, me apetece —dijo suavemente a la manivela.

—A mí también…

La radio se quedó en silencio, pero Gina se sintió rejuvenecida.

Minutos después se quedó dormida, igual que la noche siguiente y la siguiente, cuando, después de dar las buenas noches a Parish, se iba a la cama. Si alguien se molestaba en escucharlos, o lo hacía por accidente, habría pensado que era una conversación trivial y vacía, pero para ella era mucho más.

Extrañamente, la comunicación con Parish usando sólo el sentido del oído y el habla, sin la distracción que supone la apariencia física y las diferencias sociales, era más fácil. Aquellas palabras nocturnas, la dejaban sonriente y con una sensación de plenitud y sensualidad. La sensualidad era para ella tan confusa, como excitante, porque la desconcertaba la solidez primitiva y ruda de esa atracción.

Anteriormente, sus experiencias con el sexo opuesto habían sido relaciones de compromiso largas con algún hombre simpático y educado que buscaba las mismas cosas que ella en la vida. Eso había significado relaciones sexuales emocionalmente seguras. Había pensado siempre que las relaciones apasionadas que veía en novelas o en películas, esas relaciones excitantes, y arriesgadas,

eran algo que ella no quería para sí.

Una aventura con Parish Dunford sería como saltar de un avión sin paracaídas.

—¿Qué te pasa? ¿Has sufrido una impresión, o tienes amnesia?

Parish alzó la vista para mirar el rostro del hombre que estaba de pie frente a él.

—Rusty, no tengo la menor idea de lo que estás hablando.

—Estoy hablando de estas mañanas horribles y tu sonrisa de adolescente de quince años que acaba de enamorarse.

—¿Sabes, Rusty? Con un poco de trabajo, podrías llegar a ser un psiquiatra.

Parish hizo una mueca y dejó un sitio en el tronco donde estaba sentado.

—Tranquilo, amigo, no es la primera vez que nos pasa esto. Me llevaré a uno de los muchachos conmigo después de la comida, y buscaremos a las reses que se han escapado. Es un fastidio, pero no un drama.

—Hace sólo unos días tú estabas preocupado de perder tiempo, ahora actúas como si fueras el héroe de una película infantil —dijo Rusty, observándolo atentamente—. Olvida lo que te he dicho sobre amnesia, tiene que ser drogas o amor.

—Ninguno de los dos, te equivocas y lo sabes, Rusty.

—Hay una primera vez para todo, cuéntamelo.

—No creas nada de lo que te digan —dijo Parish, levantándose y estirando los brazos—. Bien, amigo, tengo trabajo —concluyó, tomando su silla, y dirigiéndose hacia donde estaban los caballos atados.

—Ten cuidado. No se puede ir con demasiada confianza.

El consejo hizo a Parish darse la vuelta.

—¿Cuándo me has visto tú trabajar con los animales sin cuidado?

El otro hombre sonrió de manera extraña.

—Por mi bien, no contestaré esa pregunta. ¿Pero quién te dice que me estoy refiriendo a tu actitud con los toros? Todo el mundo sabe que la mayoría de las heridas de cuernos están hechas por vacas. Eso prueba que un hombre nunca debe olvidar lo impredecibles que son las mujeres de cualquier especie.

—¿Te he despertado?

—No, estaba haciendo un balance superficial sobre las cuentas de Dunford Downs para hacerme una idea.

—¿Ha salido bien?

—No tan bien como esperaba, pero confío en poder encontrar los fallos. ¿Qué tal ha ido el día?

—Ha sido largo, caluroso y agotador. Acabo de terminar hace un rato.

—Pero si es casi media noche. ¿Cómo puedes atar animales por la noche?

—Has visto muchas películas de vaqueros, Gina. Reunimos ganado, no los tenemos que atar —dijo, con voz divertida—. Además tampoco estábamos reuniendo ganado, estábamos simplemente metiéndolos en un corral. Un día te traeré a una de estas jornadas, y verás cómo se hace.

La invitación probablemente no era sincera, así que Gina permaneció en silencio.

—Mañana comenzaremos a llevar el ganado hacia otra zona. Hoy estamos todavía en el campamento de la Fiesta del Té.

Le sorprendía qué fácilmente podía reconocer el cansancio en la voz de Parish, cuando antes sólo era capaz de distinguir confianza, humor y sarcasmo. Esa capacidad la inquietaba tanto que prefería ignorarlo.

—Con un poco de suerte, habremos marcado todos los animales el sábado, y podemos llevarlos a encerrarlos el domingo.

El corazón de Gina dio un vuelco; sabía que una vez encerrados, los hombres volverían a sus casas.

—¿Entonces volverías el domingo por la noche? —quiso saber.

—Si, o como muy tarde nos veríamos el lunes.

Gina trató de cambiar de tema, al notar su nerviosismo y el de ella.

—A propósito, Parish, ¿eres tú quién pone los nombres esos tan divertidos, Fiesta del Té? ¿O los tomas de una agencia de publicidad?

—Yo puse el de Fiesta del Té, pero el resto no. Todos los campamentos tenían su nombre cuando los compré. Puedes mirar el mapa que tienes delante tuyo ahora mismo.

El mapa del que hablaba estaba pegado a una tabla de corcho sobre la pared donde estaba el transmisor. Había dos, y algunas fotografías aéreas, al parecer de Malagara, con cruces en tinta que marcaban algunos lugares. También había un mapa que indicaba los ríos y las carreteras que cruzaban la propiedad.

—Lo veo —dijo Gina, al notar que él esperaba una respuesta.

—De acuerdo. Las cruces representan los campamentos de ganado. Hacia el sur está el llamado Desnudo, que es donde hemos estado hace dos días, y que está en el extremo sur. Al lado está uno llamado Guerra Mundial Dos. En la esquina está el Campamento Lejano, porque se tarda mucho en ir y en volver.

Gina levantó los ojos al techo y apretó el botón de transmisión que había en la manivela.

—Me encantan los nombres, dime más.

—El que hay a la derecha, en la esquina este más lejana, se llama Hombro, porque está en la confluencia de dos campamentos. ¿Lo ves, Gina? Dime si te lo estoy explicando de manera confusa.

—Muy gracioso. Pero eso no explica lo de Fiesta del Té.

—¡ Ah, sí! Te explico: Fiesta del Té era llamado tradicionalmente Número Uno, porque fue la primera zona donde se reunió el ganado. Pero al tiempo de llegar aquí, Karlee, la hija de Rusty y Leanne, se perdió y no la encontrábamos. Estuvimos cuatro horas buscándola, hasta que Ron Galbraith la vio desde su avión en el campamento Número Uno y nos dijo por la radio su situación. Yo era el que más cerca estaba de ella, y cuando la encontré estaba en medio de un redondel con dos muñecas y un juego de té de plástico. Me dijo que quería hacer una fiesta de té con las demás hermanas perdidas.

Incluso Gina comenzó a reírse, dándose cuenta de cómo aquel final feliz podía haber terminado al revés. Era fácil perderse en medio del desierto australiano. Tanto en la estación seca, como en la de lluvias, era una tierra muy dura.

—¿Cuál de las dos niñas es Karlee? Todavía no sé el nombre de cada una.

—Es la más alegre, una que habla sin apenas respirar.

—Repito la pregunta, me has contestado de manera ambigua.

—Es la tercera. Y eso nos lleva al campamento quinto y último, conocido como Número Tres, porque es normalmente el tercero

donde se agrupa al ganado.

—Eso suena un poco retorcido, no sé si creerte o no.

—¿Por qué iba a mentirte? —dijo, en un tono teatral.

—No te conozco demasiado bien.

—Puede que sea hora de que te arriesgues, y quieras conocerme un poco mejor, Gina.

Su voz se había convertido en un susurro sugerente y sensual que hizo estremecer a la muchacha, que tuvo que sujetarse la mano derecha, la que sostenía la manivela, con la izquierda.

—Nunca me ha gustado arriesgarme, Parish. Aprendí pronto que lo que quería en la vida tenía que ser organizado, predecible y útil. Cuando te arriesgas, siempre tienes esperanzas falsas, emociones poco duraderas y dolor.

—Tener falsas esperanzas es mejor que no tener ninguna esperanza, Gina. Y yo creo que el hombre está inmune al dolor únicamente cuando está tan aburrido que no puede sentir nada.

—Me parece que no puedes pasar por alto mi disgusto por las emociones poco duraderas.

—No estaba intentando pasar por alto nada, Gina. Sólo estaba siendo sincero —dijo con suavidad, haciendo después una pausa—. Para mí una emoción tiene que durar poco tiempo. Cualquier cosa pierde frescura y pasión si es demasiado larga. Entonces se convierte en una costumbre familiar, un hábito agradable.

Como las relaciones sexuales con tu novio, pensó Gina con tristeza. Entonces se dio cuenta de que por lo menos no había tenido que recuperarse de la ruptura con James. No había nada malo en lo familiar y agradable, era algo que ayudaba a la paz del espíritu.

—Escúchame, Gina —dijo Parish, como si pudiera ver sus pensamientos—. Es tarde, ambos estamos cansados, así que creo que es mejor que cuelgue. Te llamaré mañana, ¿de acuerdo?

Gina dio un suspiro y soltó el botón.

—No, no me llames, Parish. No me llames más, a menos que haya algo importante.

Antes de que él pudiera responder, Gina apagó el aparato. Sabía que se estaba comportando con cobardía, pero no podía hacer el amor sin una seguridad emocional, no con un hombre como Parish Dunford.

No cuando tenía tendencia a repetir el error de su madre y dejar que el corazón dirigiera su cabeza.

Capítulo 9

Los siguientes días fueron insoportablemente largos y lentos. Gina le echaba la culpa al calor, al silencio, a la deuda externa del gobierno…

El domingo se hizo aún más largo, pero él no llegó.

El lunes, Gina se hizo un café y estaba frente al ordenador al amanecer, alegre y asustada a la vez.

Pero no fue hasta poco después de las doce, cuando escuchó un motor fuera. Antes de darse cuenta, estaba en pie y delante de la puerta. Se detuvo unos segundos para tranquilizarse. ¡Dios, estaba temblando!

—¡Gina! ¿Estás en el despacho? ¡Gina!

Su corazón dio un vuelco al oír la voz de Leanne desde la puerta trasera.

—Voy.

Cuando iba hacia la cocina, intentó esbozar una sonrisa. Leanne la esperaba excitada.

—¡Han vuelto! —anunció alegremente—. Rusty acaba de llamar. Están encerrando a los animales y en dos horas llegarán, pero estoy tan nerviosa que voy a ir allí en la furgoneta. ¿Quieres venir?

Dos semanas antes habría dicho que no sin vacilar, pero la curiosidad sobre la vida en una finca ganadera había aumentado. Desde luego que Parish le había ofrecido visitar un campamento, ¿pero seguiría en pie la invitación? Por si acaso, ésa sería su única oportunidad de ver un poco de ganado, y le vendría bien para el trabajo que estaba realizando.

¿Pero a quién trataba de engañar? No era el ganado lo que quería ver. ¡Era a Parish!

—¿Gina?

—Oh, lo siento, Leanne. Gracias, pero creo que es mejor que no vaya. Llevo… llevo toda la mañana con el ordenador, pero no he hecho nada. Creo que es mejor que me quede.

—¡Hombre, un descanso te vendrá bien! Hará que te olvides de todo y se te aclare la mente. ¡Has estado trabajando tanto estos días que no te he visto!

«¿Trabajando mucho? Más bien había estado quejándose todo el

día como una tonta enamorada».

Quizá lo que le convenía era una buena dosis de realidad, en lugar de dejarse atrapar por sus fantasías. Porque eso era lo que había estado haciendo, abandonarse a sus sueños: Parish con traje negro llevándola a obras de teatro y cenas elegantes; haciéndole el amor suavemente en un dormitorio todo blanco…

¡Pues bien, Parish no era el tipo de hombre que va a obras y fiestas nocturnas! Ni siquiera tendría un esmoquin, y si lo tenía, lo llevaría con espuelas. ¡Además, Parish no haría nada suavemente! Y lo que menos necesitaba ella era imaginarse a ella misma haciendo el amor con aquel bruto.

—Tienes razón, Leanne. Necesito desesperadamente un descanso.

Parish tenía la teoría de que introducir ordenadamente un pequeño grupo del total del ganado en una propiedad cercada, era lo que todos los vaqueros intentaban. Hasta la fecha, nunca había visto que ocurriera, y enseguida se dio cuenta de que aquel día tampoco iban a cambiar las cosas, cuando vio a los primeros animales juntos y negándose a avanzar. El continuo gemido de protesta de las bestias era sólo interrumpido por el sonido de los látigos y las maldiciones de los hombres, intentando hacer mover sus grupos. Todo transcurría en medio de una nube densa de polvo.

Estaba intentando utilizar el peso de su caballo para conducir a uno de los animales en la dirección correcta, cuando vio de repente que dos de sus vaqueros estuvieron a punto de chocarse. Maldijo, sabiendo que persistir en lo que intentaban hacer era inútil y arriesgado para ambos caballos y sus jinetes. Se dirigió hacia el borde de la cerca, con la intención de buscar a Rusty y en ese momento vio el Jeep y a las dos mujeres.

—¡Como si no tuviera ya suficientes problemas!

—¿Qué están haciendo? —quiso saber Gina, intentando no abrir mucho la boca para evitar el polvo.

—Intentan llevarlos al terreno cercado —replicó Leanne—. Intentan separar un grupo pequeño del conjunto, para poderlos meter más fácilmente. Dicen que una vez que ven allí a sus compañeros, el resto del ganado se mete más dócilmente.

—¿Y si eso no funciona?

—Entonces el día se les hará mucho más largo. ¡Aquí viene Parish!

«¡Dios mío!», exclamó Gina.

La imagen de Parish acercándose en un enorme caballo gris a galope, era tan irresistiblemente masculina que le cortaba la respiración. Sobre el animal, parecía mucho más alto que nunca, y resultaba tremendamente sensual ver cómo se movía en armonía con el caballo, casi como si fueran uno solo. ¿Cómo podía un hombre estar tan atractivo, no, tan maravilloso, cubierto de polvo, humedad y sudor?

—Si no estuvieras embarazada, Lee —dijo Parish al llegar—, te diría que montaras uno de esos caballos y nos ayudaras.

—Si no estuviera embarazada, no te daría tiempo para pedírmelo —replicó, mientras miraba con amargura los vaqueros trabajando—. Daría mi brazo derecho por estar allí.

—Y yo daría mi brazo izquierdo y el derecho porque pudiera ser.

—Entonces sería como en los viejos tiempos, cuando tenía que hacer mi trabajo más el vuestro.

La sonrisa de Parish no se dirigió a Gina, pero tuvo la misma fuerza. El pulso de la muchacha se aceleró, y sintió como si alguien le hubiera encendido una bengala en la parte baja de su abdomen.

—¿Has visto a Rusty ya? —preguntó Parish, mirando de nuevo a Leanne, como si Gina no existiera.

—Sólo lo he saludado con la mano —replicó Leanne—. Parece que tiene mucho trabajo. Quizás teníais que haber contratado a más vaqueros.

—Eso siempre pasa. ¿Dónde están los niños? —preguntó, mirando al interior del jeep.

—Están durmiendo en casa, está con ellos Snake.

—Eso suena peligroso.

—¿Para Snake, o para los niños? —preguntó Gina.

Tampoco pareció escuchar su voz.

En ese momento se acercó otro vaquero a caballo y Leanne dio una exclamación de alegría. La mujer se bajó apresuradamente del jeep y corrió a los brazos de Rusty. Gina apartó la vista para no sentir envidia y fijó los ojos en el ganado y los otros vaqueros.

—Entiendo que has venido porque tienes algún problema relacionado con el trabajo, y no podías esperar hasta que yo llegara a casa.

—¿Estás hablando conmigo? —preguntó, hablando por encima del hombro.

—Estoy demasiado ocupado para juegos, Gina. ¿Qué haces aquí, en vez de estar trabajando con el programa?

—¡Estoy haciendo un descanso! Pero te aseguro que no he estado haciendo el vago en tu ausencia.

—Muy bien, porque espero que termines en la fecha acordada.

—¡No habrá problema!

—Muy bien, entonces nos veremos en mi despacho cuando vuelva a la finca.

Gina abrió la boca para decir algo ingenioso, pero de repente se olvidó, al pensar cómo sentiría aquella mandíbula dura en sus manos, contra su barbilla, contra su…

—Algunos de nosotros no podemos permitirnos el lujo de un descanso —dijo, con voz ronca—. Voy a seguir trabajando, intenta hacer tú lo mismo.

—Intenta no caerte del caballo, desde esa altura, Parish Dunford, harías un agujero del tamaño de tu vanidad.

Cuando el ganado estuvo todo encerrado en la cerca, Parish era el único hombre que parecía querer prolongar el trabajo. Mientras que los otros hombres hablaban alegremente sobre cómo iban a pasar los días siguientes, él estaba pensando en cómo retrasar su vuelta a casa.

Haberle dicho a Gina que quería revisar el trabajo que había estado haciendo, no había sido muy inteligente. Había sido un comentario involuntario, una manera de asegurar que la relación que tenían era meramente profesional. El problema era que lo había dicho más para ella, porque sabía de sobra que nunca antes había estado tan interesado en ordenadores.

—¡Eh, Parish! ¿Dónde vas? —preguntó Rusty, al ver que Parish no se iba hacia su casa.

—Voy a nadar.

Rusty lo miró con expresión incrédula. Sabía que Parish, lo primero que hacía después del trabajo, era tomar una cerveza, darse

una ducha y dormir; la única diferencia con su rutina diaria era la longitud de la siesta. Hacía quince años que no había roto la costumbre, y menos anunciándolo antes. Lo que iba a hacer en ese momento después de una semana bañándose en un manantial tan frío que apenas podías darte jabón, dejó a Rusty boquiabierto.

Y es que Parish podía llegar bien a la nevera, el problema era que las fases dos y tres de su rutina suponían pasar por la habitación que contenía a la mujer a la que deseaba poseer con una pasión desconocida.

Parish decidió que, aunque la discreción era una de las cualidades del valor, sería algo difícil de mantener, porque lo que sus instintos le dictaban era tomar a Gina Petrocelli entre sus brazos y besarla hasta perder el sentido.

Si alguien pasaba al lado del despacho, parecería que Gina estaba trabajando totalmente concentrada en la administración de Malagara. Pero la verdad era que estaba tirando bombas con una puntería letal, sobre un alienígena que se disolvía en una especie de pasta verde antes de desaparecer de la pantalla. Había llamado a la criatura P.D., porque aparecía constantemente y la distraía de su misión galáctica. Era una criatura irritante y tenaz. Estaba buscando en la pantalla, por si aparecía de nuevo, cuando escuchó la puerta de la calle. Inmediatamente pulsó un botón.

El sonido familiar de botas y el tintineo de espuelas, fue simultáneo, curiosamente, al alienígena, que reapareció e hizo estallar el universo galáctico.

Ha perdido. ¿Quiere jugar otra vez?

—No, ya tengo bastante —murmuró, pulsando el botón de salida, y haciendo que apareciera el menú con el programa de Malagara. No tenía que apartar los ojos de la pantalla para saber que Parish había llegado a la entrada de la habitación, la respuesta de su cuerpo era suficiente para confirmar su proximidad.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó, en un tono frío.

—¡Y yo que creía que eras sólo una cara bonita!

La muchacha se dio la vuelta y tuvo que luchar para no gritar al verlo. No sabía si estaba sorprendida, impresionada o fascinada, por su estado de semidesnudez.

Parish no llevaba camisa, y tenía el pecho más perfecto que ella

había visto jamás. ¡Podría ser un modelo publicitario masculino! Y si el ritmo de su corazón era una prueba, tenía la seguridad de que su imagen provocaría infartos a millones de mujeres.

Estaba bebiendo su cerveza relajadamente, y no hacía ademán de continuar hacia el vestíbulo o entrar en la habitación. ¡Si se acercaba un poco más, iba a desmayarse! Gina tragó saliva y trató de controlar la impresión que ese hombre causaba en ella.

—¿Quieres algo, Parish?

—Sólo si estás preparada para explicarme lo que has hecho hasta ahora.

—¿Ahora mismo?

Parish se encogió de hombros. La ausencia de la camisa hizo que este gesto resultara demasiado provocativo.

—Sí, ¿hay algún problema?

—¿No te quieres dar una ducha antes?

—Vengo de nadar.

—Oh —exclamó ella. Ésa era la razón de que no llevara camisa, aunque eso no solucionaba nada—. Umm, puede que tengas que cambiarte, ¿no? Tus pantalones están llenos de polvo, y… los ordenadores no deben exponerse al polvo.

Parish esbozó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes blancos perfectos.

—Entonces, intentaré no exponer mis piernas al ordenador.

Mientras hablaba, el hombre comenzó a caminar, haciendo oscilar sus piernas largas ceñidas dentro del pantalón, haciendo preguntarse a Gina si quizá, sin saberlo, padecía de claustrofobia.

—Creo que es mejor que lo hagamos cuando termines la cerveza.

A Parish no le pasó inadvertido el tono de disgusto que imprimió a sus palabras. No lo había vuelto a escuchar desde los primeros días en que ella había llegado.

—Puedo beber y mirar al mismo tiempo —dijo, levantando la lata de cerveza con desafío mientras la miraba fijamente.

—Estoy seguro de que puedes, aunque preferiría que no lo hicieras.

Parish consideró si darse la vuelta y marcharse. Habría sido lo más inteligente, pero era lo que ella esperaba que hiciera. Entonces

esbozó una sonrisa, aplastó la lata con una mano y la tiró en la papelera que había en un rincón de la habitación.

—De acuerdo, profesora, estoy listo para empezar la lección. ¿Y tú?

—Sí, estoy lista —dijo, levantándose y ofreciéndole la silla—. Pero me gustaría que dejaras de comportarte con esa ligereza, Parish. Ahora siéntate y concéntrate en lo que voy a enseñarte.

Estuvo tentado de decir que gracias a ella no iba a poder concentrarse en nada nunca más.

—¿Y tú dónde vas a sentarte?

—Me quedaré de pie detrás de ti. Es lo que hago cuando enseño a alguien.

Parish se sentó y disfrutó del perfume de la muchacha.

—Como te dije —comenzó ella, colocando las cosas de la mesa sin mirarlo—, ese ordenador es uno de los mejores. Tiene todo…

Podría haber estado hablando latín o ruso, porque las palabras tenían el mismo sentido para él, pero no tenía ninguna prisa por hacerla callar. La concentración que Gina mantenía en el ordenador, le daba la oportunidad de abandonarse a su propia fascinación por ella. Pudo contemplar tranquilamente cada curva que poseía su cuerpo, su cabello espeso y sus pies descalzos de uñas rosas.

Los pantalones cortos que llevaba moldeaban sus caderas y sus nalgas redondas y firmes como una segunda piel, y la idea de lo que parecería y sentiría su primera piel, le daba escalofríos. En cambio, su blusa sin mangas era más sutil, aunque los botones y el lazo de la cintura le estaban poniendo nervioso.

—Estoy seguro de que estarás de acuerdo una vez que pongas tus manos en él.

Parish se sobresaltó, no podía ser que hubiera dicho aquello.

—¿Qué has dicho?

Gina dio un suspiro y a continuación lo miró.

—No has estado escuchando una palabra de lo que te he dicho, ¿a que no?

—Lo siento, estaba pensando en otras cosas.

—Se supone que será sobre mí y sobre lo que te estoy diciendo.

—¿Entonces apruebo?

Gina se quedó pensativa, y Parish empezó a mirar atentamente el ordenador.

—Esto es un ratón, ¿verdad?

—Sí, se usa para…

—Meterte en los archivos y en los programas, en vez de utilizar el teclado. Y con esto se mueve el cursor hacia arriba y hacia abajo dentro de la pantalla —continuó, moviendo el ratón de manera lenta y sugerente, mientras hablaba con el mismo tono.

—¡Parish¡—gritó, apartándose, cuando de repente él pasó el ratón por uno de sus muslos.

—Es la típica reacción de las mujeres ante un ratón. Ahora sé por qué se llama así —dijo él, comenzando de nuevo a mover el pequeño aparato.

—¡No hagas eso!

—¿Por qué?

—Porque… porque vas a estropearlo.

—Lo siento, no soy un experto en ordenadores. Debería quizás atenerme a lo que sé.

Dicho lo cual la tomó y la sentó sobre su regazo, mientras pasaba una mano por sus muslos.

—¡Parish! ¿Pero qué haces?

La boca de él evitó que pudiera terminar la estúpida pregunta. Ella sabía exactamente lo que estaba haciendo, y le rodeó con sus brazos para que no cambiara de opinión.

Debería de haber sentido asco ante la dureza de su mandíbula sin afeitar y el sabor a cerveza, pero no fue así. En lugar de ello, todo su cuerpo pareció llenarse de energía ante su masculinidad descarada y fuerte, y ante la dulzura inesperada con que metió la lengua dentro de su boca. Cuando Gina sintió la lengua, ambos suspiraron a la vez y se apretaron el uno contra el otro.

Para Gina, el hecho de escuchar el alivio de ambos, la hizo estremecerse, porque eso significaba que no sólo era ella la que deseaba. Parish la deseaba tanto como ella a él. Descubrir aquello era ya increíble, y nada comparado con las sensaciones que la invadieron cuando él acarició sus caderas. Entonces ella se apretó contra su miembro duro, a pesar de los pantalones.

—¡Dime! —musitó él, contra su cuello.

Él había preguntado con acciones, sin palabras, y ella eligió

responder de la misma forma. Entonces tomó su boca y giró las caderas, y se metió más profundamente en su regazo.

Un segundo después estaban sobre el suelo. Gina deseosa por abandonarse a una pasión que previamente había rechazado, se quitó la ropa con rabia…

Capítulo 10

Parish miró su desnudez, sin poder decidir qué era más increíble, si la perfección de su cuerpo o la pasión encendida de sus ojos marrones. Sus manos no le daban ninguna pista, mientras las bajaba por primera vez hacia sus pechos desnudos. Y es que también podría deberse a la sensualidad de sus labios, mientras se arqueaba hacia sus caricias. O quizá por el terror de descubrir que hacer el amor con aquella mujer no era la forma de olvidarse de ella.

Bajo sus manos, la piel de Gina parecía seda caliente… Era sensual, suave y exótica. Bajo su lengua sus pezones duros sabían a miel… duros y deliciosamente dulces. Y para sus oídos, aquellos gemidos de placer eran un eco de su propio placer. Quería ser suave con ella para disfrutar de las sensaciones que ella provocaba dentro de él, pero no estaba seguro de poder controlarse mucho tiempo. Nunca había deseado tan desesperadamente a una mujer.

Gina intentó mentalmente identificar las miles de sensaciones que bombardeaban su cuerpo y su alma. Intentó concentrarse en ellas y en Parish. Sus sentidos estaban llenos de él, de su olor masculino y terrenal, del gusto salado de su piel, de sus gemidos mientras moldeaba la dureza de su cuerpo musculoso, del placer erótico de sus manos fuertes en ella.

Gina gritó de placer mientras él chupaba sus pezones con sabiduría, provocando dentro de ella sensaciones desconocidas. Una humedad y una urgencia nunca sentidas. Y esas sensaciones nuevas le daban tanto miedo como placer, e instintivamente lo acarició para satisfacer sus necesidades. Parish la miró con gesto tenso, intentando controlarse. Ella de repente se abandonó a la alegría del efecto que podía provocar en aquel hombre, y no estaba preparada cuando él la agarró por la cintura.

Era ella, en ese momento, quien estaba atrapada, con los brazos sobre la cabeza.

Parish no advirtió ninguna señal de miedo en su cara. Incluso la sonrisa de Gina era la seducción personificada cuando él acercó sus labios. La lengua de la muchacha y los susurros revelaban que su pasión era tan ardiente como la suya. Entonces Parish tomó una de

sus manos y con la otra intentó calmar y elevar a la vez la excitación de la muchacha, pero descubrió que el poder era un arma de dos filos, porque ella dirigió su mano con un entusiasmo y una pasión que estuvo a punto de hacerle estallar.

—Parish, te deseo.

Inmediatamente, él comenzó a deslizarse sobre el cuerpo de ella, pero ella puso las manos sobre sus hombros, demostrando que quería que él se pusiera sobre la espalda.

Gina sonrió mientras se subía sobre él, y en esa milésima de segundo, incluso antes de que el gemido de placer chocara contra las paredes, supo que se había enamorado de ella.

Parish Dunford se había enamorado de Gina Petrocelli.

Pero antes de tener la oportunidad de admitirlo, ella se estiró sobre él y exigió su boca. Cuando se ofreció, se olvidó de todo.

Gina supo que el último esfuerzo por controlarse había estallado en mil pedazos en el momento en que ella y Parish fueron una misma persona. Después de ese momento, lo único que conoció fue la felicidad…

El aire del pequeño despacho olía todavía a pasión, aunque los gemidos y gritos de placer habían desaparecido. Gina estaba sobre Parish, con la cabeza en su hombro y el rostro vuelto hacia su rostro. Apenas se daba cuenta de que el brazo de él en su espalda evitaba que su cuerpo sudoroso se resbalara hacia el suelo. Tampoco era consciente de la mano que acariciaba su cabello. Ella tenía los ojos fijos en el pantalón vaquero de Parish.

La hebilla de plata del cinturón representaba un vaquero tratando de atar a un caballo. Gina deseó saber si el vaquero había triunfado sobre el caballo, o si se había caído a tierra. Ella también había pensado que podría controlar y salir airosa de una situación peligrosa.

—¿Estás bien? —preguntó Parish con suavidad, acariciándole el hombro desnudo.

—¿Bien? No sé qué contestarte.

—Yo tampoco sé qué decirte, porque estoy demasiado sorprendido para hablar razonablemente —dijo, mirándola con cariño—. Pero intuyo que lo hemos hecho bastante bien, y eso significa algo más que una buena relación sexual.

—El llamado orgasmo simultáneo —suspiró ella—. Leí una vez que era bastante raro.

—¿Eso es para que intente repetir lo que acaba de pasar?

La muchacha hizo un gesto negativo con la cabeza, e hizo ademán de apartarse de él. Inmediatamente él la apretó con fuerza.

—Es sólo una explicación de lo que ha sido la mejor relación sexual que he tenido.

—¿La mejor relación que has tenido?

—Sí, va a ser difícil que consiga una mejor, Parish Dunford.

—¿Pero lo intentarás?

Gina se incorporó y se puso sobre las rodillas de espaldas a él, mientras tomaba su camisa.

—No busques cosas que no he dicho, sólo estaba haciéndote un cumplido.

—¡No necesito cumplidos! ¿Me estás diciendo que lo que ha pasado aquí era sólo sexual?

—Sí. Apenas nos conocemos, así que es ridículo pretender que sea algo más.

—Mentira, Gina. ¡Hay entre nosotros algo más que atracción física, y tú lo sabes! Nosotros conectamos bien a nivel emocional, no sólo físico.

Gina se puso la camisa.

—Hemos llegado al orgasmo a la vez, y eso nos ha confundido momentáneamente. Eso es todo.

—Nuestra confusión venía de mucho antes. No hemos usado un preservativo —la chica se volvió inmediatamente—. Tranquila Gina, lo peor que puedo darte es un hijo.

El alivio de Gina fue instantáneo.

—Puede que no hayas sido mi primer amante, aunque eres el único que se ha desnudado por completo. ¡No hemos usado preservativo! ¡Probablemente por eso ha estado tan bien!

Parish se limitó a encogerse de hombros. Él pensaba de otra manera, pero Gina era evidente que necesitaba una explicación tangible del placer al que ambos habían llegado, que no quería pensar que ello se debiera a una conexión fuerte entre los dos. ¿Por qué?

De repente Parish se quedó serio.

—¿Gina, tienes novio en Sydney? ¿Es por eso que… ya sabes?

Gina lo miró furiosa.

—No puedo creer que me preguntes eso. ¡Por supuesto que no tengo novio! ¡Si tuviera esto no habría pasado! Crees que voy por ahí…

La alegría de Parish fue tan grande, que no sintió el enfado de Gina. La tomó en los brazos y la apretó contra su pecho.

—¡Déjame ir! —suplicó furiosa.

—¡No! He decidido hacer mi propia investigación sobre la rareza del orgasmo simultáneo.

Gina se apartó el largo cabello para mirarlo fijamente.

—¡Eso te será difícil hacerlo solo!

—Por eso te he elegido como voluntaria. ¿Te gusta?

—No…ni lo pienses.

—Sí, tú eres… Tienes tanto miedo, que eso significa que tengo razón. No importa si hemos llegado o no juntos al orgasmo, somos la pareja más armónica del planeta. Admítelo —añadió, con una sonrisa.

Gina pensó que no era fácil mantenerse firme cuando las manos de aquel hombre estaban mandando mensajes deliciosos sobre sus nalgas desnudas. Y especialmente cuando ese hombre la miraba con los ojos tan brillantes, que estaba a punto de derretirse. Poco a poco, el rechazo que sentía hacia él, fue convirtiéndose en un deseo de repetir lo que había pasado hacía sólo unos minutos.

—Parish —dijo con voz débil—. Yo, yo….

No pudo terminar, porque sus palabras fueron borradas con los labios de él y su mente quedó en blanco. Sintió que su enfado se evaporaba, y sus caderas se volvían pesadas cuando los labios y las manos de Parish la acariciaban. Besar a ese hombre era estimulante y a la vez tranquilizante, era volverse loca entre sentirse relajada y llena de deseo.

—Creo… —dijo Parish—, que es hora de que vayamos al… dormitorio.

—¿Al tuyo o al mío? —dijo ella, con una sonrisa provocadora, mientras él la hacía levantarse.

—No importa. Tenemos que hacer el amor en una cama.

—Amarnos en una cama.

—Claro, cariño, lo que tu digas.

Parish estaba en un estado cercano a la somnolencia cuando la mujer que estaba a su lado saltó de la cama y cruzó el cuarto desnuda.

—¡Me he quedado dormida! ¡Voy a llegar tarde!

—Llegar tarde… —repitió él, dejando la pregunta inconclusa mientras ella salía hacia el vestíbulo.

Parish cerró los ojos y se tapó la almohada para evitar la luz brillante del sol que entraba por la ventana. Luego miró al reloj de pared. Eran las nueve menos veinte. Debería de levantarse, darse una ducha y vestirse. Se quedó inmóvil, pensando en el ejercicio que eso significaría.

—¿Hay alguna razón para que te quedes ahí, como un idiota mirando al techo?

—Tira de la sábana y te lo diré.

Gina dio una carcajada; estaba tan guapa que fue como si le quitara el aire de los pulmones.

—¿Siempre sales volando de la cama?

—Tengo trabajo que hacer.

—No, no tienes nada que hacer, te doy el día libre. Ven —dijo, dando un golpecito en la cama.

La muchacha vaciló un segundo, pero enseguida se acercó a la cama y se tumbó boca abajo. No se resistió cuando él la tomó y la besó.

—Buenos días, Gina —dijo solemnemente.

—Buenos días.

—¿Y ahora puedes decirme por qué has salido corriendo de la cama hace unos minutos?

—Tenía que tomar la pastilla.

—¿Qué pastilla? ¿Para que no te vuelvas invisible a la luz del día?

—No, para que no me vuelva redonda y me salga un niño gritón.

—¿Y qué pasaría? Si la tomas todos los días no hay peligro, ¿no?

Eso era lo que siempre había creído él.

—Sí, pero se debe tomar más o menos a la misma hora del día.

—¿Y eso la hace más efectiva?

—Lo único que sé, es que yo llevo ocho años tomándola a las siete y media, y no estoy dispuesta a arriesgarme ahora. ¿Por qué te pones serio?

—Bueno, no soy ningún experto, ¿pero no es malo tomar tanto tiempo la píldora? ¿No puede afectarte a la fertilidad y todo eso?

—Parish, por eso se toma.

—¿Y qué pasa si quieres tener niños y no puedes quedarte embarazada?

—Bueno, habrá mujeres que consideren eso un problema, pero yo no. No quiero tener hijos.

—¿Nunca?

—No. A menos que me case con un hombre que desee tener hijos. En ese caso puede que tenga uno —dijo, de una manera tan fría, que Parish estuvo tentado de mirar a ver si tenía pulso.

—¿O sea, que en ese caso tendrías uno?

—Mmm. Preferiblemente una niña, porque así, si el hombre no acepta sus responsabilidades, no tendré que pasarme horas viendo programas de deportes masculinos en la tele, o llevarlo de acampada en condiciones duras para que sea un niño fuerte.

Gina hablaba sin ver a Parish, como hablando consigo misma.

—Creo que los niños deben venir al mundo en condiciones muy estables, dentro de un matrimonio con una economía firme, y después de haberlo pensado bien —continuó Gina—. No me gustan nada las personas que tienen hijos porque han tenido un descuido o porque creen que es un derecho o que su hijo necesita un compañero de juegos.

Gina se dio cuenta de que Parish la miraba asombrado.

—Tú eres de la clase de hombres que se cree que es algo muy bonito. No lo niegues, tu cara lo dice.

—Estoy intentando saber por qué no te gustan los niños.

—No me disgustan los niños, pero no me vuelve loca todo lo que hay que hacer por educarlos. Y es por eso que si alguna vez decido ser madre, me limitaré a uno —respondió, apartando su cabello negro de la cara.

Parish había pensado pocas veces en casarse, y cuando lo había hecho se había imaginado con un mínimo de tres niños y una esposa sin rostro que se entregaba por completo a él y a sus hijos.

Además, siempre había creído que cuando encontrara a la mujer adecuada, ella tendría los mismos sueños que él. Y en ese momento se daba cuenta de que era una equivocación. Nada de lo que Gina decía tenía que ver con lo que él había soñado. Aunque había

habido algo que ella no había mencionado.

—¿Y suponiendo que te encuentres de repente casada con un hombre, y tengas una niña, ¿dejarías tu carrera para dedicarte completamente a ser madre?

—¡Por supuesto que no! —dijo, horrorizada—. ¡Eso sería la peor cosa que podría hacerle a mi hijo!

—¿Sí?

—Por supuesto, Parish. Yo sería una persona amargada si no tuviera que esforzar mi mente en nada. ¡Sería un desastre! Perdería toda mi autoestima, y lo notarían ambos, mi marido y mi hijo. El matrimonio se rompería, nos divorciaríamos y yo me quedaría soltera y sin trabajo.

Gina tenía el rostro encendido de rabia, pero a pesar de las diferencias entre ellos, Parish sabía que no sería feliz con ninguna otra mujer.

—No soy de esas mujeres hogareñas y dóciles, Parish. Yo valoro mi independencia y mi espacio personal demasiado.

—Lo entiendo. En ese caso tenemos un problema bastante serio.

Los ojos de Parish se oscurecieron hasta convertirse en azul marino al mirarla con una intensidad que la hizo temblar. La muchacha se arrodilló y luego comenzó a echarse hacia atrás, sabiendo que él iba a decirle algo que ella no quería escuchar.

—Parish, creo que sé lo que vas a decir, pero… —dijo, mientras estaba a punto de levantarse de la cama y él la tomaba de la muñeca—. Por favor, Parish… No quiero discutir ningún problema, no esta mañana, no ahora. Sólo quiero darme una ducha y…

—Lo sé. Ése es el problema. Yo también.

Por un momento la cara de Gina se quedó desconcertada, luego sonrió. Entonces Parish la tomó en sus brazos y la besó en la boca…

Gina sabía que estaba tentando a la suerte al tener una aventura con Parish. Sin embargo, razonaba, mientras que ella estuviera preparada y aceptara el hecho como tal, no habría sufrimiento. Tres días después, Parish tendría que salir para trabajar con el ganado, y eso serían cinco semanas, de manera que cuando volviera ella estaría en Sydney, feliz de seguir con su vida.

La relación entre ellos habría terminado, y sólo existiría en el recuerdo.

No había razones para temer repercusiones a largo plazo, se decía a sí misma. Su aventura con Parish era lo mismo que el romance de cualquier adolescente con el malo de la pandilla.

Parish contemplaba en silencio a Gina, mientras ésta hacía pasar el caballo limpiamente hacia el establo. Cuando Parish había sugerido ir a dar un paseo, había imaginado que Gina no tendría mucha experiencia; pero, aunque su estilo no era excelente, montaba bien y sabía tratar al caballo. Había aprendido en clubs de hípica en la ciudad.

—¡Ya es suficiente! ¿Por qué no me habías dicho que sabías montar?

—Nunca me preguntaste.

—Es cierto, pero podías haber dicho algo. Te habría dejado un caballo y podrías haber montado todos los días.

—Sí, pero la verdad es que no lo pensé, llevo sin montar a caballo desde los diecisiete.

—En ese caso, será mejor que lo dejemos ya, o no podrás sentarte esta noche.

Gina condujo su caballo hacia la verja y miró a Parish fijamente.

—Llámame cínica, pero creo que no es eso lo que te preocupa.

—¡Eres una cínica! No estaba pensando en la cama.

—¿De verdad? ¡Qué raro, yo no lo puedo olvidar!

Gina dio una carcajada y clavó las espuelas al caballo para que cabalgara.

—¿No es precioso? —preguntó Parish, cuando Gina detuvo al caballo y se quedó mirando el paisaje.

—Muy bonito —respondió en voz baja, para no alterar la paz del lugar.

Árboles majestuosos se agrupaban formando sombras a lo largo de la ribera de un río. En las partes donde daba el sol se reflejaba como en un espejo, creando una barrera impenetrable de cristal. Gina bajó del caballo y se acercó a uno de los árboles.

—¿Qué tipo de árbol es éste? —preguntó.

—Una especie rara llamada coliba. No es una buena idea que toques las hojas, algunos árboles pueden darte una desagradable sorpresa.

—¿Por ejemplo?

Parish desmontó del caballo y se acercó a ella.

—Las hojas de los árboles llamados parkisonia, que como los coliba crecen a lo largo de los ríos y las hondonadas, tienen pequeñas púas.

Gina se volvió y observó a Parish atando los caballos a una de las ramas. Cuando terminara, lo más natural sería darle la mano y dar un paseo a su lado bordeando el agua.

—Pincharte con una parkisonia puede ser una mala experiencia. Con una mimosa puede ser todavía peor.

—¿Por qué? —preguntó, más por oír su voz que por un interés en la botánica.

—Es un arbusto, como una rosa silvestre con espinas largas y muy puntiagudas. Blue volvió de la concentración de ganado con rasguños de una de ellas.

—¿Qué pasó?

—Era de noche, estábamos trabajando tarde con un grupo de animales, y Blue estaba de cara al campo y…

—¿De cara al campo? —repitió, deteniéndose y mirando a Parish enfadada—. Parish, no entiendo lo que me estás contando. ¿Crees que puedes recordar que estás con una ignorante de la capital?

Parish sonrió, la tomó de la barbilla y dejó un beso en sus labios.

—Bueno, ahora sabes lo que siento cuando me hablas de ordenadores. Para un ignorante paleto como yo, la capacidad de un ordenador es algo tan difícil de entender como lo sería para una oveja.

Gina le bajó el sombrero.

—¿Tú un paleto? No puedes engañarme, Parish Dunford. He visto las cifras de Dunford Downs.

—Mi abuelo fue el responsable de la construcción de Downs. El éxito sólo se debe a su trabajo.

—Pero tú te has encargado de ello desde que él murió, y con un incremento grande de beneficios.

Parish se encogió de hombros.

—Hasta ahora he tenido suerte, pero eso no garantiza el futuro. El éxito continuo en este negocio depende mucho del clima, tanto como de tu capacidad, o quizá más. Un par de años de sequía pueden matarte el ganado y dejarte sin nada.

—Pero si el futuro de Dunford Downs es tan… incierto, ¿por qué compraste Malagara?

—Porque Downs era el sueño de mi abuelo, y yo necesito mi propio sueño.

—¿Has querido hacer alguna otra cosa a parte de criar ganado?

—No.

La respuesta fue firme, sin dudas, tal como Gina había temido. Como ella, él tenía su vida organizada y no había lugar para el compromiso. Era lo que las personas sensatas hacían.

¿Y por qué entonces ella se sentía más triste que sensata?

Capítulo 11

Gina observaba con el corazón encogido al caballo negro y brillante que quería tirar a Parish al suelo. Cada vez que el animal se ponía en sus patas traseras, deseaba cerrar los ojos para no ver si Parish se caía al suelo, y a la vez no quería perder un segundo de la magnífica batalla entre el hombre y la bestia.

El aire a su alrededor estaba lleno de polvo, debido a los saltos del animal, pero ella disfrutaba de la fuerza del hombre que la noche anterior había sido un amante increíblemente dulce. Parish Dunford daba mucho más de lo que en apariencia se podía creer, y cada vez que lo miraba, deseaba que no fuera así. Y es que cuarenta y ocho horas más tarde, la relación con él sería nada más que un recuerdo.

Los últimos dos días habían estado completamente solos en Malagara. Los otros vaqueros habían decidido pasar cuatro días en Cloncurry, mientras que Rusty y Leanne habían llevado a los niños a visitar a unos amigos en Mount Isa. Al día siguiente por la mañana, regresarían y Malagara volvería a ser un lugar de trabajo. Gina esbozó una sonrisa al recordar que en aquellos días sólo se había sentado al ordenador para jugar con Parish. La muchacha dio un suspiro. Algo le dijo que una vez que se fuera de allí, los juegos de ordenador no serían para ella tan terapéuticos como lo habían sido en el pasado.

Ella y Parish tenían únicamente dos días más.

De repente volvió a la realidad y fue golpeada por un sentimiento de orgullo, al ver a Parish tratando al caballo con relativa facilidad. El animal todavía no se había rendido, pero el atractivo vaquero evidentemente dominaba la situación.

«¡Y lo sabe perfectamente!», pensó Gina, esbozando una sonrisa cuando Parish la miró satisfecho.

—¡De acuerdo, estoy impresionada! Ahora puedes bajarte —dijo ella provocadora.

—Cinco minutos más. Ésta es sólo la segunda vez que lo monto. El primer día fue antes de comenzar a agrupar el ganado, quería darle más tiempo.

—De acuerdo. ¿Me puedo quedar mirando sobre la cerca?

—Será mejor que no lo hagas, no estoy seguro de cómo puede reaccionar.

Así que Gina continuó de pie, al otro lado de la cerca, con los brazos en una de las maderas, y la barbilla en otra, escuchando cómo Parish hablaba dulcemente con el caballo joven. De nuevo se sorprendió de las facetas tan diferentes del hombre. Cuando estuvo segura de que él había casi terminado su trabajo, y que no iba a ser necesario llamar al doctor por radio, cosa que había pensado más de una vez en los últimos cuarenta minutos, volvió a la casa. Tenía que preparar la comida.

Estaba preparando una ensalada cuando Parish abrió la puerta y entró en la casa.

Se quedó inmóvil al ver a Gina con el sol brillando en su pelo negro, una camisa beis vulgar remangada, unos pantalones negros ceñidos, y los pies descalzos.

No había nada demasiado sensual en su aspecto o movimientos, especialmente en aquella cocina vieja, pero el efecto general era suficiente para excitarlo.

Gina lo miró, al oír el ruido que Parish no había sido capaz de controlar.

—Lo siento, cariño —dijo, cerrando la puerta—. No quise asustarte.

—No lo has hecho. Bueno, quizá un poco.

Gina se apartó el cabello y le dirigió una sonrisa encantadora. Parish la besó, descubriendo que la presencia de esa mujer borraba las costumbres de toda una vida, que la energía que provocaba en él era una adicción. El gusto, el sentimiento de ella, la manera en que se movía contra él, era algo de lo que no se cansaba, algo que lo empujaba a romper los límites de la educación y las buenas maneras para satisfacerlo con avaricia.

Cuando Parish apartó los labios de ella y la miró, Gina instintivamente le agarró por la cintura, y entonces él tomó sus labios para que lo besara en la mandíbula, en el cuello… Parish olía a caballo y a cuero, y sabía a polvo y sudor. Ella inhaló profundamente aquel perfume que hablaba de trabajo duro y de virilidad poderosa. Tocó su camisa empapada y se agarró a la tela con todas sus fuerzas.

—Cariño, estoy sudoroso y con mucho calor —murmuró contra

su pelo, luego dio un suspiro profundo—, tú hueles tan bien… Dame tiempo para ducharme y lavarme un poco.

—No quiero que te laves, Parish. Te quiero ahora, así —dijo Gina, con los ojos brillantes—. Aquí —continuó ella, despacio, desabrochando los botones de su camisa—. Ahora y sin que te sacrifiques —terminó, con una sonrisa provocadora.

No se quitaron toda la ropa, solo lo esencial, apresurados por el deseo más primitivo. Parish llevaba todavía los pantalones y las botas cuando se derrumbó en la silla más cercana y puso a Gina sobre su regazo.

Las palabras llegaban en gemidos, apenas audibles. La realidad se mezclaba con la fantasía, la frustración con el deseo, mientras la pasión y las emociones poseían no sólo el cuerpo de Gina, también su mente. Entonces, en el momento en que Parish la penetró, tuvo un momento de felicidad, de calma espiritual, antes de que el hombre de nuevo la atormentara con sus caricias.

Gina colocó las manos en los hombros de él, en un intento de resistir a las sensaciones que la invadían mientras Parish la acariciaba una y otra vez las caderas y los pechos. Más suave que esa caricia aún, eran sus gemidos, que probaban que el temblor de su cuerpo se transmitía al de Parish. ¿O era ella quien absorbía el temblor de él? Gina abrió los ojos y vio los ojos azules de Parish llenos de ternura. Supo que había llegado a su alma.

Parish arremetió contra ella, y el movimiento hizo que Gina echara la cabeza hacia atrás con un gemido de placer. Luego, engañada por la inmovilidad de él, frunció el ceño sorprendida.

—Ningún sacrificio, ¿recuerdas?

Una sonrisa radiante se dibujó en el rostro de Parish, tan provocador como el brillo de sus ojos.

—Tómame, cariño —añadió Parish, con un tono de voz irresistible.

El movimiento sensual y profundo de Gina, estremeció el cuerpo de Parish. La muchacha se arqueó hacia atrás, y estiró la mano para alcanzar el sombrero sucio que estaba en el suelo. Sonrió seductoramente y se lo puso en la cabeza, luego se sentó firmemente sobre él.

—Estoy lista para un rodeo, vaquero…

—¡Vamos, dormilona. Arriba!

Gina se levantó ante la inesperada palmada en sus nalgas. No le gustaba que la despertaran.

—Déjame —musitó, tapándose con la sábana—. Es de noche, seguro que no son las seis todavía.

—¡Increíble! —exclamó Parish, dejando su taza de café en la mesilla—. No has abierto los ojos y sabes que está oscuro. He traído café —añadió, sentándose en el borde de la cama.

—Quiero dormir.

—Vamos, no seas así —murmuró, inclinándose para darle besos por toda la cara—. Son casi las cinco y media, enseguida llegarán las seis.

Gina gruñó con suavidad cuando él quitó la sábana y le dio un besito en el hombro. ¡Maldición! ¡Esa muchacha olía de maravilla! ¡Si tardaba un poco en levantarse, se metería con ella en la cama!

—Vamos, cariño, no puedes estar todo el día durmiendo —Gina se incorporó y le abrazó.

—¿Por qué no? No me dejas dormir por la noche.

—Mentirosa —respondió, apoyando su frente en la de ella—. ¡Si te dejo!

—Digo dormir.

—¿Tengo yo la culpa de que seas insaciable? —preguntó, soltándola y ofreciéndole una taza de café.

—Sí. Tú eres el que me provocas —se quejó, aunque con una sonrisa en la boca.

—¿Entonces me perdonas?

—Eso depende de la calidad del café.

En opinión de Gina era pasable, aunque por lo menos estaba caliente y denso. Bajó la taza y dio un suspiro de admiración al ver la espalda de Parish mientras se ponía las botas.

—De acuerdo, estás perdonado —le dijo—. Por lo menos por la noche pasada. ¿Y por qué me despiertas tan temprano?

Parish le guiñó un ojo mientras se dirigía hacia el armario.

—He decidido que es hora de que te eduque para que sepas cómo hacemos las cosas aquí.

—Eso suena un poco extraño. ¿Qué estás planeando?

Parish se puso la camisa y comenzó a abrochársela concienzudamente, como si quisiera evadir la pregunta.

—¿Parish?

—¿Mmm?

—¿Qué estás planeando?

—Levántate, vístete y lo descubrirás.

Gina le tiró la almohada, pero ésta aterrizó en el suelo.

Parish se rió desde el vestíbulo.

—De acuerdo, ahora vamos.

—¡De ninguna manera, Parish! —declaró, echándose hacia atrás y haciendo un gesto negativo con la cabeza—. ¡Ni lo pienses! No voy a beberlo y no voy a ordeñarla.

Parish, divertido, se inclinó sobre ella.

—Vamos, pruébala. No es tan difícil.

—Te he dicho que no voy a ordeñar una vaca. Se acabó.

Parish la rodeó con sus brazos.

—Mira, tómalo como si fuera una única experiencia en tu vida.

—¡Ya no me caben más cosas en la lista! Fue lo mismo perder la virginidad y electrocutarme a los quince años, y créeme que las dos cosas fueron terribles, así que te puedes ir olvidando de la vaca.

Parish la miraba fascinado.

—¿Te electrocutaste y perdiste la virginidad al mismo tiempo?

Gina parpadeó, momentáneamente sorprendida.

—¿Qué? ¡No! —musitó, haciendo un gesto de desesperación—. Tenía quince años cuando me electrocuté y diecinueve cuando perdí mi virginidad.

—¿Cómo fue?

—Estaba en el asiento trasero de un coche.

—¡No, qué estúpida! Quiero decir que cómo te electrocutaste —preguntó, dándole un golpecito cariñoso.

—Como te iba a decir, estaba sentada en el asiento trasero de un coche —Gina hizo una mueca, al ver que Parish seguía mirándola con la misma expresión divertida—. Un amigo mío tenía una fiesta, y cuando su padre fue a por hielo a una gasolinera, fuimos con él. Puso gasolina en el coche y compró bolsas de hielo. Al volver al coche con el hielo, tres bolsas en cada mano, una de ellas se cayó y se rompió, entonces, para que él no tuviera que dejar las otras en el suelo, salí del coche para ayudarlo.

—¿Y?

—Lo siguiente que recuerdo fue estar en una cama de hospital

con mi madre llorando —concluyó, encogiéndose de hombros—. Eso es lo único que recuerdo. Era un día de verano caluroso, y el hielo comenzó a derretirse nada más llegar al suelo. Cuando la bolsa se rompió, el agua salpicó y llegó al cable del congelador, en ese momento yo lo pisé y me quedé enganchada. Según los doctores, me salvé por llevar unas correas de goma en las zapatillas.

Parish silbó una maldición y la apretó con fuerza.

—¡Dios mío, Gina! ¡Es un milagro que no te murieras!

Aunque anteriormente había escuchado similares reacciones, le encantó la cara horrorizada de Parish, y la tensión con que agarró su cuerpo. Aquella historia le había impresionado, era evidente. Gina se abrazó a su cintura y apoyó la cabeza en su hombro. De esa manera escuchó el latido de su corazón.

—¿Quiere eso decir que no me harás ordeñar la vaca? —preguntó, intentando que olvidara los malos recuerdos.

Tardó un segundo, pero enseguida apareció una sonrisa en su cara.

—No, ni en esta vida ni en la siguiente.

—Muy bien —dijo, poniéndose de puntillas y besándolo—. En ese caso, volveré a casa y desayunaré, mientras tú terminas con Clarabelle.

—Trato hecho —dijo soltándola. Luego frunció el ceño—. ¿Por eso tienes esas cicatrices en la planta de tu pie derecho?

Gina asintió.

—Parte de la correa se derritió en mi pie. No sabía que observabas tanto mis pies, las cicatrices apenas se ven.

—Tengo cada trocito de tu cuerpo en mi cabeza, Gina. Conozco tu cuerpo tan bien como el mío.

Era una ironía, pensó cuando iba hacia la casa, porque ella había pensado que hasta aquellos últimos días, en realidad nunca se había conocido. Y lo que era peor, tenía miedo de que su cuerpo se acostumbrara demasiado a Parish…

Parish observó a Gina mientras ésta miraba el río. Llevaba un bañador de una pieza de color blanco, que resaltaba cada curva de su cuerpo y a la vez contrastaba con su piel color oliva. Se podría quedar toda la tarde mirándola.

—¿Estás absolutamente seguro de que no hay cocodrilos aquí?

—preguntó—. Porque he leído muchas cosas sobre pobres turistas que han sido atacados por descuido.

—Entonces estás salvada, Gina, tú no eres descuidada. Es la quinta vez que me preguntas lo mismo, y por quinta vez te digo que no hay cocodrilos tan al sur.

—¡Eso sólo me lo creería si supiera que los cocodrilos tienen brújula! Y si es tan seguro, ¿por qué no estás ya en el agua?

—Porque quiero ver cómo te tiras —dijo, recibiendo un golpe en el brazo.

—¡No lo hago tan mal! Está bien, tienes razón, estoy tardando mucho, pero si me convierto en una rana, Parish Dunford, te hechizaré hasta el día de tu muerte.

Parish sonrió. Era una amenaza hueca, ya que ella ya lo había hechizado. Puede que no hubiera sido amor desde el instante en que se conocieron, pero la velocidad e intensidad con que lo había golpeado era definitiva. Gina Petrocelli se había metido en su mente y su corazón para siempre. No sabía lo que Gina sentía, y estaba seguro de que ella tampoco lo sabía. Por eso no había admitido todavía la profundidad de sus sentimientos hacia ella.

—Me siento culpable aquí tumbada —dijo Gina mucho después, tumbada boca arriba sobre una manta—. Tendría que estar trabajando frente al ordenador. Bueno, mejor dicho, deberías estar frente al ordenador, y yo a tu lado explicándote cómo se usa.

Parish dibujó con un dedo el arco perfecto de sus cejas, luego bajó a la mejilla, al cuello, y terminó bajo el tirante de su bañador. Lentamente comenzó a bajárselo.

—Pero esto es más divertido, ¿no crees?

Gina contestó sin palabras, y mientras él tomaba posesión de su boca, ella le rodeó con sus brazos, para asegurar que no confundiera sus sentimientos.

Más tarde, cuando la muchacha subía a la furgoneta, miró hacia atrás el agua cristalina, y se dio cuenta de que había sentido menos miedo de nadar entre cocodrilos, que en ese momento. Porque emocionalmente se sentía como si fuera arrastrada hacia las profundidades. El sentido común le avisaba que era inútil intentar nadar a contra corriente, pero no sabía cuánto tiempo podría resistir.

Mientras aquellos últimos tres días habían sido los más

maravillosos de su vida, no eran una señal de nada.

Puede que inesperadamente hubiera descubierto que le gustaba el amor pasional, es decir, las relaciones sexuales ardientes, pero no creía que pudiera abandonarse demasiado tiempo. Primero, porque dudaba que su corazón pudiera aguantar la tensión física, y segundo, tercero, cuarto, y hasta el infinito, porque estaba empezando a sospechar que eso sólo le ocurriría con Parish. Y desgraciadamente Parish Dunford, no era una relación de futuro.

De repente, mirando sus manos fuertes de trabajador sujetando el volante, y su cara en penumbra bajo el ala del sombrero, sintió ganas de llorar. Afortunadamente, pudo evitar el sentimentalismo estúpido, y un simple carraspeo alejó las lágrimas.

—Parece que Rusty y algunos de los vaqueros volverán hoy temprano —dijo Parish, mientras llegaban a la casa.

Gina siguió su mirada, y vio un grupo de hombres inspeccionando un caballo. El caballo era de color castaño, pero era difícil identificar las caras de los hombres, debido a que las lágrimas dificultaban su visión. Quienesquiera que fueran, habían estropeado su cuarto y glorioso día a solas con Parish.

—Sí, eso parece…

Capítulo 12

Gina intentó no responder al beso que sintió en su cuello, pero no era fácil. No cuando su corazón se aceleraba con la ternura de su mano, y su mente la traicionaba con recuerdos de la pasión que habían compartido durante la noche.

Sabiendo que no iban a compartir más noches juntos, estuvo a punto de volverse y apretarse contra su desnudez caliente, pero se dio cuenta de que el final tenía que empezar en algún momento, y por el bien de su salud mental, era mejor que comenzara aquella mañana.

Consiguió fingirse dormida, incluso mientas él acariciaba dulcemente su cabello y la besaba en la sien. Un momento después, el colchón se elevó cuando Parish se levantó. Gina se mantuvo inmóvil, escuchándole mientras se vestía. Sólo cuando estuvo segura de que se había marchado abrió los ojos, se puso boca arriba y dio un suspiro profundo.

Diez horas más tarde, él y el resto de los vaqueros se irían para reunir ganado y volverían a Malagara cinco semanas después. Ella se marcharía dentro de dos.

Su corazón dio un vuelco, pero se dijo que tenía que acostumbrarse a la idea. Ella había sabido todo el tiempo que era un riesgo dejarse atrapar y aún así lo había hecho, a pesar de la amarga experiencia de su madre.

Había una línea fina entre el riesgo y la estupidez, y ella no sabía en qué parte estaba. De todas maneras, a diferencia de su madre, no había cometido la tontería de confundir atracción física con amor. Sin embargo, razonó, dejar a Parish Dunford no iba a ser más difícil que dejar de fumar. Seguramente iba a ser duro, y habría veces en que desearía sentir sus caricias, sus manos duras y su cuerpo sudoroso tan desesperadamente como a veces había deseado la nicotina, pero sobreviviría.

—Bueno, niña —murmuró, echando a un lado las sábanas—. Has admitido que tienes un problema y, como cualquier consejero te diría, eso quiere decir que estás empezando a curarte.

Entró en la cocina vestida, pero Parish le perdonó que no llevara

su provocadora bata, porque en vaqueros y blusa de seda estaba igual de atractiva.

—Buenos días —dijo Gina, sonriendo, y dirigiéndose hacia la cafetera.

—Buenos días, te iba a dejar que durmieras un rato más. Como siempre me estás diciendo que no te dejo dormir suficiente…

—Podré dormir esta noche —dijo ella, encogiéndose de hombros.

La muchacha puso dos rebanadas de pan en la tostadora, apagó la cafetera y vertió el contenido en su taza de café.

—¿Cuales son tus planes para hoy? quiso saber, mirando la tostadora.

Parish estuvo a punto de decirle que lo habían hablado la noche anterior: él iba a estar todo el día cargando novillos y ella iba a ir al mediodía para ver cómo se hacía. Pero sabiendo el mal humor que tenía por la mañana, decidió no provocarla.

—Vamos a estar en la cerca, cargando los novillos en los camiones que llegarán como en media hora. Si todo va bien, terminaremos poco después de la hora de comer. ¿Quieres ir a caballo o en furgoneta?

—De ninguna de las maneras. No voy a ir —dijo, comenzando a echar mantequilla en el pan, con la concentración de un cirujano.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero, por eso. Puedo vivir sin la experiencia de sentarme a ver cómo se carga ganado en camiones. Tengo cosas más importantes que hacer. ¿Cuándo terminarás?

La pregunta hizo que Parish no se enfadara por el tono cortante que había usado. Después de todo, ese tono podría deberse a que el trabajo de Malagara no les permitía estar juntos.

—Imagino que volveré hacia las dos. A las tres como muy tarde —dijo, echándose hacia atrás en la silla y cruzándose de brazos—. ¿Tienes algún plan para luego?

—Sí, quiero hablar de algunas cosas contigo. Hoy es el último día que podré explicarte las cosas que no entiendes todavía.

A pesar de los esfuerzos de Parish por distraerla, Gina había conseguido dos horas cada día para explicarle cómo usar el programa que había instalado. Aunque era totalmente ajeno a los ordenadores, gracias a su abuelo tenía un sólido conocimiento de

administración. Cuando Gina no estaba a su lado, él intentaba entender cómo informatizar los datos, pero si ella estaba cerca se distraía con su olor exótico y su dulce voz.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella, dejando su café en el plato.

—No sé por qué te preocupas hoy por el maldito ordenador, cuando esta noche me iré de viaje y no volveré hasta dentro de cinco semanas. Estás loca si crees que voy a perder el tiempo con el teclado cuando puedo hacerlo contigo, cariño.

—¡Parish! —gritó, cuando él la sentó sobre su regazo.

Gina lo empujó.

—¿Por qué haces esto?

—Porque no me gusta que me trates así.

—¿Desde cuándo? —dijo sonriendo.

—Parish, es hora de que te tomes en serio el ordenador. Tú eres quien me pidió que lo instalara, tienes que aprender cómo funciona.

—¿Por qué? Contrataré a alguien para que lo haga en septiembre, cuando yo esté fuera.

—¿Y quién va a explicarles cómo se usa el programa?

Parish frunció el ceño al ver que ella se sentaba en otra silla.

—Tú, claro, ¿quién si no?

—¿Yo? —rió—. Parish, en septiembre yo estaré muy lejos. Volveré a Sydney dentro de dos semanas.

—¿Qué? —preguntó, levantándose—. ¿Te vas?

—Pues claro que me voy —dijo, apartando la vista—. Una vez que el programa esté completamente instalado.

—Pero has dicho que en dos semanas.

Gina asintió.

—¿Y qué hay del trabajo que tienes que hacer? Me dijiste que tenías que saber todas las cifras… y los detalles antes de completar el programa. Nada de eso podrá estar hecho hasta que reunamos todo el ganado.

—No me hacen falta las cifras completas. Me dijiste que todas las agrupaciones de ganado se hacían de la misma manera, y que el último paso era llevarlos a Dunford Downs para engordarlos y venderlos, ¿no es así?

Parish asintió sin mirarla, tratando de asumir las palabras de ella.

—Después de que terminemos hoy de completar todos los productos, será sólo cuestión de instalarlo en el programa y el programa de Malagara estará terminado.

—Pero todavía quedan dos agrupaciones de ganado. Dos grandes. ¿Qué pasará con toda la información que habrá que hacer?

Gina lo miró fríamente.

—Simplemente todas las cifras tendrán que incluirse usando el mismo procedimiento del principio. Sólo será una repetición. Naturalmente —dijo, untando la tostada de mantequilla—, te dejaré todas las instrucciones para cualquier problema o para que otra persona pueda seguirlas.

—¿Y qué pasa si lo hacen mal? —preguntó, con desesperación.

—No lo harán mal si siguen las instrucciones. Y tenemos un teléfono donde se nos puede llamar para posibles preguntas.

¡Un teléfono de ayuda! ¿Le estaba ofreciendo la ayuda de un teléfono? ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Era una pesadilla?

—No te preocupes tanto, Parish —dijo, en un tono firme—. Si tienes un problema grave, enviaremos a alguien para arreglarlo.

—¿Entonces vendrás tú en septiembre si es necesario?

Gina se mordió los labios, evitando mirarlo a los ojos.

—No, yo no. Eso no forma parte de mi trabajo, yo sólo diseño los programas. Una vez que funcionan, delego el trabajo en otra persona.

Parish se sintió como si fuera a explotar. La rabia, el dolor y la incredulidad lo invadieron. Gina se estaba comportando como si de verdad creyera que le tenía que agradar lo que le estaba proponiendo.

—En otras palabras —dijo, apretando los dientes—, consigues a alguien que termine tu trabajo.

—¡No! —gritó enfadada—. Intento hacer bien mi trabajo. Si comienzo algo, me aseguro de que funcione a la perfección antes de dejarlo. También intento asegurarme de que el cliente o quien vaya a usar el programa, lo sepa a la perfección. ¡Y es lo que he intentado hacer contigo estos días! Y en este caso con la mínima colaboración.

—Bien, pues vas a conseguir aún menos, señorita Petrocelli. ¡Me voy!

—¡Maldita sea, Blue! ¿Qué intentas, organizar una estampida? Quiero que los animales se metan en el vagón.

—¡Estoy haciendo lo que puedo! Es mejor que se vaya, jefe.

—¿Quieres que yo me encargue de todo? —preguntó Rusty, a su lado.

Parish lo miró.

—¿Por qué demonios iba a querer que lo hicieras tú?

—Para evitar una discusión. Estás tratando mal a la gente, y se van a marchar todos. Tranquilo, están haciendo su trabajo bien, demasiado bien.

Parish abrió la boca para discutir, pero no dijo nada. Rusty tenía razón, él estaba desviando sus frustraciones a sus hombres.

—Imagino que estoy nervioso —dijo finalmente, evitando los ojos de Rusty.

—Sí —respondió el hombre—. Tienes que hablar con Lee, está como tú.

Parish esbozó una sonrisa tímida.

—Siempre le pasa cuando vamos a trabajar con el ganado y ella no viene.

—Sí, esa es su excusa. ¿Tú tienes alguna?

—Soy el jefe, no necesito ninguna.

—Si tú lo dices…

Parish contempló el cielo estrellado y se dijo que no tenía por qué sentirse culpable por no despedirse de ella. Ella había tenido oportunidad de salir y desearles buena suerte, como Snake y Leanne, pero había permanecido en la casa tan seria y reservada como cuando él había estado recogiendo sus cosas.

—Creo que cinco semanas fuera no es mucho para una mujer de la capital —dijo Blue, respondiendo a uno de los comentarios que se hicieron debido a la ausencia de Gina.

Parish simplemente había gruñido, aunque habría dado su caballo nuevo por saber qué demonios había hecho por provocar la discusión cuando había vuelto de la cerca. Incluso en ese momento, seis horas más tarde, seguía sin saberlo.

¡Maldita sea! Había creído estar haciendo lo correcto cuando se había disculpado y había aceptado pasar media hora con ella y el programa.

—He decidido, que no hay que hacer nada, después de todo —le había dicho, cuando él había vuelto a la casa poco después de las dos. Creo que es un poco tarde.

—Esta mañana creías que era de vital importancia —le había recordado.

Gina había esbozado una mueca.

—Estás demasiado preocupado con la reunión para concentrarte en algo nuevo, y puede confundirte.

—¡La única cosa que me confunde eres tú, Gina! ¿Cómo puedes pasar del cariño a la frialdad tan bruscamente?

—Parish, los dos sabemos que no me eres indiferente.

—Lo sé, pero estás intentando convencer a uno de los dos de que sí.

—Parish, hemos pasado cuatro días maravillosos…

—No se han terminado todavía. Faltan dos horas para que me vaya —había dicho, tomándola por la cintura y besándola.

Por un momento ella había permanecido impasible, pero poco a poco había respondido. Parish entonces la había mirado divertido y la había visto tan bella que se había quedado sin palabras. La idea de estar cinco semanas sin ella, de no poder pasar una sola noche con ella, le había parecido insoportable y se lo había dicho.

—Voy a pasar treinta y cuatro noches solitarias, pero si te tengo estas dos horas, el recuerdo me dará fuerzas…

Evidentemente no había dicho lo más adecuado, porque ella le había empujado con tanta fuerza que había estado a punto de tambalearse.

—¡Hay bastantes recuerdos de estas cinco semanas! ¡No me interesa meterme otra vez en la cama para despedirme! ¡Los hombres como tú siempre tienen el sexo metido en la cabeza!

—¿Los hombres como yo?

—Vienes a casa, y quieres acostarte. Estás a punto de salir por la puerta, y quieres acostarte. ¡Sois todos iguales! ¡Todos queréis lo mismo!

Dicho lo cual se había metido en el estudio y había cerrado la puerta de un golpe.

—¿Qué es lo que hice? —preguntó Parish a las estrellas.

—¿Psicoanalizándose de nuevo, jefe?

Parish miró hacia donde Blue estaba tumbado dentro de su saco.

—No, estoy hablando con las estrellas.

—Bien, siento interrumpirlo.

—No pasa nada, Blue.

El viejo vaquero probablemente creía que su jefe estaba volviéndose loco y no estaba muy lejos de la verdad. Pero una cosa sí era cierta: Blue no volvería a querer trabajar con Parish.

Parish se incorporó bruscamente. ¡Maldita sea! Blue era un vaquero excelente y no podía perderlo.

De repente el hombre salió de su saco y se puso las botas. Blue se sentó.

—¿Hay algún problema, jefe?

—Sí, pero nada de lo que tengas que preocuparte —dijo Parish rápidamente al hombre que comenzaba a abrir la cremallera de su saco—. Acabo de darme cuenta de que he dejado en casa algo importante. Voy a ir en la furgoneta. Si no vuelvo por la mañana, dile a Rusty que os lleve hacia la Número Tres, yo os alcanzaré por la mañana.

—De acuerdo, jefe. ¿Qué es lo que se le ha olvidado?

—Una explicación.

Parish sabía que sus faros habían anunciado su llegada, así que no dijo nada al acercarse al porche. No había luna, y las estrellas eran inútiles contra la oscuridad espesa de la noche. Esperó hasta que los ojos se le acostumbraron a la oscuridad, antes de dirigirse hacia la mecedora.

La silueta de Gina se recortaba contra las sombras, sus piernas recogidas bajo su cuerpo, y su rostro de perfil. Parish imaginó que si un experto en lenguaje corporal la veía, diría que se estaba protegiendo de algo.

—Será mejor que me digas lo que he hecho mal —dijo, mirando hacia el horizonte negro—. Porque suelo ser bastante inmune al mal humor, si sé la razón que lo provoca.

—No estoy de mal humor.

—¿Entonces por qué te metiste esta tarde en el estudio y ni siquiera te despediste?

—Estaba ocupada trabajando.

—Eso es mentira, Gina. Y ambos lo sabemos.

—Tienes razón, te estaba evitando. ¿Satisfecho?

Parish sintió como si le hubieran arrancado el corazón.

—No, pero por lo menos eres sincera, y eso es algo, me imagino.

—Siempre he sido sincera contigo, Parish.

—Pero estos cuatro días tu cuerpo me ha estado diciendo una cosa, y desde esta mañana tu boca intenta decirme algo completamente diferente.

Hubo un silencio antes de que Gina respondiera.

—Me atraes sexualmente, Parish. Nunca lo he negado.

—¡No! Eso es verdad, pero afirmas que tu atracción es únicamente física, y no me gusta. Me encantaría que si tuvieras que poner algo en mi tumba no pusieras: Parish Dunford, un increíble amante.

—¡Calla! —ordenó, volviéndose hacia él—. ¡Eso no es justo, Parish! Estás arruinando lo que hemos compartido, y no permitiré que lo hagas.

—¡Lo estoy arruinando! ¿Lo estoy arruinando? —gritó, dando una carcajada amarga—. ¡Muy bien, Gina! ¡Eso sí que es gracioso! Porque ni siquiera tú sabes lo que hemos compartido. Ni siquiera sabes que estoy enamorado de ti desde la primera vez que hicimos el amor. ¡Hicimos el amor, Gina! ¡No hicimos el acto sexual! No hemos tenido un orgasmo simultáneo, ni ninguna de esas explicaciones feministas que tanto te gustan. Te hice el amor, Gina, porque estoy enamorado de ti.

Parish se detuvo y tomó aliento. En medio de la noche su respiración agitada fue el único sonido. Gina se quedó inmóvil.

—¿No vas a decir nada? ¡Ríe, di algo! ¿Por lo menos has oído lo que he dicho?

—Sí… lo he oído —dijo, en un susurro.

—¿Y?

—Y… yo… yo también te amo, Parish, pero eso no cambia las cosas.

Parish dio una carcajada de alegría y se acercó a ella.

—¿Cómo que no? —preguntó, tomándola de los hombros.

—No, Parish, voy a marcharme.

—¿Por qué?

—Porque tus sueños son mis pesadillas —dijo, llorando, tomando su cara con manos temblorosas.

—Oh, cariño —murmuró, abrazándola—. No sé de lo que estás

hablando, o por qué lloras, pero sea lo que sea podemos solucionarlo. Te lo juro, lo solucionaremos —terminó, besándola en la cabeza.

Gina deseó más que nada en el mundo, poder creerlo, pero no podía. Hizo un gesto negativo con la cabeza, y se soltó de sus brazos. Entonces se abrazó, porque sentía frío; un frío que procedía de su interior.

—Gina…

La muchacha se dio la vuelta para evitar sus ojos.

—Parish, me dijiste que Malagara era tu sueño, aunque sabías que la vida iba a ser difícil para ti.

—Sí. Tú puedes ser parte de mi sueño, Gina. Quiero que lo seas, más que nada en el mundo.

—Pero no más que el sueño mismo, Parish. No para que lo dejes. Tranquilo —murmuró suavemente—, no te estoy pidiendo que lo hagas, Parish. No creo que la gente deba sacrificar nada por amor.

—Eso quiere decir que para ti sería un sacrificio pedirte que te quedaras.

—No. Me encantaría creer que el amor lo puede todo, Parish, pero sé por experiencia que no es así.

Parish maldijo algo entre dientes.

—Crees que voy a hacerte daño.

—No intencionadamente —dijo, tratando de calmarse.

—¡Gina, te amo! No me hables así, dame una pista.

—La pista es…

Gina se detuvo, porque deseaba sumergirse en sus brazos, dejar que Parish le hiciera el amor una vez más, sabiendo que la amaba. Pero sabía que una vez más no sería suficiente, y que la necesidad de repetirlo le haría imposible la partida.

—La razón es… Te amo mucho, Parish Dunford, tanto que creo que podría ser feliz contigo. No puedo quedarme. No me preguntes más.

Gina corrió hacia la casa, limpiándose las lágrimas que le caían por las mejillas.

Minutos después escuchó el motor de la furgoneta. Fue cuando de verdad se puso a llorar.

Capítulo 13

Seis días después las maletas de Gina estaban preparadas en la puerta de su dormitorio. Snake iba a llevarla al aeropuerto, y Parish había llamado a Ron Galbraith para que la trasladara a Mount Isa en avión. Lo había sabido a través de Leanne; Parish no había intentado volver a hablar con ella.

Gina dio un suspiro y miró a su habitación. En ese momento no le parecía tan austera y sentía marcharse.

«Me da pena irme», pensó. Y no sentía pena, estaba destrozada. Se tumbó en la cama, tan confundida que no sabía si avergonzarse o sentirse orgullosa de la decisión que había tomado. Quizá inconscientemente siempre había sabido que estaba enamorada de Parish, pero admitirlo en alto aumentaba su dolor y era más difícil ignorarlo. Además nunca olvidaría que le había dicho que la amaba. ¡Dios, no iba a ponerse a llorar de nuevo! ¡Había tomado la decisión y bastaba!

—¡Está decidido! —gritó, abrazándose a la almohada.

Entonces dejó de llorar al recordar algunas cosas. Eran recuerdos intensos, y permaneció inmóvil abrazada a la almohada.

—¡Gina, soy Parish! Si estás ahí, contesta.

—Dios mío —exclamó, sin moverse—. Es Parish…

—¡Gina, Gina! Por amor de Dios, si me escuchas, contesta. ¡Tenemos una emergencia!

La voz de Parish era desesperada, y Gina corrió al aparato de radio apresuradamente.

—¡Estoy aquí, Parish!

—¿Dónde está Leanne?

—¿Leanne? —contestó confundida.

—¡Sí! ¿Dónde está?

Gina se asustó por la urgencia con que hablaba Parish.

—No lo sé, me imagino que con los niños en el colegio. ¿Qué…? ¡Espera, creo que acaba de llegar! ¿Quieres que vaya a por ella?

Gina soltó el botón de transmisión y escuchó la voz de Parish.

—Escucha atentamente, Gina. Rusty ha tenido un accidente

grave. Vete ahora mismo a por Leanne, no quiero que lo sepa estando sola. Volveré a llamar de nuevo. ¡Corre!

Gina dejó el aparato y cruzó a toda prisa el salón. Abrió la puerta de cristal de la entrada, saltó los escalones del porche de una vez y, sin parar, corrió los cuatrocientos metros que la separaban de la casa de los Harrington. En la entrada estaba Leanne con Billy.

—¿Vas a correr en los juegos olímpicos? —le dijo la mujer rubia.

—Parish acaba de llamar por el transmisor. Ha habido un accidente.

La cara de Leanne se quedó pálida.

—¡Dios mío, Rusty! ¿Es Rusty, verdad?

Gina asintió, incapaz de decir nada.

—¡No! ¿Qué ha pasado? ¿Se va a poner bien?

—No lo sé… —dijo Gina, tratando de mantener la calma—. Deja que yo me encargue de Billy. Vamos dentro —dijo la muchacha, tomando en sus brazos al pequeño.

Una de las niñas estaba en la entrada jugando.

—¡Kaylee! Cariño, ven aquí.

—No soy Kaylee, soy Kellee.

—Da igual, ven aquí —repitió.

La niña hizo una mueca y obedeció. Leanne, seguía inmóvil en la entrada, apoyada en el coche. Gina la tomó del brazo y la introdujo en la casa.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó, en un murmullo.

—No estoy segura, pero Parish va a llamar de nuevo. ¡Leanne, espera!

Leanne estaba ya al lado del transmisor.

—¡No contestan! Maldita sea, ¿por qué no hay alguien al otro lado?

—Leanne, escúchame. Tienes que tranquilizarte, vas a asustar a los niños —aconsejó Gina.

¿Por qué no llamaba Parish? ¿Era posible que él también estuviera herido? Su corazón dio un vuelco y el miedo la invadió. Afortunadamente el niño que tenía en sus brazos se movió y tuvo que reaccionar. Enseguida apartó el pensamiento de su mente, Parish estaba bien, seguro.

—¿Por qué no pones al niño en la cama, Leanne? Vamos —insistió, al ver que la mujer miraba a su hijo y luego a la radio.

Venga, tardarás un segundo, si lo hago yo voy a despertarlo. Si llaman lo escucharás.

Finalmente Leanne tomó el niño en sus brazos.

—Será algo grave, de otro modo Parish me habría llamado a mí antes.

Gina no podía negarlo, pero afirmarlo le resultaba demasiado cruel.

—¿Te habría podido llamar al coche?

—¡No! —gritó Leanne con esperanza— La radio de mi coche está estropeada. Quizá no haya sido nada, sólo una pierna rota.

—Eso espero —dijo Gina, forzando una sonrisa.

Contempló a Leanne llevándose al niño pensativa.

«Si hubiera sido una pierna rota, Parish no habría llamado tan preocupado… ¿Qué es grave para ti, Parish?»

Desgraciadamente lo supieron enseguida. La radio sonó, y después de cerciorarse de que Gina estaba allí también, Parish se dirigió a Leanne.

Rusty había sido lanzado de cabeza contra un árbol y había estado unos minutos inconsciente. Parish hablaba muy preocupado. Rusty y Leanne eran sus mejores amigos. Gina cerró los ojos, deseando poder consolarlo.

—Leanne, ya ha recuperado la consciencia, pero… pero… Lee, puede que se ha dañado la columna vertebral. Parece que no siente nada desde el cuello para abajo.

Leanne soltó la manivela del transmisor.

—¡No! ¡Dios mío, no!

Gina agarró a la mujer.

—Leanne, cariño, escúchame. Lo que Rusty no quiere es que te vengas abajo. Sé, Dios sabe que lo sé, lo que sientes, pero Rusty quiere que seas fuerte. ¿Leanne? Háblame, cariño.

Gina, con los ojos llenos de lágrimas, acarició la cabeza agachada de la mujer y tomó la manivela.

—Soy yo, Parish. Leanne no puede hablar en este momento.

—¿Cómo está?

—No sé qué decirte. ¿Quieres que haga algo?

—Quédate con ella hasta que Snake llegue. Lo llamaré desde la cerca de la Fiesta del Té. Iba a ir después de comer para llevarte al aeropuerto, pero le diré que vaya ahora. No quiero que Leanne se

quede sola hasta que un médico vea a Rusty. Si no he vuelto a llamar por la tarde, vete tú misma al aeropuerto y que Snake se quede con ella. Luego recogeremos el coche.

Gina no había pensado marcharse en aquella situación, y la idea de que Parish lo diera por hecho, le molestó. ¿Creía que era el tipo de mujer capaz de marcharse en ese momento? ¡Desde luego no tenía muy buena opinión de ella!

—Pregúntale qué ha pasado con Rusty —exclamó Leanne, alzando el rostro bañado en lágrimas.

Gina asintió y pulsó el botón.

—Leanne quiere saber qué ha pasado.

—Hemos llamado al doctor de Isa. Están buscando un helicóptero, para llevarlo a Marks Downs, y allí habrá un equipo médico.

Leanne quitó la radio a Gina.

—¡Ve con él, Parish! Yo no puedo ir y no quiero que esté solo.

—Ya sé que no quieres, cariño, pero quizá yo no pueda ir, depende del tamaño del helicóptero. Pero te prometo que tendrá los mejores médicos. Te lo juro. Me aseguraré de que tenga lo mejor. Si hay sitio iré con él, ¿de acuerdo?

Gina sintió que la mujer se tranquilizaba.

—Escucha, Leanne —continuó Parish—. Voy a ver a Rusty. Blue está aquí ahora. ¿Quieres algo para Rusty?

—Sólo dile que lo amo —dijo Leanne, entre sollozos.

—¿A que no sabes qué? —murmuró suavemente Parish—. Es lo que me ha dicho que te diga. Eso y que no te preocupes. Y ahora, dile a Gina que te haga una taza de té y te acueste, ¿de acuerdo?

Aunque la mujer asintió, Leanne no fue capaz de acostarse, y se quedó sentada en el borde del sofá, mirando cómo se enfriaba el té. Gina estaba verdaderamente afectada, pero no sabía cómo animarla para que no parecieran palabras vacías. Además no podían hacer nada, sólo esperar noticias.

En los treinta minutos siguientes, Gina hizo otra tetera, tratando al mismo tiempo de cuidar que Kellee no despertara a Billy, y dando ánimos a Leanne, que cada vez se ponía más nerviosa. La mujer se levantaba de vez en cuando y daba vueltas alrededor del salón, antes de señalar el trasmisor y hacer algún comentario. Luego se sentaba en el sofá y recordaba de repente momentos de la vida

con Rusty.

Cuando Billy se despertó, Leanne hizo una mueca y dijo que tenía que cambiarle los pañales.

—No, no, tú quédate sentada —dijo Gina inmediatamente—. Yo lo haré.

—¿Sabes hacerlo? Yo no uso pañales desechables.

—Me arreglaré. Vamos, Karlee, enséñame dónde guarda tu madre todo.

La niña miró impaciente su juguete.

—Te he dicho que soy Kellee.

—Es verdad, lo siento. Ven a ayudarme.

Gina tardó más de quince minutos en cambiar al bebé, y volver al salón satisfecha. Al entrar vio a Leanne tumbada en el sofá asustada.

—¿Leanne, qué pasa? ¿Por qué no me has llamado?

Leanne dio un suspiro profundo.

—Tengo contracciones —dijo, agarrando a Gina por los hombros —. ¡Dios mío, ahora no puedo. ¡En este momento no!

Si Gina no la hubiera sujetado, Leanne se habría desplomado en el suelo.

—¿Han llamado de nuevo? —preguntó Snake desde la entrada.

—¡Gracias a Dios que estás aquí! —exclamó Gina.

—¿Cómo está Rusty? ¿Dónde está Lee?

—Lo último que sabemos es que están con el equipo médico.

El viejo vaquero dio un suspiro profundo y miró a su alrededor.

—¿Dónde está Leanne? ¿Está bien?

—Más o menos. Tiene contracciones.

—¡Qué! ¿Va a tener el niño ahora?

Gina asintió.

—¿Está teniendo ahora el niño? ¿Tú sabes ayudarla?

El estómago de Gina se contrajo.

—Lo haré si tú me ayudas.

—¡Yo no puedo! ¡Yo soy mecánico!

El rostro del hombre adquirió una expresión de terror, y Gina sólo confió en que no saliera corriendo por la puerta cuando le dijera lo que tenía que hacer.

—Snake —comenzó a explicar, intentando mantener un tono de

voz tranquilo—, las contracciones son ahora cada dos minutos. He hablado ya con el doctor de la zona, y me ha dicho que tenemos que llevarla al hospital.

Por la noche, un poco más calmada después de una tarde frenética, Gina se dirigió hacia el salón, donde estaban las cuatro niñas sentadas alrededor de la mesa.

—Muy bien, niñas. Billy está finalmente dormido, así que no respiréis muy alto para que no se despierte en toda la noche, ¿me lo prometéis?

Las cuatro niñas, normalmente ruidosas, no contestaron ni sonrieron al comentario de Gina. Tampoco Gina tenía muchas ganas de reír. Pensaba que había hecho lo mejor llevando a las tres mayores a la casa, en vez de dejarlos en la finca donde daban clase, como el propietario había sugerido. Kellee había llorado inconsolablemente llamando a sus hermanas, una vez que Leanne se hubo marchado, así que ir a por las niñas había sido lo mejor para todos. Además, Gina había creído siempre que las familias tenían que estar unidas en los momentos importantes o en las crisis, y eso era verdaderamente una crisis. La última noticia era que Rusty había sido trasladado desde el hospital de Townsville, donde había sido llevado en un principio, a la Sección Especial de Médula del hospital Princesa Alexandra en Brisbane. Seguía consciente, pero seguía paralizado desde el cuello para abajo.

Gina había estado cambiando los pañales del recién nacido, y un rato después notó que su blusa se había mojado y olía de manera bastante desagradable. Dio un suspiro y se apartó el cabello detrás de la oreja, tendría que ir a cambiarse. Se pondría algo de Leanne, o iría a casa de Parish y abriría una de las maletas. Primero iba a dejar instaladas a las niñas.

—Niñas, Billy está dormido, y vosotras tenéis que iros a la cama también.

—Dijiste que podíamos llamar al hospital para ver cómo está mamá —recordó Kylee.

—Y puedes hacerlo, pero al hospital no le va a gustar que llamemos cada media hora, así que esperaremos un poco.

—¡No, quiero hablar con mamá! ¡Quiero hablar con ella ahora!

—Oh, Kellee, sé que tienes muchas ganas de hablar con ella,

pero el hospital no va a dejarte —dijo Gina, acercándose a la niña para abrazarla. Esta la empujó.

—¡Tú has hecho que se fuera¡ ¡Has sido tú!

La niña había estado acusando a Gina toda la tarde, y Gina estaba demasiado cansada para defenderse de nuevo. Afortunadamente, Snake había conseguido llevar a Leanne a la pista de aterrizaje, y el piloto de Ron Galbraith no había chocado cuando había tenido que llevar a la mujer embarazada a Mount Isa.

—¿Podemos llamar al hospital donde está papá y hablar con él? —preguntó Kaylee—. Por lo menos eso puede hacer que se calle.

—¡No!

—Está bien, no hace falta que te enfades, era una idea —respondió Kylee.

Gina no quería mentir, pero Leanne le había dicho que no mencionara a las niñas el accidente de Rusty.

—Tienes razón, Kylee. Lo siento, Kaylee, pero creo que es mejor que esperemos un poco para llamar de nuevo al hospital. Cuanto más esperemos, mejores noticias nos darán.

—¿No podemos llamar a Parish? —preguntó Karlee.

—No hay necesidad, estoy aquí.

Gina se dio la vuelta y se encontró frente a frente con los ojos de Parish. La muchacha se vio asaltada por tantas emociones, que no hubiera sabido decir una sola de ellas. Había sido un día horrible, pero en ese momento Parish estaba con ella y podía respirar de nuevo. Qué ironía pensar que aquella mañana, aquel hombre había sido la causa de sus problemas y angustias, y en ese momento, era la solución a ellos. Estaba tan contenta de verlo, que sus ojos se humedecieron y su primer instinto fue echarse en sus brazos. Las niñas se adelantaron y ella se dejó caer en la silla más cercana, antes de que sus rodillas se doblaran.

Apoyó un codo en la mesa, descansó la frente en la mano, cerró los ojos y suspiró varias veces. Parish podría arreglar todo, podría decidir lo que decir a los niños sobre el estado de su padre. Contestaría lo que los hospitales contestan en momentos como ese: «El paciente está mejorando relativamente…»

Daría sentido a la ausencia prolongada de Snake, que se había ido diciendo que iba a tomar una copa para calmar los nervios. Parish se haría responsable de todo, especialmente de los niños.

Gina no quería ser la única responsable de ellos.

Poco a poco, el sonido de una voz masculina consolando, dando confianza y contestando al millón de preguntas y miedos que las niñas le dirigían, fueron penetrando en la mente de Gina que volvió a la realidad.

Parish estaba agachado, y tenía en sus rodillas a dos de las niñas, una de cuatro, y otra de siete. Ambas niñas lo miraban fijamente, con sus manitas en los hombros. Gina entendía su necesidad de tocarlo, porque Parish Dunford estaba rodeado de un halo de fuerza interior, estabilidad y confianza, que hacía pensar a las personas que a su lado todo iría bien. Gina dio un suspiro profundo. Confianza, seguridad y fortaleza habían sido las tres cosas que había estado intentando desarrollar toda su vida y había creído que lo había conseguido. Pero allí en Malagara había descubierto que sus intentos habían sido vanos.

Fue en ese momento, cuando se dio cuenta de que Parish, a pesar de la paciencia y la amabilidad que estaba teniendo con las niñas, estaba física y emocionalmente más cansado que ella. Estaba siendo una egoísta, compadeciéndose cuando él estaba mucho más agotado. Así que, decidida a reparar de algún modo aquello, se levantó y se dirigió a la cocina.

A los pocos minutos, Parish, todavía confundido por las preguntas de las niñas y por los acontecimientos del día, sin mencionar la sorpresa que había supuesto encontrar a Gina todavía en Malagara, tenía una cerveza fría en la mano.

—Vamos, niñas, dejad que Parish se tome una cerveza —dijo Gina, tomando a la menor de las niñas—. He puesto el baño para vosotras, Kylee y Kaylee. Y ahora ayudadme a limpiar la mesa que estoy calentando los espaguetis a la boloñesa. Cuando esté caliente traed un plato para Parish y haced un té.

—Vale —dijo Kaylee, mientras Kylee se dirigía hacia la mesa sin decir nada.

Parish, divertido por la autoridad maternal en la voz de Gina y por la docilidad de Kylee, dejó a Karlee en el suelo.

—Ya has oído a Gina, vete a dar un baño y luego a la cama.

—¿Me llevarás tú, Parish? ¡Por favor! Mamá y papá no están aquí…

Parish apartó los ojos de la niña y miró fijamente a Gina. Ella

también tenía los ojos brillantes, y deseó abrazarla fuertemente, pero sabía que podía ser arriesgado.

—Hablaremos más tarde —dijo Gina, como si leyera sus pensamientos—. Las niñas necesitan irse a la cama.

Parish miró a la niña de siete años que esperaba su respuesta.

—Por supuesto que te llevaré, princesa —dijo, besándola en la frente—. Llámame cuando estés lista.

Pasaron casi cuarenta minutos antes de que Gina reapareciera. Para entonces, Parish ya había terminado su cerveza y los espaguetis, y estaba ayudando a la mayor a limpiar los platos. Al verla, pensó que nunca había visto a nadie tan perdido ni tan inseguro, aunque por lo que Kylee y Kaylee le habían dicho, era evidente que había sabido salir de la situación.

—¿Parish? Las pequeñas quieren que las lleves a la cama.

—Bien, me alegra oír eso. Has tardado tanto, que estábamos empezando a pensar que os habíais ahogado todas. O que estabas asegurándote de que no tendrías que lavar los platos.

Gina pensó que el comentario estaba un poco fuera de lugar, dadas las circunstancias.

—Parish ha llamado a los dos hospitales —dijo Kylee—. Mamá está bien. Los médicos han logrado detener el parto.

—¡Eso es fantástico! —exclamó Gina, dándose cuenta de que no decían nada de Rusty.

—Y papá está recuperándose relativamente —continuó la niña —, lo cuál no nos dice nada.

—Os dice lo que queréis saber, así que iros al baño —dijo Parish, mirando a Gina—. ¿Estás de acuerdo, Gina?

—Sí —dijo, forzando una sonrisa y alcanzando la tetera—. Niñas, al baño ahora mismo. Yo voy a hacerme un café, ¿quieres un té, Parish?

El hombre no respondió, y ella lo miró con una expresión extraña que estaba a medio camino entre la confusión, el placer y el enfado. Luego esbozó una sonrisa, esa sonrisa que provocaba en ella la certeza de que los problemas del mundo no existían.

—Claro —dijo—. Tráelo al porche cuando esté. Saldré un rato.

Capítulo 14

Gina estaba estudiando la torre parabólica adyacente a la casa, de vital importancia para que los pequeños de la familia Harrington pudieran ver la televisión, preguntándose por qué una mujer elegía formar una familia en un lugar tan aislado. ¿Cómo podía Leanne pensar siquiera dar a luz en un sitio tan apartado de un centro médico?

La muchacha no reaccionó cuando escuchó que se abría la puerta de cristal de la entrada, a continuación pasos de botas y finalmente el ruido de esas botas al ponerse en la mesa donde ella había dejado su taza de café. Sería mejor decir que no se dio la vuelta, pero su corazón dio un vuelco, como siempre que Parish se acercaba. La razón era el amor, lo sabía.

Desde donde estaba sentada, se volvió y miró al hombre alto que estaba de pie delante de ella. La luz que llegaba de la cocina no era suficientemente fuerte como para poder ver la expresión de sus ojos, y el techo del porche no dejaba ver la luna.

—Cuando dijiste a las niñas que Rusty se estaba recuperando relativamente, no dijiste toda la verdad.

—Leanne no quería que nadie hablara a las niñas de parálisis.

—No lo hizo.

Gina no estaba segura de si era una decisión inteligente o no, pero se había sentido aliviada de no tener que ser ella la responsable de decir la verdad a las niñas. De todas maneras, una vez que Snake se hubo marchado, dejándola sola con los cinco niños, se había sentido como una delincuente por no decirles la verdad.

—No ha sido fácil para mí —admitió en voz alta—. No es difícil si estoy llamando al hospital, pero cada vez que alguien llama por el transmisor para preguntar por él o para desearle buena suerte, me aterra que lo puedan decir. Es como andar descalza sobre trozos de cristal.

El contacto del cuerpo de Parish, al sentarse en el escalón siguiente al que estaba ella sentada, le provocó un estremecimiento.

Le parecía que llevaba toda una vida sin sentir su calor, sin notar el olor masculino de su cuerpo viril. No conocía nada tan sólido.

—Bien, quizá no tengas que preocuparte por eso mucho tiempo. Las últimas noticias son que Rusty siente las piernas, y dicen que en unos días podrá recobrar la sensibilidad en toda la parte superior del cuerpo.

—¡Gracias a Dios! ¡Oh, Parish, eso es fantástico!

Quizá fue sólo la alegría lo que hizo que Gina se abrazara a él de manera espontánea, pero a Parish no le importó. Lo único que importaba era que estaba donde él la necesitaba. Ser capaz de tenerla de nuevo era para él lo más maravilloso del mundo. La apretó, y dio las gracias en silencio cuando ella respondió.

—Oh, Parish… Parish, estaba tan asustada —murmuró, con voz rota contra su cuello—. No sabía qué hacer cuando Leanne comenzó con las contracciones… ¡El niño tenía que haber llegado dos meses y medio más tarde! ¡Y estamos a trescientos kilómetros del hospital más cercano! Leanne estaba verdaderamente mal, lloraba por Rusty, por los niños, y cada vez se enfadaba más y más. Billy y Kelle también lloraban. Cuando intenté ponerme en contacto contigo, Blue dijo que tú estabas de camino al hospital de Townsville con Rusty. Snake no volvió, y yo creí que tendría que ayudar a Leanne yo sola.

Gina echó hacia atrás la cabeza y lo miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—No podría haberlo hecho. Me habría desmayado, lo sé, y aunque no hubiera sido así, el niño habría nacido mal o habría muerto. ¡Era tan pronto! ¡La gente no debería de tener hijos en sitios como estos! Es una locura vivir aquí, no hay facilidades, ni especialistas ni doctores. El doctor de la zona dijo que no tenía ningún avión disponible, y Snake dijo que el veterinario más cercano vivía a ciento veinte kilómetros de aquí. Sugirió que consiguiéramos un vaquero que fuera a buscarlo, porque sabía que una vez había hecho una cesárea a un caballo. ¡Un caballo!

Parish la abrazó más fuertemente. Sabía que a ella no le gustaría ver su sonrisa, cuando estaba tan enfadada, pero no podía evitarlo. Le encantaba que su niña, tan fría y segura, tuviera un corazón tan frágil que sólo él podía ver.

—Ya pasó, cariño —dijo, acariciando su pelo sedoso—. Lo

hiciste muy bien, cariño. Mejor que bien, estupendamente. El parto de Leanne ha sido detenido, Rusty está mejorando. Todo va a salir bien, cariño. Todo saldrá bien.

Parish continuó consolándola con palabras y con caricias, sabiendo que era el responsable de la disminución de la tensión en el cuerpo de Gina. Y sabiendo que el alivio del cuerpo de ella, aliviaba el suyo. La felicidad de esta mujer estaba íntimamente ligada a la suya. La necesitaba para vivir.

—Sabes —dijo, minutos después Parish, con Gina entre sus piernas, y la cabeza apoyada en su pecho—. No esperaba que siguieras aquí. Cuando escuché que Leanne tenía dolores de parto y que Galbraith la llevaba en avión hacia Isa, creí que ibas con ella.

—Yo creí que estabas en Townsville.

—Nos dijeron que Leanne tenía dolores de parto cuando estábamos a punto de tomar el avión y decidí volver, sabiendo que Snake no sería capaz de manejarse con los pequeños —frunció el ceño, recordando que había transmitido a Blue sus intenciones, diciéndole que a su vez él las transmitiera—. Snake tenía que habértelo dicho.

—No volví a ver a Snake hasta que volví de recoger los niños de la escuela. ¡Me parece increíble que Leanne haga esa distancia dos veces al día! —añadió—. Cuando volví, había una nota que decía que Rusty iba hacia el hospital de Townsville y que en el hospital de Mount Isa seguían intentando detener el parto de Leanne. Él se había ido al almacén a darse una ducha y a tomar una copa para tranquilizarse —explicó enfadada—. ¡Desde luego estará bastante tiempo tranquilo si puedo verlo pronto!

Parish dio una carcajada.

—Tranquila. Yo llamé desde donde estábamos trabajando mientras que tú estabas bañando a los niños. Parece ser que Snake creyó que podría ayudarnos.

—¿Ayudaros con el ganado? Cada vez que le pedía que llevara un vaso de agua a Leanne o hiciera algo con los niños, me decía que era mecánico.

—Sí, reconozco que Snake piensa que trabajar con animales es más fácil y seguro que trabajar con niños. Además, creería que tú tenías todo controlado.

—¡Ja! ¡No estuvo el tiempo suficiente como para asegurarse! —

la muchacha dio un suspiro—. Yo estaba en el límite.

—Según lo que me dijeron los niños no era así. O según lo que vi al llegar aquí. No hay muchas mujeres solteras que puedan organizar a cinco niños tan bien como tú lo hiciste. Y dudo que Leanne encuentre tiempo para cocinar unos espaguetis con carne tan buenos. Creo que tienes un don natural con los niños.

—Pues te equivocas, no es don natural, es experiencia.

Por un momento Parish pensó que había oído mal, pero la rigidez del cuerpo de Gina, y la tensión en su voz le decían lo contrario.

—Años de experiencia cambiando y dando de comer a niños, bañando y cuidándolos, limpiando sus lágrimas y leyéndoles cuentos, llevándolos a la cama.

Parish no supo qué pensar.

«¿Era madre? ¿Tenía un hijo? ¿Hijos?». Se le ocurrían un montón de preguntas, pero sólo pudo demostrar su confusión.

—No… no entiendo de lo que me estás hablando.

Gina se pasó una mano por el cabello y murmuró algo entre dientes.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo, alzando la cabeza, como si estuviera hablando cori el cielo—. Incluso después de todo este tiempo, por mucho que quiera a mi familia, una parte de mí está resentida con ellos.

—¿Vas a decirme ahora que tienes hijos?

—No, voy a decirte por qué no quiero tenerlos.

La claridad de la respuesta pareció bajar la temperatura veinte grados. Aunque cuando habló de nuevo, su voz era débil y lejana, mientras miraba al horizonte oscuro. Parish supo que emocionalmente había una barrera entre ellos.

—Tengo sólo recuerdos lejanos de mi vida hasta que comencé la escuela, pero creo que viví en cientos de pueblos pequeños en ese tiempo. Mi padre era esquilador, y nosotros íbamos de un lugar a otro para estar con él. Aunque él siempre parecía estar lejos de casa. No estaba cuando comencé la escuela, porque recuerdo a mi madre poniéndome el uniforme y llorando porque su querido Pete no estaba allí para ver a su hija.

Gina dio una carcajada amarga.

—A su querido Pete no le importaba nada su hija. Lo único que

le importaba, en las raras ocasiones en las que estaba con nosotros, era que hubiera en la nevera comida y cerveza y que mi madre no gastara mucho tiempo conmigo en vez de con él. Por supuesto que ella no lo hacía, porque estaba enamorada de él. Cada vez que se marchaba se pasaba horas y horas llorando, diciéndome lo mucho que lo amaba.

Gina hizo una pausa.

—Como he dicho, cambiábamos mucho de casa siguiendo a mi padre, pero eso no quiere decir que lo viéramos de manera regular. Muchas veces se marchaba y no sabíamos nada de él durante meses, pero mamá siempre hablaba como si fuera a llegar de un momento a otro, y como si esa vez fuera a quedarse para siempre. Nunca lo hizo.

La voz de Gina se escuchaba clara y fría en la oscuridad.

—Algunas personas recuerdan los momentos más importantes de su vida por el lugar en que estaban, o por lo que hacían en aquel momento. Yo recuerdo las veces que mi padre aparecía por casa, calculando nueve meses antes del nacimiento de mis hermanas. Yo tenía siete años cuando mamá tuvo a Carmen, y diez cuando las mellizas nacieron. Mi padre no estuvo para verlas nacer, o para verlas crecer poco a poco. Sus apariciones eran para hacer contribuciones de esperma y para dar un nombre en un certificado de nacimiento. Lo que más necesitaba era su libertad. Mamá y las ayudas del gobierno nos dieron de comer.

Parish escuchaba atónito las palabras de la muchacha.

—Yo quiero a mi madre, sé que hizo por nosotras todo lo que pudo durante aquellos años, pero sé que fue una estúpida en relación con mi padre y todavía estoy enfadada. Cada vez que él estaba en casa, no le importaba nada ni nadie. No le importaba si él se emborrachaba y la trataba mal, o que se fuera con otras mujeres. Cuando él entraba decía: «¿Me ha echado de menos mi chica preferida?». Entonces ella se abrazaba a él y perdía el control sobre todo. Se rendía a su atractivo y a su encanto tan fácilmente como respiraba. No había nada que ella no hiciera por aquel canalla egoísta.

Parish en ese momento recordó lo que hacía unos días ella había dicho: «Los hombres como tú sois todos iguales», y estuvo a punto de defenderse, pero ella no le dio la oportunidad.

—Estando en algún lugar del oeste de Australia tuvo dificultades. Escribió a mi madre y le contó que si no conseguía un dinero, terminaría en la cárcel. Incluso yo, con diez años, sabía que era lo mejor que podía pasarnos, pero para mi madre era distinto. Así que consiguió un trabajo como limpiadora en un motel para poder pedir un préstamo y enviárselo. Luego consiguió un trabajo por la noche, en una gasolinera, para poder pagar a alguien que cuidara a los niños mientras yo estaba en la escuela.

—¿Mientras que tú estabas en la escuela? ¡Pero si tenías sólo diez años! Eras una niña.

—No, Parish, yo tenía ciento diez. Yo crecí cuando Carmen nació. ¿Quién crees que cocinaba, limpiaba y cuidaba a los pequeños cuando mi padre estaba en casa y mi madre tenía que estar cuidándolo y mimándolo? No, Parish. Que mi madre se fuera a trabajar, significó que yo seguía haciendo lo mismo. Yo era la que llevaba a Carmen y a las gemelas en su primer día de escuela, y yo la que me quedaba en casa si estaban enfermas. Yo era la que tenía que estar levantada cuando mamá regresaba por las noches para contarle lo que habíamos hecho durante el día, o si el fontanero había venido, o si el dentista había visto a una de nosotras, o lo que los niños necesitaban en la escuela. Y yo la que tuve que decirle cuatro años más tarde, que el hombre al que más había querido había sido asesinado en una reyerta en un bar.

Para Parish la dureza de las palabras de Gina, eran suaves comparadas con la infancia que había tenido. La pena y el dolor, el miedo de aquel rostro hermoso, tenían que ser borrados.

Cuando Parish llegó a ella, la muchacha se abrazó enseguida a él, y se apretó contra su pecho.

—Su muerte la destrozó —continuó Gina—. Yo sentí deseos de pegarla, Parish… Y yo me alegré, Parish, me alegré muchísimo. ¡Odiaba esa vida! ¡No quería volver a tener responsabilidades nunca más! ¡Nunca!

—Tranquila, tranquila. No hables más.

—Te lo quería decir a ti. Te tenía que contar la otra parte de mi vida —dijo, apretándose contra su pecho.

Mientras hablaba, se daba cuenta de que era completamente cierto. A sus veintiocho años, su vida había tenido dos períodos completamente diferentes, y los dos explicaban lo que ella era en

ese momento. Había pasado de la pesadilla al cuento de hadas.

—Mientras que mi madre trabajaba en el motel, se hizo amiga de un hombre que solía ir con frecuencia. Era italiano y tenía un buen trabajo. Como no había muchos italianos en la ciudad donde vivíamos, mi madre lo invitó a cenar una noche de domingo, y después se hizo algo regular. Mi madre siempre decía que eran sólo amigos, pero el señor Anthony Petrocelli quería algo más.

—¿Petrocelli? —interrumpió Parish sorprendido—. ¿El Anthony Petrocelli que está entre los diez hombres más ricos de Australia?

—Sí, ése. Mi padre era el número siete, creo.

—¿Papá? Creí…

—Mi padre natural era australiano. Su nombre era Peter Henley, pero para mí, Tony Petrocelli fue mi único padre. Se casó con mi madre diez meses después de que Peter fuera asesinado, y nos adoptó. Ha sido siempre un padre cariñoso y bueno, y un marido maravilloso durante los últimos catorce años.

—Parece que te da pena.

—Me da pena. Adora a mi madre, pero también sabe, que, por mucho que ella lo quiera a él, nunca será el amor de su vida. Una vez le pregunté si eso le molestaba, y me dijo que no, porque eso significaba que si alguna vez le hacía daño a mi madre, le haría la mitad de daño que mi padre le había hecho. No hace falta decir que —continuó, con un tono más alegre—, eso nos llevó de una vida pobre, a una con criados, colegios privados y vacaciones en el extranjero, un cambio bastante grande para una niña de catorce años. Por primera vez en mi vida, tuve una vida social y vestidos bonitos. El dinero no era un problema, pidiera lo que pidiera. Tuve un caballo y lecciones de equitación como regalo de mi catorce cumpleaños, mi propia línea de teléfono y una tarjeta de crédito con un límite de quince mil dólares cuando cumplí dieciséis años, un coche de carreras para el número dieciocho, y un apartamento cuando cumplí los veintiuno.

Gina se detuvo y esbozó una sonrisa.

—Pero el regalo más valioso que Tony me dio fue la libertad. Me liberó de tener que sentirme responsable de nadie más que de mí. No tengo palabras para decirte lo que fue para mí, Parish… era, era como si fuera capaz de respirar por primera vez en mi vida, como si hubiera sido encadenada durante años y de repente me soltaran.

¡Fue maravilloso! ¡Es maravilloso! Tengo veintiocho años y puedo hacer todo lo que quiero, ir a dónde quiera. Las únicas obligaciones son las que yo elijo. Tener niños cambiaría eso totalmente.

La voz de Gina se tranquilizó, y cuando miró a Parish, sus ojos marrones expresaban serenidad.

—Sé que parece muy egoísta a la mayoría de las personas, pero en mi opinión, la cualidad que un padre tiene que tener, es valentía para hacerse responsable de otros.

—Yo creo que la cualidad imprescindible de un padre, es la capacidad de dar amor sin condiciones —dijo Parish.

Gina movió la cabeza.

—Mi madre amaba a Peter Henley sin condiciones, y mira lo que ocurrió. Tú no puedes confiar únicamente en el amor para guiar las decisiones de tu vida, especialmente si hay niños implicados. Ser padre es un trabajo duro, un trabajo que yo he conocido, y no tengo prisa por volverlo a conocer.

—Entiendo.

Gina nunca había conocido un dolor tan profundo, como el que Parish había dado a sus palabras. Un dolor que se intensificó cuando acarició, la cara de la muchacha.

—Te amo como no creí ser capaz de amar a nadie. Cuando vine y te vi, pensé: «¡Tienes una segunda oportunidad, Parish Dunford! Convéncela de que se quede. Haz lo que sea para reternerla». Me dije que te haría el amor hasta que se te olvidara que ibas a dejarme. Y podría hacerlo, ¿no crees?

—No, yo… —Gina se detuvo, cerró los ojos y agarró su camisa.

Finalmente asintió, y dos lágrimas rodaron por sus mejillas hasta que Parish se inclinó y las limpió con la lengua. Gina gimió y tiró de su camisa para acercar su boca. Parish saboreó la fruta de sus labios un segundo que pareció mucho más largo. Luego la tomó por la cabeza, y la mantuvo hasta que ella abrió los ojos y encontró su mirada.

—Quiero hacerte el amor esta noche, Gina. Esta noche y todas las noches que estés aquí. Y no para convencerte de que te quedes, no para usar el amor para que vayas contra tus deseos. Gina, sé que me quieres, pero eres libre de marcharte cuando quieras, o quedarte hasta que quieras. No hay obligaciones, no hay cadenas… no hay responsabilidades.

—Oh, Parish —exclamó—, ¿por qué demonios no eres un corredor de bolsa de una ciudad, en vez de un ganadero que vive en un lugar como éste?

Parish le podía haber dicho que eso no cambiaría las cosas. Que el mayor obstáculo para ellos no eran sus modos de vida diferentes, ni el miedo de ella a tener hijos. No, el problema era que Gina Petrocelli tenía un miedo terrible a enamorarse. Porque ese miedo era algo que ella tenía que descubrir y vencer por sí misma, si alguna vez quería curarse completamente. Parish no dijo nada, sólo atrajo sus labios y le prometió en silencio que la amaría tanto como ella le permitiera.

Capítulo 15

Dos días después Gina entraba en la terminal del aeropuerto de Mount Isa, preguntándose cómo era posible que aquel día hubiera transcurrido tan deprisa.

Acababa de amanecer cuando Parish se había levantado sin ganas, después de una noche de amor dulce, apremiándola para que se diera una ducha rápida y arreglara a los niños de Leanne y Rusty. Iban a visitar a su madre al hospital de Mount Isa, y luego irían a Brisbane, a casa de una de las tías de Leanne.

Aunque los doctores habían conseguido detener el alumbramiento, le habían dicho que tendría que tener mucho cuidado en las diez semanas siguientes, si quería tener el niño bien. Las vacaciones de las niñas comenzaban la semana siguiente, así que había decidido ir a buscar a una de las tías, para que fuera con ellos a Malagara. Como Rusty estaba todavía en el hospital de Brisbane, Parish, con el consentimiento de la tía había organizado un plan mejor.

Organizó un viaje barato en avión para llevar a la mujer a Mount Isa a ver a Leanne, recoger a los niños, y volver a Brisbane. En una semana, Leanne estaría fuera del hospital, una ambulancia la llevaría a Brisbane con los niños y su tía, y se quedarían allí un tiempo, de manera que podría visitar diariamente a Rusty.

—Oh, Parish —había exclamado Leanne, limpiándose los ojos llenos de lágrimas—. No sé cómo darte las gracias. Yo y Rusty… ¡Dios, estamos muy agradecidos por lo que has hecho por nosotros! Siento mucho que esto haya ocurrido en medio de vuestro trabajo.

—Muy bien, entonces no vuelvas a repetirlo.

La muchacha había reído y asentido, luego había mirado a Gina, que iba vestida con un traje azul marino.

—Así que te vas, ¿no es así? Por lo que los niños me dijeron, pensé que quizás te quedarías un poco más.

Gina se ruborizó, al ver que la mujer la miraba a ella y seguidamente a Parish.

—Hmmm, no. Tengo trabajo y…

—El guardarropa de Gina es poco adecuado para pasarse largas temporadas aquí —dijo Parish, esbozando una sonrisa y guiñando un ojo a Gina—. Pero he conseguido convencerla de que venga a visitarnos cuando hayamos terminado con la temporada de ganado.

—Bien, entonces haré que el bautizo del niño coincida con su visita —dijo, con una sonrisa radiante—. No podemos tener un bautizo sin madrina, ¿no?

Gina se había quedado sorprendida.

—Oh, de verdad, Leanne… Seguro que hay alguien mejor que…

—Es mi manera de agradecerte todo lo que hiciste aquel día, y por cuidar de los niños. Por favor, di que sí.

Gina tuvo que tragar saliva para no ponerse a llorar, y no pudo más que asentir con la cabeza.

—Tenemos un poco de tiempo —dijo de repente Parish, refiriéndose a su hora de vuelo—. ¿Por qué no facturamos tu equipaje y comemos algo? No sé tú, pero yo odio la comida de los aviones.

También la odiaba Gina. Igual que odiaba las conversaciones educadas, tópicas y tensas de la gente cuando no sabía muy bien qué decir.

Había sido un día lleno de sentimientos: los niños habían visto a su madre, luego se habían despedido de ella en el aeropuerto con besos y abrazos, y Leanne le había pedido que fuera madrina… Sin saber cómo, había conseguido mantenerse fuerte, pero en ese momento, cuando Parish miraba a todas partes menos a ella, mientras recitaba una lista de quejas contra los aviones, Gina perdió el control. Sabía que no iba a poder permanecer los setenta minutos que quedaban para embarcar con él a solas sin ponerse a llorar.

—No quiero que esperes hasta que embarque.

Como había esperado, sus palabras hicieron que Parish de repente se quedara inmóvil, con el carro de las maletas entre las manos. Se puso rígido, se echó hacia atrás el sombrero, y la miró fijamente con sus penetrantes ojos azules.

—Dime por qué no.

—Sabes por qué.

—Dímelo de todas maneras —dijo en voz baja y suave, llegando hasta el alma de Gina. La muchacha parpadeó, con los ojos llenos de lágrimas.

Parish maldijo en silencio cuando Gina agachó la cabeza, tratando de reprimir un sollozo. ¡Maldita sea! Él había prometido no utilizar ningún chantaje emocional, y era exactamente lo que estaba haciendo. Sin importarle dónde estaban, la tomó entre sus brazos y la besó como si su vida dependiera de ello. El problema era que ella no quería permitirse sentir lo mismo, no quería sentir lo mismo.

—Lo siento, cariño —dijo, besando su cuello—. Eso no ha sido justo. Si va a ser más fácil para ti, entonces me iré. Vamos, te ayudaré a facturar el equipaje…

—¡No! —exclamó, agarrándolo por la cintura.

El pecho de Parish se llenó de esperanza.

—¿No?

—Todavía no. Espera, quiero que me abraces un poco más.

La esperanza se convirtió en disgusto, y por un momento no confió en sus palabras, así que enterró su cara en el sedoso cabello negro de la muchacha.

—Claro, cariño —dijo finalmente—. Te abrazaré todo el tiempo que quieras.

La verdad era que él quería abrazarla toda la vida. Soñaba con que ella se lo pidiera para siempre. La realidad fue que salió del aeropuerto dieciocho minutos más tarde. Solo.

Gina no veía a los demás pasajeros mientras estaba en la sala de espera. Si eso era lo que quería hacer, ¿por qué no dejaba de llorar? Sabía que le iba a dar pena marcharse, pero se sentía destrozada.

Y eso era ridículo, se decía a sí misma, porque no habían terminado de una manera fría, sino que iban a mantener la relación. Se llamarían cada día y se irían de vacaciones juntos, incluso algún fin de semana cuando sus horarios lo permitieran. No había terminado, simplemente iba a ser diferente.

Parish estaría aquella noche en casa, así que podría llamarlo para decirle que había llegado bien, y aunque no podría llamarla cuando estuviera fuera con el ganado, hablaría nada más volver. Esperaba que pudiera ir a Sydney unos días antes de tener que ir con el ganado a Long Way Camp, aunque con Rusty enfermo, sabía que le sería difícil.

«De todas maneras él te va a llamar», se recordó de nuevo, y

noviembre no estaba tan lejos, que es cuando ella podría pedir una semana y volver a Malagara. Seis meses no era tanto tiempo. Cuando había llegado allí para cuatro semanas, le habían parecido un tiempo infinito, y ahora todo se había terminado. «Demasiado rápidamente», pensó. El tiempo parecía haber volado, y era porque había estado con Parish.

Incluso cuando él había tenido que marcharse unos días con el ganado, ella seguía teniendo la sensación de estar con él. Al ver la mesilla de café donde él acostumbraba a poner los pies. Al ver su maquinilla de afeitar en el baño o las latas de cerveza en la nevera, listas para cuando volviera al final de un día largo y caluroso. Y por supuesto, había sido imposible sentarse en el estudio y no recordar la primera vez que le había hecho el amor, imposible no sentir el corazón acelerarse cuando recordaba el olor de su sudor y sus caricias.

En Malagara, Parish Dunford había sido parte de su vida, incluso aunque no estuviera, y sería lo mismo en Sydney. Por supuesto que tendría más agua caliente y una alfombra enorme, de pared a pared, y todas las comodidades que una mujer podría desear, pero no tendría a Parish. No tendría relaciones sexuales sin una seguridad emocional.

«¡Tú y Parish no tenéis relaciones sexuales, hacéis el amor!», se recordó. Lo que habían compartido había sido lo más maravilloso, lo más excitante, el amor más grande que dos personas podían conocer. El amor más sensual, espiritual y hermoso del mundo. Y siempre sería así para ellos, aunque su relación fuera ahora en convertirse en una relación por teléfono. Incluso si…

—¡Oh, Dios mío! —gritó Gina, incorporándose—. ¡No, Dios mío!

No le importaba que sus sollozos llamaran la atención de la gente, pensaba mientras sacaba otro pañuelo de papel del bolso. No le importaba lo más mínimo lo que pensaran, cuando se merecía que le dieran el premio a la estupidez.

—Eres una estúpida —murmuró en voz alta—. Eres tonta, tonta, tonta.

Había estado tan obsesionada con no repetir los errores de su madre, que estaba a punto de actuar como su padre: tratar un amor verdadero como si fuera nada más que un juego.

Cuando su vuelo fue anunciado, había conseguido calmarse lo

suficiente como para ponerse en pie. Le dolía la cabeza y tenía los ojos hinchados, pero una aspirina podía curarla rápidamente. Dio un suspiro profundo, tomó su mochila de cuero, y sin pensarlo dos veces se fue hacia la salida.

—¡Estúpida! —repitió.

Parish estaba sentado en el porche, disfrutando de la quietud de una noche clara, cuando escuchó el sonido de un coche. Por la dirección de la que venía, no podía ser un vaquero que llegara de donde estaban acampados.

Se quedó quieto, y trató de adivinar quién podría llegar a las diez y cuarto de la noche. Con un poco de suerte, podrían ser dos vaqueros que hubieran sabido del accidente de Rusty y fueran a buscar trabajo. Dos horas antes había hablado con Blue, y el vaquero le había pedido más hombres.

—Bien, Blue —dijo en alto, levantándose cuando el vehículo llegaba a la entrada—. Parece que has tenido suerte.

Permaneció en lo alto de las escaleras y esperó a que el conductor apagara las luces que deslumbraban.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó, cerrando los ojos.

—¿Puedes perdonarme por ser una idiota?

Parish se quedó helado, incapaz de creer que la voz que oía procediera del coche y no de su imaginación. Luego las luces se apagaron, la puerta se abrió y Gina salió del vehículo.

—¿Puedes por lo menos darme una taza de café antes de que me ordenes marcharme? Traigo mi taza y leche verdadera —añadió, con voz nerviosa.

Gina estaba apoyada en la puerta del coche y se había cambiado el traje por unos vaqueros y una chaqueta de algodón.

—¿Vienes a quedarte unos días?

—Depende de si la estupidez es considerada una falta criminal. Si es así, entonces soy un peligro público y la policía vendrá en cualquier momento. Puede que me condenen a pena de muerte.

—Entiendo.

—Pensé que este sitio es tan solitario, que puede que tengas un lugar para que me esconda, digamos… cincuenta o sesenta años.

El corazón de Parish explotó dentro de su pecho.

—¿Tanto tiempo? Parece que te estás ofreciendo a cumplir una

sentencia de por vida.

—Así es.

La necesidad de saltar desde el porche y tomarla entre sus brazos era casi abrumadora, pero Parish se detuvo. Quería que los últimos pasos los diera motivada únicamente por lo que ella sentía, no por lo que él podía hacerle sentir.

—La vida de aquí es dura y solitaria —dijo Parish—. Una persona de ciudad puede sentir tristeza después de un tiempo.

—Puede que sí —admitió, mirando al vasto paisaje silencioso que los rodeaba—. Pero la ciudad puede ser dura y solitaria también, especialmente si tus pensamientos están en otro lugar.

Sin apartar los ojos de él, ella continuó caminando despacio.

—La tristeza no es algo geográfico —dijo, deteniéndose en el comienzo de las escaleras—. Te quiero, Parish, siempre voy a amarte, esté aquí o en Sydney. Quizá haya días en que la vida aquí me parezca dura, pero tú estarás cerca. En Sydney no estarías. Creo que prefiero estar triste contigo que sin ti. Yo… ¡Maldita sea! ¿Cuándo vas a arreglar ese peldaño?

—Le diré a Snake que lo haga, después de que instale un nuevo calentador.

—¿Vas a poner un nuevo calentador?

—Sí. Bueno, si voy a estar aquí cincuenta años o…

La boca de Parish se cerró sobre ella. Y Gina se sintió más segura que nunca en su vida. El crujido de los pasos sobre el suelo de madera, fue para ella como música celestial. ¿Para qué se necesitaba una alfombra de pared a pared? ¿Y qué encanto tenía un dormitorio todo de blanco, con la colcha blanca también, si Parish no estaba con ella? Eran las preguntas que se hacía Gina mientras Parish la sentaba en su colcha vulgar besándola al mismo tiempo.

—Llevas ropa nueva —observó él, cuando comenzaron a desnudarse rápidamente el uno al otro—. Pero no tiene el nombre de ningún diseñador.

—Mi equipaje estaba ya facturado —declaró Gina, mientras se quitaban los cinturones—. Y hasta una chica de capital como yo sabe que no se puede acampar con traje.

—¿Vas a venirte al campamento?

Aunque parecía sorprendido, Gina notó la alegría que le producía la idea.

—No sólo quiero compartir tu sueño, Parish, quiero ayudarte a que se haga realidad. Puede que no sepa mucho de un campamento de un centro ganadero, pero soy fuerte, sé montar a caballo, y aprendo rápidamente. No soy el tipo de mujer que pueda quedarse en casa sin hacer nada, preguntándome si te ha pasado algo, y rezando por que entres por la puerta.

Hablaba con sinceridad, y a la vez le quitaba la ropa cuidadosamente.

—Quiero aprender todo sobre el negocio del ganado, y voy a acompañarte siempre, vayas donde vayas. No porque tenga que hacerlo, porque quiero hacerlo —añadió, dibujando la boca de Parish con el pulgar—. Siempre.

La sinceridad de sus palabras emocionó y asustó a Parish. El hombre se arrodilló, y la hizo sentarse; luego tomó su barbilla. Como siempre, la belleza del rostro femenino lo distrajo un segundo y necesitó darle un beso largo y profundo.

—Te quiero, Gina. No soy tu padre, y te juro que no tienes que tener miedo a que yo aparezca y desaparezca de tu vida como tu padre lo hizo con tu madre. No tienes que preocuparte. Eso nunca va a ocurrir.

—Lo sé, Parish, pero incluso aunque tuviera mis dudas, no ocurriría. Porque yo no soy mi madre.

En ese preciso instante las dudas de Parish se desvanecieron y supo que esa mujer increíble se estaba comprometiendo con su vida, como él lo estaba con la de ella.

—¿Tienes idea de lo mucho que te quiero, Gina Petrocelli? dijo, tumbándola sobre la cama.

—Sí, pero puedes demostrármelo.

—Voy a intentarlo.

Las ropas y las últimas palabras que quedaban fueron enseguida eliminadas, y cuando Gina se quedó desnuda en los brazos de Parish, el único pensamiento que tenía era demostrarle el amor que sentía por él.

Cada caricia de Parish, de sus manos y su boca, sobre el cuerpo de Gina, era una mezcla de ternura deliciosa y de una virilidad posesiva casi arrogante. Para Gina todo ello daba una nueva dimensión a su amor, un amor ya libre y maduro. Cuando alcanzó el clímax físico, alcanzó también el clímax emocional.

Cuando la boca de Parish lamió sus pechos, no sólo se estremeció su vientre, también su corazón al pensar que ese hombre podía sembrarlo y hacer una vida en él. Una vida que dependería de sus pechos como sustento y consuelo. Ella y Parish podían hacer que naciera una nueva persona. La idea era tan intensa como las sensaciones que Parish creaba en su sangre. La muchacha se agarró a sus hombros, en un intento de tranquilizar su mente, pero la piel que había bajo sus manos hizo que olvidara todo y tratara de explorarlo un poco más. Cuando lo hizo, descubrió que Parish estaba completamente bañado en sudor, y deseó lamer y acariciar aquella superficie salada.

—Gina, cariño… abre los ojos.

Su súplica hizo a Gina sonreír. De alguna manera, sus ojos estaban ya abiertos, porque nunca había sentido nada tan claramente. Los abrió, y encontró la mirada azul de Parish llena de amor.

—Esta vez es diferente —susurró Parish, acariciando su mejilla —. Esta vez tú también sientes.

Gina sólo pudo asentir y parpadear, luchando contra las lágrimas que de repente empañaron el atractivo rostro de Parish. El hombre se echó hacia atrás, hasta que pudo ponerse de rodillas sobre ella, de manera que Gina quedó entre sus piernas, frente a su miembro duro y provocador. Gina lo quiso más cerca, más profundo…

—Un minuto, cariño —pidió Parish, sin dejar de mirarla. Tomó sus dos manos, y las puso detrás de su cabeza—. Ahora mírame —ordenó con suavidad.

Cuando ella obedeció, la penetró de una sola vez, llenándola de sensaciones indescriptibles.

En ese segundo de tiempo, Gina leyó en los ojos de Parish una promesa de amor eterno, así como confianza y fe.

La intensidad de ese compromiso emocional les llevó hasta el límite físico, y Parish apretó la mandíbula tratando de controlarse, mientras se movía dentro de ella.

—No sé cuánto tiempo puedo durar, cariño —dijo con voz ronca.

—Para siempre —murmuró ella, apretándose contra él y rodeándolo con sus brazos—. Para siempre…

Epílogo

Sentada en el porche, Gina miró la carita sucia de su hija de cuatro años, su camiseta rota y sus pantalones vaqueros llenos de polvo, subida a los hombros de su padre, y sintió que su corazón se llenaba de alegría y orgullo.

Los últimos seis años de su vida habían sido más maravillosos de lo que ella nunca imaginó, y no pasaba un día sin que diera gracias a Dios por haber aprendido a confiar en su corazón.

Los cambios en Malagara eran tan importantes, como los que había tenido lugar en su opinión sobre el amor y la vida. La casa original había sido modernizada y rediseñada y apenas era reconocible, y aunque no tenía nada tan inútil como una alfombra blanca, tenía aire acondicionado, televisión y un depósito ilimitado de agua caliente. También tenían un avión, que Parish había insistido en enseñar a pilotar a Gina, por si alguna vez ella tenía necesidad de escapar hacia la civilización. Pero eso casi nunca lo sentía.

—Me parece que alguien necesita un baño antes de cenar —dijo Gina, poniéndose en pie cuando Parish dejó a la niña sobre los sólidos escalones de piedra del porche—. Madeline Louise Dunford, ¿cómo puedes ensuciarte tanto?

—Estaba jugando con Gina Lee —dijo la niña castaña de ojos azules.

Una parte de ella se emocionaba todavía con el nombre de su ahijada, y es que había sido Gina Lee Harrington quien había hecho nacer los instintos maternales en ella.

—Y con tus muñecas y con todo el barro del jardín —dijo Parish —. Te dije que la vigilaría a la vez que ayudaba a Snake con el pozo.

La niña salió corriendo a abrazar a su madre.

—¿Puedo pedir a Judy que me ponga el baño ahora? —preguntó la niña excitada.

Ese era otro de los cambios de Malagara: tenían ama de llaves, ya que la mayor parte del tiempo Gina estaba ocupada con Parish o haciendo la contabilidad. Parish seguía manteniendo que él podía usar el ordenador sólo para matar alienígenas.

—Claro, cariño —dijo—. Di a Judy que enseguida voy a lavarte.

Parish la agarró por detrás y le dio un beso en la nuca.

—Maddy no es la única que está sucia —dijo, mordisqueándole la oreja—. ¿Me bañas a mí también?

—Mmm, puede que más tarde —respondió, dándose la vuelta y comenzando a besarle el cuello. La piel de Parish tenía el olor y el sabor del trabajo duro y la excitaba, como siempre había sido—. Eso depende.

—¿De qué? —preguntó, poniendo las manos sobre las nalgas de la mujer y apretándola contra él.

—De si me prometes devolverme el favor.

—Hecho —contestó, acercando su boca a la de ella, y dándole un beso largo, profundo y satisfactorio. El hecho de poder encender la pasión en ella con el mínimo esfuerzo era otra de las cosas que no había cambiado en Malagara, y se apartaron sin ganas, sabiendo que su pasión no podía ser satisfecha hasta que su hija se acostara. ¡Para Gina ése era el único inconveniente de ser madre!

—Creo que está muy cansada —dijo Parish, sonriendo—. La podemos acostar temprano. Después de todo mañana tendrá un día duro con los vaqueros que van a llegar.

—Eres incorregible —exclamó Gina riendo.

—¿Es lo mismo que insaciable?

—En tu caso sí.

Entraron en la casa de la mano, pero cuando Gina se dirigió hacia el baño, Parish giró en dirección a la cocina. Gina sonrió, mientras él sacaba una lata de cerveza de la nevera. Al lado había un tetrabrik de leche.

Ésas eran otras dos cosas que no habían cambiado en seis años: A Parish seguía gustándole tomar una cerveza al volver del trabajo, y Gina seguía sin querer beber leche recién ordeñada.

Fin.